



Antología literaria
Nuestras Voces

28

Colección
Nosotros Hoy
México 2025

Antología literaria

Nuestras Voces

Ilustración: **Laura Gilabert Martínez**



28

Colección
Nosotros Hoy
México 2025

Presentación

Celebrar la vigésima octava edición de la Antología Literaria Nuestras Voces es, sin duda, un acto de profundo orgullo y de gran alegría para toda la comunidad del Colegio Madrid. Este proyecto, nacido del entusiasmo colectivo por la palabra escrita, se ha consolidado con el tiempo como una de nuestras tradiciones más significativas. Como directora de esta gran institución, es un honor presentarla.

Como cada año, este concurso convoca a estudiantes, docentes, colaboradores, exalumnas y exalumnos para compartir sus relatos, pensamientos y emociones a través de cuentos y poemas. Nos emociona ver cómo, año tras año, se suman nuevas voces y se mantiene viva esta expresión de creatividad y sensibilidad.

Nuestras voces celebra también la diversidad de lenguajes y perspectivas, con la inclusión cada vez más presente de textos escritos en inglés. Esta apertura nos permite ampliar horizontes y enriquecer el diálogo entre culturas.

Esta edición es además un espacio en el que convergen relatos que despiertan la magia, como El bosque de las estrellas perdidas que nos transporta a un lugar encantado donde los niños ayudan a las estrellas a recordar sus sueños y devolverles su brillo -una metáfora luminosa sobre la fuerza de la memoria y la solidaridad-; en contraste, con el cuento ganador de Secundaria, Acidic coffee (meant to Be) que articula con agudeza la tensión creativa y la incertidumbre del escritor que busca su voz más allá de la rutina diaria. A lo largo de estas páginas, los textos en inglés conviven con los de español, enriqueciendo el diálogo entre culturas y estilos; el poema Shine like the stars brilla con versos que invitan a abrazar la esperanza y la idea de que cada uno de noso-

tros es único y que esto hay que aceptarlo y celebrarlo. Poemas como este, escrito en inglés, conviven con textos en español que abordan el amor, la identidad y la esperanza, creando un diálogo bilingüe que enriquece esta obra.

Muestra de ello se refleja también en los textos del Bachillerato y en la categoría de Exalumnos y Empleados, los cuentos exploran desde la angustia interior (Paracetamol, Red, Hambre) hasta la memoria histórica y la transformación personal (Metamorphosis), demostrando que la literatura no tiene edad ni fronteras.

Cada texto encuentra en las ilustraciones –firmadas también por estudiantes– un universo de color y formas que amplifican el poder expresivo de la palabra. Esa fusión de imagen y palabra es testimonio del talento que germina cada año en el Colegio Madrid. Asimismo, no puedo dejar de reconocer el generoso esfuerzo de nuestro jurado, cuyo compromiso y lectura atenta dan sentido a este esfuerzo colectivo, permitiendo seleccionar lo más evocador de entre todas las participaciones.

Así, esta antología es la expresión viva de nuestra pasión por escribir y soñar en comunidad. Que su lectura nos inspire a seguir compartiendo historias, a rescatar los propios deseos y a celebrar, juntos, el arte de crear. ¡Felicidades a todas y todos los que hicieron posible esta edición!

Ana María Jiménez Aparicio

Directora general

Jurados

Gabriela Concepción Anaya Porras

María Guadalupe Anaya Porras

Josefina Félix Mercado

Erika del Carmen Velázquez Rodríguez

Eduardo Samuel Rivero Reyes

María de Lourdes Aguilar Salas

Olimpia Delgado Castillo

Valeria Reynoso Rodríguez Malpica

Alejandra González Amezcua

Sonia Abril García y Macías

Olinmenkin Sosa Nájera

Luis Miguel Ángel Cano Padilla

Brenda Arantza Alvarado Vargas

Irma Flores Ríos

Cynthia Patricia González Santoyo

Nancy Verónica Mancera González

Ana Leticia Sánchez Vilchis

Edgar Alan Cardiel Sánchez

Liliana Carolina Pondelek Berbel

Cuento STORY

CUENTO PRIMARIA

El bosque de las estrellas perdidas.....	9
William y los quesos.....	11
Sombra, el explorador.....	13
El pez que deseaba ser feliz.....	15

CUENTO SECUNDARIA

La encuesta.....	18
<i>Acidic coffee (meant to Be)</i>	20
Mariposas blancas manchadas de sangre.....	22
<i>The taste Of emptiness</i>	28
La última navidad.....	30
<i>Where did everyone go?</i>	32
La vida de un médico.....	34

CUENTO BACHILLERATO CCH

Paracetamol.....	37
<i>Red</i>	39
Ojos bonitos.....	43
<i>Flight 914</i>	45
Hambre.....	48
<i>The farewell</i>	51
Mueble de IKEA.....	52
<i>Dinner</i>	59

CUENTO EXALUMNA(O)S Y EMPLEADA(O)S

Un aporte a la antropología.....	61
<i>The writer</i>	63
Explorando la otra orilla.....	65
<i>Expiration date</i>	67
Barril sin fondo.....	69
El Nenepil.....	70

Poesía

POETRY

POESÍA PRIMARIA

Sin conocerte	74
Pensamientos intrusivos	75
Solo tú	76
Los cuentos	77

POESÍA SECUNDARIA

Susurro	79
<i>Shine like the stars</i>	80
25 de noviembre. Día Internacional para acabar con la violencia contra las mujeres.....	82
<i>A night to remember</i>	84
Mi frágil corazón.....	85
Yesterday	87
Diez veces amor	89

POESÍA BACHILLERATO CCH

La polilla	92
<i>A shadow's lament</i>	94
Oveja.....	96
<i>The moon's song</i>	97
El peso de no ser.....	98
<i>Chapters of time</i>	100
Junto a las olas.....	101
<i>The symphony of the game</i>	103

POESÍA EXALUMNA(O)S Y EMPLEADA(O)S

Sanar	105
<i>A friend of many faces</i>	106
Metamorphosis.....	108
<i>The kingdom of Yort</i>	110
Un siglo después de lo perenne.....	111
El Solitario George murió ayer; su cuerpo será disecado.....	112

Cuento

STORY

Primaria

PRIMARY

Primer lugar

El bosque de las estrellas perdidas

Alex Salas López 5ºB

Segundo lugar

William y los quesos

Diego Campos Guerra 5ºC

Tercer lugar

Sombra, el explorador

Andrés Fernando Velasco Ramón 5ºB

Mención honorífica

El pez que deseaba ser feliz

Martín Gómez Montañés 5ºE

El bosque de las estrellas perdidas

Alex Salas López 5ºB

Primer lugar

Ilustración: Diego Armando Beltrán Aguilar



Había una vez, en un pequeño pueblo rodeado de montañas y bosques misteriosos, un grupo de niños que después de la escuela solía reunirse todos los días en la plaza del pueblo. Ellos se llamaban Lila, Tomás, Ana y Diego. Aunque el pueblo era tranquilo y encantador, los niños siempre sentían que algo les faltaba. Había historias viejas cuyos abuelos les contaban sobre un lugar llamado “El bosque de las estrellas perdidas”, un lugar mágico donde las estrellas caían del cielo y se perdían entre los árboles, creando luces brillantes que nunca se apagaban.

Una tarde, mientras jugaban cerca del borde del bosque, Lila, la más curiosa del grupo, vio algo que nunca había notado antes: una pequeña puerta de madera, oculta entre las ramas de un viejo roble.

–¿Qué será esto? –preguntó, mientras se agachaba a investigar.

Los demás se acercaron, intrigados.

-Debe ser alguna especie de entrada secreta -dijo Tomás, mirando alrededor para asegurarse de que nadie los estuviera observando-. ¿Nos atrevemos a entrar?

Ana, la más cautelosa, dudó por un momento, pero algo en el aire, una sensación de aventura y misterio, la animó a seguir adelante.

-¡Vamos! No será nada raro. Y si encontramos algo increíble, será una historia para contar -dijo emocionada.

Con una sonrisa de complicidad, empujaron la puerta, que chirrió al abrirse, revelando un sendero oscuro que se perdía entre árboles gigantes y hojas tan brillantes como si reflejaran la luz de miles de estrellas.

El aire en el bosque parecía distinto, fresco y dulce. De pronto, comenzaron a ver pequeñas luces flotando a su alrededor. Eran destellos de colores que se movían suavemente entre las ramas, como luciérnagas mágicas.

-¡Son las estrellas! -exclamó Diego, con los ojos llenos de asombro.

A medida que caminaban más adentro del bosque, las estrellas parecían brillar con más fuerza, pero había algo extraño; las estrellas no estaban en el cielo, sino en el suelo, en las ramas, en las flores... ¡El bosque entero estaba cubierto por ellas! Sin embargo, las estrellas no estaban quietas. Algunas flotaban como si tuvieran vida propia, mientras que otras parecían atrapadas entre las hojas.

Lila, que era la más valiente del grupo, comenzó a investigar. Se acercó a una de las estrellas que flotaba cerca de una flor y, al tocarla, una suave melodía comenzó a sonar en el aire.

-¡Wow! ¡Es una estrella musical! -dijo asombrada.

Pero al mirar más de cerca, notaron que las estrellas parecían tristes. Algunas de ellas se apagaban poco a poco, como si estuvieran perdiendo su brillo.

-¿Por qué se apagan? -preguntó Ana, preocupada.

De repente, una voz suave y dulce resonó en el aire, como un susurro:

-Las estrellas se apagan porque no recuerdan por qué cayeron al bosque. Cada una de ellas tenía un deseo, un sueño que cumplir, pero olvidaron lo que era.

Los niños miraron alrededor, tratando de encontrar de dónde venía la voz. Entonces, una figura apareció entre los árboles. Era un viejo ár-

bol con un tronco retorcido y hojas plateadas que brillaban como el cielo nocturno.

-Soy el guardián del bosque de las estrellas perdidas -dijo el árbol con una voz profunda-. Cada estrella que cae al bosque tiene un sueño o deseo muy importante, pero cuando olvidan lo que deseaban, su luz se apaga. Si ayudan a las estrellas a recordar, podrán brillar nuevamente -agregó.

Los niños se miraron entre sí decididos. Aunque no sabían cómo ayudar a las estrellas a recordar sus deseos, sentían que era una misión que debían cumplir.

-¡Lo haremos! -dijeron al unísono.

El guardián del bosque les explicó que cada estrella tenía una pista sobre su deseo, escondida en algún rincón del bosque. Los niños empezaron a buscar. A medida que lo hacían, descubrían que las estrellas brillaban con más intensidad cuando les hablaban sobre sus sueños. Algunos deseaban ser libres para viajar por el cielo, otros querían cantar para todos los niños del mundo, y algunos más solo querían ser parte de una gran fiesta de luces.

Cuando los niños ayudaron a las estrellas a recordar sus deseos, estas comenzaron a brillar con fuerza y se elevaron al cielo, como si agradecieran a los niños por devolverles su propósito.

Al final de la noche, El bosque de las estrellas perdidas dejó de ser un lugar triste. Ahora, las estrellas brillaban con colores vibrantes, y el bosque entero estaba lleno de luz y música.

-¡Lo logramos! -gritaron los niños, felices y cansados, mientras regresaban al pueblo.

El guardián del bosque los despidió con una sonrisa y les dio un regalo especial como recordatorio de su valiente aventura: una estrella que nunca se apagará.

Desde entonces, cada vez que el cielo se oscurecía, los niños sabían que las estrellas no solo iluminaban la noche, sino que también guardaban los sueños más especiales del mundo, esperando ser recordados por alguien valiente que les ayudara a devolverles su brillo.

Y así, El bosque de las estrellas perdidas nunca más fue un lugar olvidado, sino un lugar donde la magia de los sueños siempre encontraría su luz. ❖

William y los quesos

Diego Campos Guerra 5°C
Segundo lugar

¡Hola, soy William! Soy un ratón, pero no un ratón cualquiera, soy un ratón soñador; he viajado a través del mundo probando muchos quesos... Bueno, pero para entender, necesitamos volver al inicio.

Cuando yo era un pequeño ratón, mi abuelo me contaba historias sobre el mejor queso; desde entonces, he querido emprender un viaje para lograr encontrar el mejor queso del mundo. Sin embargo, cómo lograría encontrar el mejor queso, si no conocía dónde se hacen... ¡La biblioteca de mi abuelo!", recordé. Fui directo al lugar; busqué y busqué, hasta que encontré un libro titulado: Los mejores quesos del mundo.

Esta historia empieza en mi tierra natal: México. En el libro, en el puesto número cinco se encontraba el llamado queso oaxaca. ¿Cómo podría encontrar queso oaxaca? Entonces me acordé de que tengo un muy buen amigo, Miguel, viviendo allá, así que me dirigí a su casa. Ya con él, me explicó que él mismo sabía prepararlo, además, tenía un poco guardado, pero le tendría que dar algo a cambio:

–Yo tengo un restaurante –me dijo– así que tendrás que cocinar algo con el queso que te voy a dar.

¿¡Qué!?! ¿Tendría que cocinar algo con el queso para el menú de su restaurante? “¡Está loco! No sé cocinar”, pensé. Sin embargo, él insistió tanto que tuve que aceptar. Entonces se me ocurrió cocinar unas quesadillas, algo muy simple, pero que extrañamente no tenía en el menú. He aquí la preparación: pones queso en una tortilla y la calientas. ¡Muuuy simple! No sé por qué no la tenía en el menú, pero bueno, por fin había llegado el

momento que tanto había esperado: probar el queso. Le lancé una gran mordida y... ¡Wow! Estaba espectacular. “Será difícil vencer a este queso”, me dije.

En el cuarto lugar de la lista, se encontraba el queso manchego, pero para conseguirlo, necesitaría viajar a España. ¿Cómo podría llegar a España? “¡En una maleta!”, se me ocurrió. Lo primero que tenía que hacer era ir al aeropuerto, así que, con ayuda de un amigo, fui al aeropuerto y sin que nadie me viera, me metí en una maleta. Esperé y esperé, hasta que llegué. ¡Por fin estaba en España! Fui a buscar a un amigo que vive ahí, Juan, él me dijo que tenía un excelente queso manchego, pero que para tenerlo, tenía que hacer algo a cambio: la próxima vez que fuera a México, yo debía llevarlo a conocer las pirámides. Por supuesto, acepté. Juan me dio el queso; lo probé y... ¡Wow! ¡Estaba delicioso! “No puedo esperar a probar el queso del tercer puesto”, me dije.

El siguiente queso en la lista era el queso cheddar. En el libro decía que se trata de un queso pálido, de sabor agrio, originalmente producido en la ciudad británica de Cheddar, en el condado de Somerset. ¡No lo podía creer! Desde España son más de 18 horas en carro y hay que cruzar el mar, así que tuve que aplicar la misma técnica: viajar en una maleta. Guardé un pedazo de queso Oaxaca, uno de Manchego y fui al aeropuerto como la última vez. Tras lograr colarme en una maleta y soportar el olor de los calcetines que ahí guardaban, logré llegar a Inglaterra. Me acordé de que en Cheddar vive un primo mío, Gabriel, y pensé que él podría conseguirme un pedazo de queso cheddar; quizá aceptaría si le diera a cambio un poco de queso Oaxaca. Le di un pedazo del queso que traje a Inglaterra y, sin titubear, él me dio el queso cheddar. Le di un mordisco y... ¡Ñaaaaam! ¡Mmmmmmm! “Esto está cada vez mejor, no puedo esperar al próximo queso”, pensé.

En el segundo puesto se encontraba el queso parmesano, el cual es originario del norte de Italia. Yo ya estaba cansado de meterme en maletas, ni siquiera tienen aire acondicionado, así que pensé y se me ocurrió viajar en tren. Le llamé a mi primo Carlos, que viaja mucho en tren, él me dijo que la mejor manera era meterme debajo de un asiento y eso hice. El camino fue bastante mejor, incluso en algún momento pude mirar por la ventana del asiento de enfrente. Unas cuantas horas más tarde, en el

sonido del tren se anunció la llegada a la ciudad de Parma. “Es mi bajada”, pensé. Caminando por la calle, me encontré con Julia, una ratoncita que miraba con mucha atención una bufanda de color azul pálido.

-¿Qué estás haciendo? -le pregunté.

-Siempre he querido una bufanda de ese color. Tengo el estambre, pero no sé tejer -me respondió.

-Hace algunos años, mi abuela me enseñó a tejer, yo podría ayudarte -le dije.

Ella, muy contenta, me llevó a su departamento, donde guardaba el estambre y lo dio junto con un par de agujas de tejer.

-Voy a preparar una pasta mientras tú tejes la bufanda -me dijo.

Cuando ambos habíamos terminado, ella puso la pasta en unos platos, nos sentamos a comer y, como si fuera un milagro, ella preguntó:

-¿Quieres que le ponga queso parmesano a tu plato?

Sentí mariposas en el estómago. Le platiqué que estaba ahí, precisamente, buscando probar el queso parmesano; tomó su rallador y agregó el queso a la pasta. Lo comí y... ¡Mmmmmmmmm! “¡Está muy bueno! No puedo esperar al próximo”, pensé.

El último, pero no menos importante, era el queso blue cheese, el cual, de acuerdo al libro de mi abuelo, es originario de Francia. No estaba tan mal, esta vez el viaje sería más corto, sólo había un problema: no había vuelos y no quería viajar en tren, no huele a queso y está sobrepoblado. Entonces me acordé de algo: ¡Los coches!

Julia me llevó a la casa de un humano llamado Mauro, el cual hacía un viaje cada semana entre Italia y Francia, transportando mercancías. Con esfuerzo, logré meterme en la cajuela. Esperé y esperé hasta que el coche se detuvo, me asomé, vi que estábamos en una gasolinera y decidí bajarme. A lo lejos vi a un elegante ratón con sombrero, me acerqué y le pregunté su nombre; él me dijo que se llamaba Alonso y que estaba buscando una orquídea azul. Lo acompañé a buscarla por una montaña con altos precipicios; cuando a lo lejos vimos la flor, nos acercamos poco a poco y lo levanté sobre mis hombros para alcanzarla. Ya con la flor, él estaba muy contento. Nos sentamos a comer un bocadillo que sacó de su mochila.

-¿Quieres la mitad? -me preguntó.

-¿De qué es? -le pregunté a su vez.

-Es de blue cheese -dijo.

Con mucha emoción lo mordí y... ¡Ñommmm! ¡Estaba buenísimo!

Al día siguiente, me colé en un vuelo a México. Durante el viaje, estuve reflexionando sobre cuál de todos los quesos era el mejor del mundo; después de mucho pensar, me di cuenta de que aunque todos los quesos que había probado eran deliciosos, el mejor queso del mundo sigue siendo...el queso casero que hace mi mamá. ❖



Ilustración: **Fabián Juárez Tinoco**

Sombra, el explorador

Andrés Fernando Velasco Ramón 5ºB

Tercer lugar

Sombra era un gato negro de pelaje suave, con ojos verdes brillantes y una curiosidad más grande que sus orejas. Vivía en una casa cálida y cómoda; tenía una cama cálida y calentita, aunque prefería dormir en la cama con su dueño. Además, tenía una familia que lo adoraba. Sin embargo, un día, mientras jugaba con un ratón de lana cerca de la puerta principal, ésta se abrió un poco; él sintió una extraña llamada hacia el exterior y su curiosidad fue demasiado fuerte. Algo lo impulsaba a salir de su zona segura y explorar el mundo que había más allá de su patio.

Con cuidado para que nadie lo viera, Sombra se deslizó con un ágil salto por una pequeña rendija en la puerta y de pronto estaba en el jardín. Al principio todo era emocionante, el perfume de las flores y el canto de los pájaros eran nuevos y había tantos rincones por descubrir para él. Sombra trepó por los árboles, persiguió mariposas y se escondió en arbustos; con cada paso, su valentía crecía y su curiosidad se hacía más grande.

Siguiendo su curiosidad, Sombra se aventuró a entrar en el bosque cercano. Los árboles se elevaban grandes y fuertes hacia el cielo, creando una sombra fresca y misteriosa. Entre las ramas, vio ardillas juguetonas y pájaros que volaban de rama en rama. Sombra sintió admiración por este fantástico nuevo mundo.

Al caer la noche, Sombra se dio cuenta de que se había alejado mucho de su casa. El bosque se volvió más oscuro y tenebroso; sintió un poco de miedo. Extrañaba a su familia y la seguridad de su hogar, además, tenía

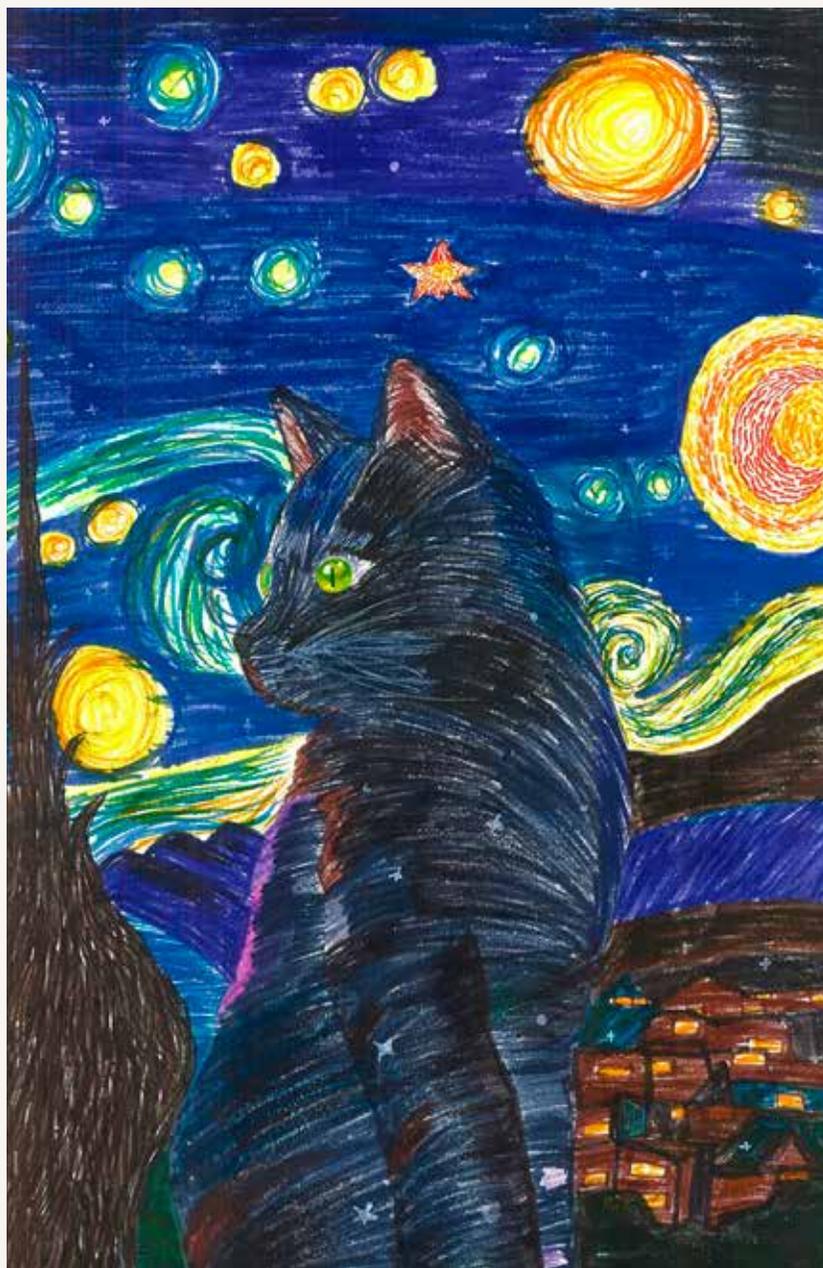


Ilustración: **Esmeralda Domínguez Ramírez**

mucha hambre. Con todas sus fuerzas, comenzó a buscar el camino de regreso a su casa, guiado por su instinto felino.

Mientras tanto, su dueño lo buscaba por toda la casa, desde el sótano hasta el techo sin encontrarlo por ninguna parte. Salió al patio y empezó a llamar a Sombra, pero no escuchó ningún maullido, entonces decidió ir a preguntar a sus vecinos si lo habían visto, pues Sombra se llevaba muy bien con Wilco, el perro amarillo de uno de los vecinos, ya que le gustaba jugar con él cuando iban de visita. Había malas noticias: no lo habían visto por ningún lado.

Su vecino le dijo que regresara a su casa a esperar, por si acaso Sombra regresaba; mientras tanto, el vecino y Wilco iban a buscarlo en los lugares cercanos. Wilco alzó su gran nariz y pudo reconocer el olor de Sombra, dio un fuerte ladrido y arrastró a su dueño al bosque.

Después de lo que le pareció una eternidad, Sombra escuchó un sonido familiar: el ladrido de Wilco, el perro vecino. Siguiendo el sonido, logró encontrar a Wilco. Su corazón saltaba de contento; por fin podría salir del bosque. Mientras regresaban a casa por el camino, Sombra le contó a Wilco las aventuras que había tenido en el bosque y que tuvo mucho miedo de que un animal salvaje lo pudiera haber devorado.

Finalmente, llegaron a una entrada conocida. Con el corazón latiendo con fuerza, corrió hacia su casa y brincó a los brazos de su dueño que lo esperaba en la puerta. Al sentir el olor familiar de su dueño, Sombra se sintió completamente feliz.

Un ruido extraño empezó a sonar y entonces se despertó; todo había sido un sueño. La alarma no paraba de sonar; vio que su dueño se había ido a trabajar. Entonces, Sombra apagó la alarma; eran las 5:00 de la tarde, faltaban algunas horas para que su dueño llegara de nuevo a casa. Aunque todo había sido un sueño, había vivido una gran aventura y había aprendido mucho sobre el mundo que lo rodeaba, pero nada se comparaba con la comodidad y el amor de su hogar.

Semanas después, en uno de los días de invierno, al llegar a casa, el dueño, se encontró en la puerta a tres gatos muy simpáticos y decidió integrarlos a la familia; Sombra estaba muy contento. El dueño los llamó Mochi, Muca y Tito, ahora tendría compañeros de aventuras, tanto reales como en sus sueños. ❖

El pez que deseaba ser feliz

Martín Gómez Montañés 5ºE

Mención honorífica



Ilustración: **Constanza Lara Gollás**

Había una vez un pez que buscaba un legendario texto antiguo que le daría la felicidad de cien peces. El pez estaba solo y se sentía triste; vivía en una anémona muy lejos de otros corales y solo tenía un vecino, el señor camarón, quien había estado ahí más tiempo que cualquiera que hubiera estado ahí alguna vez. Un día, el señor camarón le dijo que estaba a punto de marcharse.

-Adiós, vecino, me voy.

-¿Por qué te vas si aquí es cómodo y seguro? -preguntó el pez.

-Este lugar no es lo que solía ser. Era un hermoso valle en donde comíamos y celebrábamos todos en comunidad, ahora es una tierra de nadie, fría y sucia, donde una vez hubo vida. Tú también deberías irte, no quiero que estés más solo; yo iré a vivir con unos amigos, pero no puedes venir conmigo -dijo el señor camarón.

Y con eso dicho, el señor camarón se fue y dejó al pez solo y triste. El pez se dio cuenta de que el señor camarón tenía razón; tenía que irse en algún momento, pero no sabía adónde podría irse, no tenía ningún amigo ni familiar con quien ir, así que decidió comenzar la búsqueda de un legendario texto antiguo que, según una leyenda, le daría el secreto de la felicidad y acabaría con su soledad y desgracia.

Para llegar a él, primero tenía que pasar por un camino traicionero lleno de trampas, tiburones y pescadores; lo peor de todo es que era época de pesca, los pescadores estaban hasta el límite en todas las zonas y las

redes de pesca estaban por todos lados; no obstante todo esto, el pez se armó de valor y se fue.

Primero tenía que pasar un mar de aguas tan contaminadas que si nadaba una aleta en falso, podría terminar enfermo, por lo que el pez tenía que observar muy bien sus opciones para no terminar contaminado. Al final, decidió irse por un túnel que parecía ser el menos contaminado, entró al túnel y se encontró a un viejo tiburón ballena; el pez se asustó y corrió tan rápido, que no vio a dónde corría y se estrelló con una pared. El tiburón ballena llevó al inconsciente pez a su casa; el pez despertó asustado, pero el viejo tiburón ballena no pensaba comérselo, solo quería ayudarlo.

-¿Por qué te asustas, pequeño pez, si yo no como peces? -dijo el viejo tiburón ballena.

-Me asusté porque nunca había visto un tiburón de tu tamaño y pensé que los tiburones comían peces -contestó el pez.

-Bueno, sí, los tiburones comen peces, pero yo soy un tiburón ballena, yo no como peces. Por cierto, ¿qué hace un pequeño pez como tú en esta zona tan peligrosa?

-Estoy buscando un legendario texto antiguo, cuya leyenda dice que haría feliz a quien lo leyera.

-¿Puedo ir contigo? -preguntó el viejo tiburón ballena-. Llevo aquí solo mucho tiempo y tal vez ese pergamino me dé la compañía que necesito; además, los otros tiburones se asustan conmigo. Si te acompaño, tendrías protección de los tiburones.

-De acuerdo, puedes venir conmigo -respondió el pez.

Así pues, el pez y el viejo tiburón ballena se fueron a buscar la felicidad y la compañía.

Después de pasar la zona contaminada, tuvieron que pasar por una grieta muy profunda; no podían nadar encima de ella porque corrían el riesgo de ser atrapados por las redes de pesca, por lo que fueron por debajo. En lo que se hundían en la profundidad, vieron una luz; el viejo tiburón

ballena le dijo al pez que esa luz podía ser peligrosa, pero ya habían ido tan profundo que no diferenciaban el arriba y el abajo, así que su única opción era ir con la luz. Mientras se acercaban, vieron que la luz en realidad era un pequeño tiburón linterna y entonces le hablaron.

-Hola, ¿podrías ayudarnos? -dijo el pez.

-Claro. ¿En qué les puedo ayudar? -contestó el pequeño tiburón linterna.

-Nos perdimos, ¿podrías mostrarnos la salida, por favor? -agregó el pez.

-Claro, síganme.

-Gracias.

-¿Y adónde van?

-Vamos a buscar un legendario texto antiguo, cuya leyenda dice que el que lo lea tendrá la felicidad.

¿Puedo ir con ustedes, por favor? -preguntó el pequeño tiburón linterna-. He estado solo en esta oscuridad por mucho tiempo.

-De acuerdo -dijo el pez-. Entre más, mejor.

Así fue como obtuvieron un amigo más y continuaron su búsqueda por felicidad, compañía y luz para ver.

Por último, tenían que pasar por un lugar frío y oscuro, lleno de pescadores y redes. Avanzaron con mucho cuidado, pero, sin querer, el viejo tiburón ballena activó las trampas y entonces tuvieron que correr para no ser atrapados. No obstante, lograron llegar.

Ya ahí, justo antes de leer el texto, cada uno expresó:

-Al fin, mi felicidad- dijo el pez.

-Mi compañía- agregó el viejo tiburón ballena.

-Mi luz- finalizó el pequeño tiburón linterna.

Cuando abrieron el texto, este decía:

"El verdadero tesoro es el tiempo que pasaron juntos." ❖

Secundaria

SECONDARY

Primer lugar

La encuesta

Romina Freeman de Dios 1°B

Tercer lugar

La última navidad

Leticia Guerrero de Salazar 2°F

First place

Acidic coffee (meant to Be)

Claudio Cortés Narro 3°D

Third place

Where did everyone go?

Ana Graf Campiglia 2°E

Segundo lugar

Mariposas blancas manchadas
de sangre

Alejandra Bellido Zendejas 1°B

Mención honorífica

La vida de un médico

Luis Carlos Goletto Jiménez 3°B

Second place

The taste Of emptiness

Alejandra Berenice Hiroishi Anguiano 2°F



Ilustración: Axel Todd Hernández

La encuesta

Romina Freeman de Dios 1ºB

Primer lugar

En los años setenta, en una pequeña localidad al este de Francia, existía una librería llamada Dieu Des Livres. Allí trabajaba un joven llamado Anthony Müller Klein, de 25 años. Anthony era un apasionado de la lectura y escondía un oscuro secreto: podía recordar cada detalle de los libros que llegaban a sus manos. Pasaba horas leyendo, absorbiendo palabras como si fuera parte de su ser. Cuando un libro captaba su atención, lo leía tantas veces que podía recitar frases enteras de memoria.

Un día, mientras organizaba una nueva entrega de libros, notó algo peculiar: un ejemplar desgastado, casi maltratado, titulado La Encuesta. Era extraño, porque todos los libros que llegaban eran nuevos. Al principio, no le dio importancia y continuó con su trabajo.

Pasaron los días, y su curiosidad por el misterioso libro creció. Finalmente, una noche decidió hojearlo. Lo que encontró lo sorprendió: no tenía autor, ni prólogo, ni palabras en la mayoría de sus páginas. Todas estaban en blanco, excepto la segunda, donde se leía:

“¿Estás listo para iniciar la encuesta, Anthony?”

El miedo se apoderó de él y cerró el libro de golpe. Pero algo lo inquietaba, como si una fuerza invisible lo empujara a abrirlo nuevamente. Intentó ignorar esa sensación y devolvió el libro a su estante.

Meses después, mientras acomodaba una nueva variedad de ejemplares, el libro volvió a aparecer frente a él. Esta vez no pudo resistir. Lo tomó con manos temblorosas, se sentó y lo abrió. Allí estaba, la misma pregunta lo esperaba. Debajo, otras palabras le congelaron la sangre:

“Cierra los ojos, cuenta hasta diez. No hay vuelta atrás.”

Tragando saliva, obedeció. Contó en voz baja: diez, nueve, ocho... Al llegar a uno, abrió los ojos y se encontró en un cuarto completamente blanco. La habitación era sencilla, con una cama, un escritorio, una silla y, sobre la mesa, el libro La Encuesta.

Lo abrió con precaución. En la primera página, una instrucción:

“Al lado hay un lápiz. Lo necesitarás para responder.”

Anthony encontró el lápiz, como si siempre hubiera estado allí, y pensó que tal vez todo era un sueño. Decidió seguir las instrucciones, esperando despertar pronto. En la página siguiente estaba escrita otra pregunta:

“¿Quieres empezar?”

Dudó por un instante, pero escribió: **“Sí”**.

“¿Te llamas Anthony Müller Klein?”

–Sí, correcto.

“¿Tienes 25 años?”

–Sí, correcto.

El corazón de Anthony latía desbocado. ¿Cómo podía saber tanto sobre él? Intentó calmarse. “Es información básica, algo que cualquiera podría encontrar”, murmuró, tratando de convencerse. Pero entonces apareció otra pregunta:

“¿Tienes miedo de mí?”

–No.

“¡Incorrecto! Anthony, no me mientas. ¡No me gusta que me mientan!”

–¡Lo siento! No sabía...

“Te daré una última advertencia. No puedes mentirme. Yo lo sé todo.”

El joven tragó saliva y respondió con sinceridad.

“¿Tienes miedo de mí?”

–Sí.

“Correcto. ¿Te gustan los libros de terror?”

–No.

“Correcto. Qué lástima, porque ahora estás en uno.”

El cuarto se sumió en oscuridad. Solo el libro brillaba con una luz espectral, iluminando tenuemente su entorno.

“¿Te da miedo la oscuridad?”

–No.

En ese instante, la oscuridad se intensificó, como si el vacío lo envolviera por completo, salvo por el resplandor inquietante del libro. Entonces apareció una nueva pregunta:

“¿Conoces a la persona que está detrás de ti?”

El pánico lo invadió. Cuando la luz volvió, vio una sombra fugaz que desapareció de inmediato.

–No, yo no la conozco...

“¡Incorrecto! ¡Te dije que no mintieras! Sólo te queda una oportunidad.”

Anthony lloraba, incapaz de articular palabras.

“¿Quieres continuar?”

–No.

“Correcto. ¿Tienes miedo a morir?”

–Sí.

“Correcto. Ahora, la última pregunta: ¿Has matado alguna vez?”

–No, no, no.

“¡Incorrecto! Sé que lo hiciste. No mientas, Anthony.”

–¡Sí, lo maté! ¡Lo apuñalé, porque se lo merecía! ¡Me humilló y no me arrepiento!

“Te advertí que no mintieras. Esto ha terminado... pero NO para ti.”

De pronto, Anthony despertó en el mismo cuarto blanco, con el libro frente a él, abierto en la primera página:

“¿Estás listo para iniciar la encuesta, Anthony?”

Su respiración se aceleró. Todo seguía igual: el lápiz, la silla, el escritorio... Anthony estaba atrapado en un bucle interminable, obligado a revivir su crimen y responder las mismas preguntas una y otra vez.

Con cada ciclo, el libro parecía ganar fuerza, absorbiendo su cordura. A medida que pasaba el tiempo, las paredes blancas de la habitación se transformaron en los pasillos de un hospital psiquiátrico. Allí, Anthony vagaba murmurando lo mismo:

“Cierra los ojos, cuenta hasta diez. No hay vuelta atrás.” ❖

Acidic coffee (meant to be)

Claudio Cortés Narro 3^oD

First place

In my conscious years, I've found myself in my apartment cradling in a flakey office chair, with the aroma of wood polish finding its way through my cavities, tapping a pencil trying to settle in some words on a computer. By that time, my humanity was based on a solid education and a fair salary, but I've always seemed to be keen on writing. In some sort of way I felt meant to fulfill something on it. It was my way to find comfort through the tiring 9 to 5 routine of the average American. The subjectivity of it reminded me of greatness, and with my mind I thought maybe I would be able to leave my mark on this part of the arts.

It started as a side hobby, and through the seasons, I walked through to the idea of it. Buying leather notebooks, working in coffee shops, filling out digital portfolios, and all the things that embraced its nature. It led to small conversations about it in the office when I was caught writing. I was often praised for pursuing my interests in the workplace, but when it was time to send the emails to the publishers, reality passed through me and kept me from sending it. I laid back on my chair, with the thought of maybe going on with it, but my muscles didn't seem to want to.

When I was able to sit down and read through my words, I wasn't able to see anything from my writings that stood out. It left me discontented and unsure if I should keep pursuing this passion, but at the same time, the fact that I wasn't doing anything about it ached.

I tried to work it through in social events. But when I arrived at them an awkwardness left me to be stuck on the sidelines, working on my non-

existent appetite on the snack table. I lurked by the groups trying to get something out of their conversations about their own struggles, and it encouraged me into talking about my own writings.

As I went on about them, I could see in their empty expressions that they were bored by my ideas, but complemented them by saying “I have good ideas”. The conversation went on, but it had left my mind in a social static. We all soon said our goodbyes and went on our way, but my mind was still on that interaction, overanalyzing their now blurry facial expressions, trying to figure out if they were being genuine.

It sort of grew on me, and it nudged me to remember that every second that I did not make a move it would make me less of what I was looking for. It led me into a routine of me making my coffee, turning up a document and staring at it for an unsavory amount of time, and then typing out something that based itself on my ideas until I numbed out and went back to lay on my bed. It was a routine that I thought worked for my prowess and it left my writing itch scratched. But as time passed, my days soon became limited to that only.

My co-workers noticed my absence for a few days now, they would try to call me and try to get a word with me, but I had been stuck in my own bubble that I didn't think to text them “im ok” to reassure them of my wellbeing. My boss was more pissed off about the fact that he lacked one of his employees, so it didn't take long until my boss scheduled a private meeting with me online, but as expected, I didn't make it.

For the rest of my days, I would be sitting on my bed, staring at a computer screen with no work done, with my teeth chattering and my bones shaking due to my now-raging caffeine addiction. My dedicated routine had turned the gun on me and I couldn't go a day without making a mess with the instant coffee, nor a day without collapsing on the floor. The bitterness of my lumpy coffee gave me the expectation that if I focused on it I would be making gold, but that expectation stuck with me all day and slowly distorted it as the caffeine burned my brain cells.

I wasn't a paying tenant anymore, so it didn't take long for me to receive an eviction notice under my door. The fact that my routine would soon come to an end saddened me, but I could barely even stand up to do something about it. I didn't even bother to open up my computer, all I could do was curl up on my bed and marinate myself in my own shame.

Words were no longer being written on those days, as my condition worsened and I had become bedridden. My mind fogged even more and I couldn't even process being awake. I stared at the ceiling while trying to think of doing something, but my ideas kept staggering and I wasn't able to even think straight. I laid there motionless, trying to find comfort with the feelings of unfulfillment soon leaving my body in a static state, and my mind in a blank.

But through my burned thoughts, I was able to acknowledge that the lack of necessity to do anything comforted me. ❖

Mariposas blancas manchadas de sangre

Alejandra Bellido Zendejas 1ºB

Segundo lugar

–Hola, un gusto señor, soy la reportera Chloe Vanvill y lo cité para hacerle una breve entrevista sobre el caso “Mariposas blancas”, el cual usted llevó como detective en 1970 –dijo una bella mujer de 32 años.

Chloe se encontraba en la sala de estar del entrevistado; una sala donde entraba mucha luz del sol, así que su piel afrodescendiente y su afro rebelde, atado con una mascada, iluminados le daban unos aires de serenidad y elegancia.

El entrevistado era un señor mayor de 86 años. Su pelo canoso estaba peinado hacia atrás, y sus arrugas hacían más evidente su semblante estoico. El señor mostraba rastros de belleza pasada, como una rosa marchita, aunque su mirada estaba desorbitada, como si sus ojos azules cobrarán un tono grisáceo.

–Señor, voy a empezar a preguntar algunas cosas, si a usted no le incomoda –dijo Chloe, lanzando miradas furtivas y curiosas. Acto seguido, sacó su celular y empezó a grabar mientras preparaba su computadora en su regazo.

–Tengo entendido que usted es Zephyr Thorne, un detective retirado de 86 años, ¿o me equivoco? –comentó Chloe, buscando contacto visual con Zephyr, mientras en su cabeza se preguntaba: “¿En qué estará pensando? ¿En serio estará loco?”

El señor sentado en frente de la reportera no parecía más que solo un viejo con enfermedades mentales o al menos así es como lo relataban todos los involucrados en el caso o los que se han reunido con él. No obs-

tante, Chloe sintió la necesidad de indagar más allá de la historia de un adulto mayor enfermo de demencia, por lo que la expresión de la reportera cambió a unos ojos decididos.

–Señor, ¿me podría contar la historia... de Zephyr Thorne?

La decisión de palabras de la reportera, al referirse a él por su nombre como si lo viera como una persona y no como un artículo, hizo que los profundos ojos azules y opacos de Zephyr dieran indicios de vida; de parecer desorbitados y cansados se volvieron unos ojos brillantes y nostálgicos.

–¿Le podría pedir que apague la grabadora? –dijo Zephyr Thorne, con su voz grave y profunda. Chloe respondió de manera afirmativa.

–¿Qué quiere saber? –dijo Zephyr, mientras se encorvaba, con las manos arrugadas y tensas. Se sentó con serenidad, aunque sonaba como si estuvieran a punto de interrogarlo.

–Quiero saber todo desde el inicio. ¿Cómo un joven ambicioso de 32 años llegó a desencadenar una tragedia y terror en todo un país? Esta vez Chloe posicionó sus dedos en las teclas.

Zephyr Thorne, dando un suave y profundo suspiro desde su diafragma, empezó a relatar una historia que se había guardado por 54 años.

–Yo era un joven ingenuo que habría aceptado cualquier caso que se le encomendara sin rechistar. Apenas había salido de una crisis económica, en la cual había perdido todo mi dinero al intentar hacer una agencia de detectives independiente. A los 30 años empecé a trabajar, sin saber que mis superiores me iban a confiar el caso de “Las mariposas blancas”, que en mis manos nunca se resolvió.

13 de septiembre de 1970

Yo tenía 32 años, ya llevaba dos años trabajando para una agencia y solo trabajaba en casos de investigación privada sin tanta importancia, hasta que, una tarde de sol leve pero con una brisa refrescante, llegó el caso que cambiaría mi vida.

–¡Zephyr! Nos acaban de dar una denuncia. Te la dejamos a ti –dijo mi superior, dejando una pila de documentos–, un trabajo leve como de costumbre.

Hojeé página por página y a mi parecer era solo otro caso de una tra-
vesura infantil, incluso llegué a murmurar para mí mismo: “Otra rabieta de

algún adolescente”. Me acomodé en mi silla con un café en mi escritorio para proseguir con la lectura. Se trataba de Armando Torres, un mexicano que decidió ser docente en la escuela local de Kansas City y quien no recordaba lo que había pasado antes del incidente debido a que sufría amnesia. La causa de su pérdida de memoria fue un grave golpe en la frente, que le había causado una hemorragia y la necesidad de suturas. Por lo que me relató un grupo de alumnos de Armando, ellos iban a la sala de profesores, pero al entrar, encontraron a su profesor inconsciente, con la cabeza cubierta de sangre proveniente de la herida en su frente y un libro de tapa dura al lado derecho de su cabeza. Después de la llegada de los paramédicos a la escuela, la sospecha de una posible agresión surgió.

Esa misma tarde fui a la escuela a reunirme con Armando debido a que ya le habían dado de alta.

—Armando, me gustaría saber cualquier detalle que recuerde de antes de su desmayo —le dije.

Incluso si en el expediente había un diagnóstico de amnesia, lo primero que debes de recordar al ser un detective es nunca confiar al cien por ciento en el expediente que te entreguen.

—No recuerdo nada, solo una figura esbelta enfrente mío mientras perdía la conciencia, apenas una tenue silueta en mi memoria —me respondió.

Armando tenía las manos escondidas debajo de la mesa y un ligero temblor fue evidente en su voz, por lo que supe al instante que había información sobrante en la memoria de Armando, la cual no estaba dispuesto a revelar.

—¿Qué piensa que pudo haber pasado antes de desmayarse? —le dije sin insistir, resignado a seguir con el “interrogatorio”.

—Tal vez...me choqué contra el librero y al final el libro de tapa dura cayó y golpeó mi cabeza —dijo Armando, mientras se frotaba las manos nervioso y hablaba con extremo cuidado.

—¿Y no se le ocurrió, Armando, que tal vez un estudiante le lanzó el libro?

El claro intento de ocultar información por parte de Armando me desesperaba; mi paciencia se estaba acabando a causa de su falta de cooperación, a tal punto que me hallaba hablándole de forma fría y cortante.

Entrevisté a Armando un rato más, pero todo fue en vano, debido a su actitud reservada.

Decidí involucrar a los alumnos que tomaban la clase de Armando, puesto que todos esos chiquillos inmaduros podrían ser el posible agresor que había causado tal herida en un profesor. Entrevisté a todos, desde a los alumnos que encontraron a Armando en tal estado, hasta a aquellos que habían faltado ese día. No obstante, al final, llegué a una conclusión: ninguno de los estudiantes había sido el culpable o testigo de la situación o, quizá, todos sabían mentir y evadir las preguntas a la perfección.

Lamentablemente, tres días después de haberme encontrado con Armando, este falleció. La causa de su muerte fue clasificada como un traumatismo craneoencefálico, un daño directo al cerebro debido a un golpe en la cabeza. Ahora estaba más que seguro: “Esto es más que una rabieta o travesura inmadura, esto es un asesinato”.

Zephyr soltó un suspiro de vuelta en el presente. Chloe parecía un tanto confundida del porqué hacía mención de este caso que era previo al de “Mariposas blancas”, pero todo cobró sentido cuando escuchó a Zephyr nombrar la “Secundaria Mont Blanc”, escuela en la que se cometieron los asesinatos del caso principal de la entrevista.

Zephyr prosiguió. En la mente de Chloe todo se veía vívidamente, como una película reproduciéndose en su cabeza. Mientras tecleaba delicadamente, un hombre alto y en forma, de pelo negro y peinado hacia atrás con gel, vestido con un traje elegante negro y una sonrisa radiante en su cara, apareció en sus pensamientos.

17 de septiembre de 1970

Estaba en shock después de la muerte de Armando, pero tenía que cerrar el caso sin ningún contratiempo mayor.

Decidí revisar las cámaras de seguridad de la sala de docentes, pero para mi mala suerte no había ninguna. Estaba desesperado por no descubrir nada, hasta que una trágica pista se interpuso en mi camino. No sé si fue correcto haber agradecido esta pista que se me confirió: dos muertes más en la escuela Mont Blanc, en tan solo una semana. No podría llegar a ser una simple coincidencia.

Un alumno de la preparatoria Mont Blanc había sido encontrado

muerto una semana después de la muerte de Armando Torres. Era un chico de 17 años llamado Will Fitzgerald, alumno promedio que nunca “bajaba de ochos”, popular entre los docentes de la escuela y entre los alumnos. Lo encontraron en las escaleras de su edificio muerto en el suelo, aún con el uniforme de la escuela.

Fui a indagar un poco más el tema a su casa, haciendo diversas preguntas a su familia.

—¿Saben si hay cámaras en el edificio? —dije—. Para verificar lo que pasó antes de la muerte de Will.

Intentaba sonar lo más comprensivo y sensible posible, aunque si no sonaba firme, ¿cómo podría hacerme llamar detective?

—Mi hijo está bien, no entiendo a lo que se refiere, pero sí, sí hay cámaras —dijo la madre, con una mirada desorbitada y una presencia que incluso pasaba desapercibida, como si al morir su hijo, ella también se hubiera ido con él, solo que no físicamente.

En ese momento pensé: “Enloqueció por la muerte de su hijo, ni siquiera puede testificar porque no ha aceptado la muerte de Will”.

Hojeé los documentos, entre los cuales se encontraba la autopsia de Will. Se había desnucado al caer por las escaleras; gracias a dios, nadie más sabía esa información o sus padres hubieran enloquecido aún más.

Revisé las cámaras y solo aparecía Will, gritando solo en las escaleras...o al menos eso parecía, porque la cámara se cortaba al lado derecho de la silueta del joven justo antes de su muerte. Parecía un simple accidente, y al ver el estado de la madre de Will, no pude evitar pensar que tal vez yo estaba equivocado, quizá un poco loco, y no había relación alguna entre los dos casos, pero yo no quería aceptarlo, tenía que encontrar la razón de la muerte de Armando, pero...¿Por qué tuve un deja vú al leer el apellido Fitzgerald en los documentos?

—Soy Grace Fitzgerald, ¿qué quieres saber?

La hermana de Will era la única de esa familia que aún se mantenía cuerda, por lo que proseguí mi interrogatorio con ella. Grace era una chica de 15 años, esbelta, de pelo rubio liso y con unos ojos verdes que lograban contrastar su delicadeza; en ese rubro se parecía a su madre. Tenía reputación de ser una gran estudiante, lo cual nadie dudaba, y, a pesar de la situación, ella conservaba ese perfil frágil e inocente.

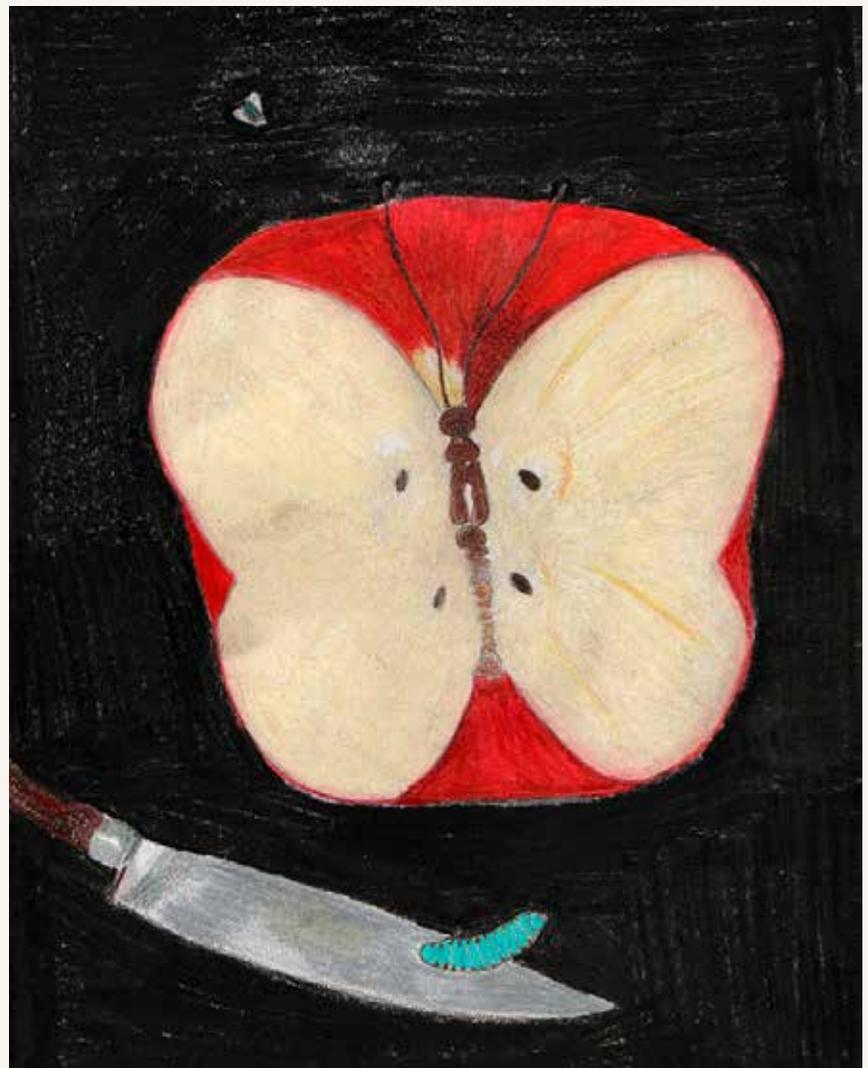


Ilustración: **María José Peña Reyes**

–¿Hubo alguna situación fuera de lo normal antes de su muerte? – pregunté.

–Últimamente él me ha estado...perdona...me había estado evitando, y me duele tanto no haberle dicho adiós de la manera correcta. Verlo desnucado fue tan doloroso.

A Grace le estaba costando trabajo considerar que su hermano había muerto; se notaba por el esfuerzo que hacía en decir todo lo relacionado con Will en pasado. Ahora, en un abrir y cerrar de ojos, él se había vuelto solo un recuerdo, uno que parecía tan lejano... “¿Quién sabe? Tal vez así es la muerte”, pensé.

De vuelta en 2024, Chloe se sentía acorralada por la historia, ni siquiera podía apartar la mirada de su computadora dada la intensidad con la que Zephyr decía todo, con un tono como si los hechos hubieran pasado ayer. Esto no detuvo al hombre que tenía delante, quien no dejó de contar cada detalle.

Después de pasar horas buscando la relación entre la muerte de Armando y Will, convencido de que había alguna conexión que cerraría el caso de una vez por todas, mis superiores me repetían constantemente que el caso se había vuelto complicado y que sería mejor cerrarlo, aunque yo me negaba. Este caso ya no se trataba solo de mi orgullo o valor como detective, esto estaba trastocando mis límites: enloquecía. “La terquedad puede ser tu mayor motivación o tu autodestructor”, me repetía. Ojalá no hubiera sido así, ojalá hubiera renunciado al caso, porque un detective novato como yo no estaba listo para lo que se escondía tras las puertas de esa escuela.

Sucedió dos semanas después del asesinato de Will. Mis superiores no pudieron hacer nada para ocultármelo, pues, como dicen, en una pequeña ciudad las noticias vuelan. Fue entonces cuando encontré la pieza que me revelaría cómo armar todo lo demás...sí es que había algo más y no fue todo producto de mi posible demencia y mi ansiedad...sí fue real.

21 de septiembre de 1970

Esta vez fue Ava Miller, una chica de 15 años, quien fue a una fiesta que se suponía era exclusiva de la secundaria Mont Blanc, aunque había habido personas involucradas que no eran de la escuela, por no decir que mu-

chos de los que participaron en la fiesta no volvieron hasta el día siguiente e incluso algunos estuvieron desaparecidos; chicos de entre 15 y 19 años, tres hombres y dos mujeres de los cuales no se volvió a saber.

Después de esta fiesta, el caso empezó a ganar fama y popularidad entre otras ciudades cercanas; la muerte de Ava Miller hizo que todos se preguntaran quién había estado en esa fiesta para que hubiera cinco desaparecidos y una muerta.

Ava Miller era una chica bien conocida por asistir a algunas fiestas y ser un tanto “despreocupada”. Era una chica que podía vivir absuelta de cualquier responsabilidad, sin sentirse culpable o ansiosa en lo absoluto, así que su presencia en la fiesta fue algo normal; muchos de los involucrados dijeron, al testificar, que Ava siempre estaba bailando con un chico, coqueteando o fumando, acompañando todo de algunos shots.

¿Qué le pasó para terminar moribunda en la calle? O más bien, ¿qué se escondía detrás de esa fachada despreocupada e irresponsable? ¿Ava en serio estaba bien?

Ella estaba completamente borracha y sus amigas la llevaban a su casa. Regresó con 3 chicas, entre ellas, sorprendentemente, Grace Fitzgerald, quien las dejó de acompañar a mitad de camino para irse a su casa...10 minutos después, Ava murió en la calle, desplomándose en los brazos de sus amigas.

Al ser examinado en la autopsia, el cuerpo de Ava reveló el consumo de drogas; un consumo frecuente que, sumado al de esa noche, había sido excesivo.

Sus amigas contaron que estaban al tanto de esto. Entonces, si ellas mismas sabían lo que pasaba, ¿por qué nunca lo denunciaron? Bueno, de eso me enteré después.

Las palabras que pronunciaron una por una al testificar solo aumentaron mi furia.

“Lo consumía mayormente en los baños escolares, después de algún regaño al haber fallado un examen”, la mayoría concordó en eso, pero la única que confesó los pecados de sus demás amigas fue Grace. De nuevo, la única adolescente coherente en esa escuela de locos.

–Ella lucía despreocupada, pero solo se mantenía relajada debido a que la droga nublaba su propio juicio y capacidad de razonamiento, no

sabemos cómo entró a ese tráfico escolar, lo único que sé es que hay un aproximado de 100 alumnos involucrados, entre ellos mis propias amigas.

Ella me había revelado más información de la que yo podía manejar, no obstante, en medio de la confusión del momento, hice una última pregunta a Grace, que en ese momento era tan solo una herramienta de información para mí, ni siquiera pasó por mi mente que una joven de 15 años, que ni siquiera debería estar involucrada en eso, estaba siendo cruelmente utilizada.

—¿Por qué no lo denunciaste? —pregunté, y mi voz se quebró ligeramente, con un grave temblor en las manos.

¿Por qué me daba tanto miedo la respuesta de Grace? Quizá porque dependiendo de lo que me contestara, sabría si todos estábamos locos, porque si ella también se había vuelto loca como para no denunciarlo, entonces no había ninguna persona pura o libre de pecado en esta escuela...o incluso en esta ciudad.

—Lo denuncié, pero nadie me creyó —me contestó.

Después de eso, revisé todas mis notas por media hora, estaba demente..o eso pensé. Tenía el presentimiento de que todo tenía una relación...había algo que me faltaba, solo una revelación...todos esos adolescentes que parecían inocentes mariposas blancas estaban poco a poco descendiendo de lo alto de su vuelo y quedaron atrapados en la telaraña de una araña, pero ¿quién era la araña?

De nuevo en el apartamento de Zephyr de 86 años, Chloe estaba tocando el otro lado de una historia que todos escucharon, pero nadie quiso entender, un escenario más trágico y angustiante. Logró ver más allá de la historia general, las cosas iban cobrando sentido, pero al darse cuenta de la fecha que Zephyr iba a mencionar, de pronto todo colapso en el escrito de Chloe.

¿Podría en serio dejar sus prejuicios e historias anteriormente contadas de lado, y creer en el criterio del supuesto exdetective demente?

26 de septiembre de 1970

La escuela cerró cinco días para abordar el caso del tráfico de sustancias ilícitas en la escuela, lo cual fue un completo eufemismo, pues se decidió por dar seguimiento solo a la limpieza de la “mala reputación” de

la escuela, en vez de tomar en cuenta el impacto en los adolescentes implicados.

Yo ya no estaba en mis cabales. Pasaba horas buscando alguna conexión entre todos los casos, algo que me diera un indicio de la “araña”, pero no, no había forma de encontrarlo; en todo el proceso, todos los que testificaban me daban ideas confusas y no conducían a ningún lugar ni persona...estaba atrapado en un limbo.

En la tarde, por el mediodía, se me informó del incendio en la escuela Mont Blanc, lo cual me hizo correr hacia allá, sin importar las circunstancias. De 350 alumnos, profesores y personal de limpieza que estaban en esa secundaria, solo salieron ilesos 320, sin ninguna muerte, afortunadamente, pero sí con heridas graves en esas 30 personas que no lograron salir con tanta suerte como los demás.

Las llamas y el humo opacaban mis ojos. Los gritos y llantos desesperados del bullicio alrededor mío llenaron mis oídos, pero solo faltó una palabra para llenar mi mente por completo: “araña”.

A las 7:00 de la noche, al unir todos los puntos, el incendio, las fiestas, los “accidentes”, me di cuenta de algo: hubo una persona involucrada en el proceso que siempre salió ilesa de sospecha, pero...¿En serio? ¿Esa persona?...¡No! ¡Me niego a pensar siquiera en la posibilidad de que el culpable de todo este infierno sea una persona así!

Grace fue una de las alumnas que encontró a Armando, pero había pasado por allí antes, por la hora del accidente, y por eso su nombre me sonó tan familiar cuando atendí la muerte de Will, porque Grace había estado involucrada con Armando en varias peleas, ¿pero cuál era la información que ocultaba Armando? Grace había regresado a casa con Will; nadie más sabía sobre la causa de muerte de Will salvo yo debido a los documentos que guardaba sobre su autopsia, pero Grace sabía su causa de muerte, ella era la única que había visto la autopsia de Will aparte de mí. La mejor amiga de Ava era Grace, pero ellas nunca se habían hablado hasta el primer año de secundaria, el año en el que incrementó el consumo de drogas en la escuela, sin contar con las varias “reuniones” en las cuales Grace siempre tardaba demasiado y llegaba tarde en la noche, pero...¿por qué las horas y las fechas de sus “reuniones” coincidían con las fiestas a las que los consumidores de drogas asistían?...La respuesta estaba ahí: porque Grace era

la proveedora. Y por último el incendio, que fue cinco días después de que se descubriera algo que se mantuvo en secreto por mucho tiempo. ¿Por qué un repentino incendio justo después de que la “araña” cometiera tantos errores y existiera la probabilidad de ser descubierta? ¿Por qué, justo después de que el tráfico escolar fuera descubierto a pesar de la gran estrategia de manipular a los más débiles y destrozarnos para mantener el secreto, el incendio había comenzado en la bodega? Ese era el único lugar con acceso a la calle fuera del campus...Y la única que ya estaba afuera del campus antes de que el incendio alcanzara los salones de tercero de secundaria era precisamente Grace.

Todo cobró sentido. Grace Fitzgerald era la “araña”, era ESA persona que había creado este infierno, no sabía el porqué, pero ella me había engañado con “mariposas blancas”; las mariposas blancas nos recuerdan algo delicado, pequeño, frágil e inocente, y ella usó las muertes de los débiles para lucir afligida, para que nunca sospecharan de ella. Me cegó para poner mi compasión sobre las evidentes pistas.

Ella en realidad nunca denunció, pues ella era la proveedora, y después de dos años de que su plan no fuera descubierto, Armando la descubrió, no se dejó cegar por su mentiras y, cuando trató de denunciar, Grace solo lo tuvo que silenciar a Armando. Will le dejó de hablar porque la descubrió cuando él mismo intentó meterse al tráfico de drogas, y al enterarse de que su hermana era la proveedora, Will habló con ella, discutieron, y en las cámaras, a quien Will gritaba era a Grace, quien lo empujó por las escaleras.

Llamé a las autoridades para arrestar a Grace. Los policías la arrestaron por un corto periodo de tiempo, pero al tratar de dar mis pruebas e indicios...ella vomitó mariposas blancas, pero mariposas blancas manchadas de sangre.

Empezó a decir dulces y afligidas palabras, nadie veía que ese “inocente y puro” discurso estaba lleno de muerte y traición. Dejaron a Grace absuelta y a mí me interrogaron, me retuvieron y empezaron a preguntar sobre mi salud mental...todos creyeron que ese joven de 32 años por fin había logrado llegar a la demencia.

Al día siguiente, en la madrugada, específicamente a las 2:53 a.m., se escuchó un estruendo en el hogar de los Fitzgerald. Los padres fueron corriendo a la habitación de su querida hija, quien se había suicidado...Tal vez sí estaba loco, tanto que al no encontrar un culpable, hice una historia lógica, pero que no era real, y al culpar a Grace que me había ayudado tanto, la hice tocar fondo, tanto como para que se suicidara.

Zephyr dio un suspiro, sus ojos parecían perdidos, casi miserables, aunque no había rencor en ellos. Mientras, Chloe luchaba entre la versión de la historia sobre el detective enloquecido y el hombre que tenía enfrente que lucía sincero, que lucía como si hubiera podido desahogar sus penas...pero que dudaba de sus propias memorias.

–Señor...podría preguntarle...¿Qué pasó con usted después? –dijo Chloe, mientras se inclinaba ligeramente intentando captar la atención de Zephyr.

–Los reporteros iban a buscar una noticia nueva, de último momento, y me veían como la fuente de su dinero, un objeto que usar para su beneficio. Aunque al contar mi historia, todos pensaron que estaba loco; nombraron al caso “Mariposas blancas” debido a que yo llegué a un punto de demencia en mi investigación, que cada vez que comía, vomitaba...y las mariposas blancas estaban ahí...con las alas llenas de sangre –contestó.

–Señor, ¿debería creerle? ¿Usted nunca alucinó? ¿Grace Fitzgerald... era la culpable? –preguntó Chloe, un tanto dudosa.

–Depende de cómo lo veas, querida –respondió.

Zephyr dio un suspiro y la miró a los ojos perforándole el alma con sus ojos azules, mientras el sol del atardecer bañaba la habitación.

–Si me ves como un hombre que se volvió loco y le echó la culpa a cualquiera en su demencia, incluso después de contarte todo esto, Grace Fitzgerald era inocente...pero si me vez como el hombre que habló a la cara con Grace, y vio a través de su faceta y reputación...Grace siempre fue culpable...una titiritera de mariposas blancas...mariposas blancas que manchó de sangre. ❖

The taste of emptiness

Alejandra Berenice Hiroishi Anguiano 2^oF

Second place

The modern art museum was an absorbing place because of its unsettling and dense atmosphere, a crowd of tall, pale girls stood out. Her hair was darker than the night, and wore it tied up in a loose bun, her clothes were pale too. What people noticed the most about her was the big glasses that covered her sad, melancholic eyes. She went to the museum because she was bored but there was nothing thrilling about it so she left the tour and started wandering through the museum. She found herself in a very long hallway with depressing grey walls, the light was cold. The atmosphere was heavy, so she walked around until she entered a great exhibition hall.

Inside it there were paintings, wax sculptures, portraits and biographies of very twisted people like robbers, assassins, and very dark subjects.

Suddenly the museum's guide showed up. He was a very scary character with yellow pale skin, a gloomy smile and very tall and skinny. He was wearing a brown suit.

The guide was extremely quiet, he only watched and followed the girl but he didn't say anything. The girl walked through the exhibition, she found it the most interesting she had seen so far. She stopped dead at the wall where the portraits of the people who had committed the most disgusting and grotesque crimes, such as cannibalism, were. The tour guide got closer and, for the first time, started talking and explaining to her who, where, and what each one of those criminals did. Something in his tone of voice gave her goosebumps, something in this tone sounded happy and excited, she only listened but had a bad feeling. This man was ex-

tremely happy talking about cannibalism, she thought that was weird and gross or maybe she was imagining things. Then the man asked a very strange question: 'You never see cannibalism as another form of love, Daphne?' She stopped dead after hearing the question, who knew her name? What supposed she thought and said about that, the man continued explaining after seeing the woman's reaction but maintained his gloomy smile. When the guide ended talking, the girl thanked the explanation and faster left the room, she walked quickly for the hallways of the museum but when she turned around, she saw the guide, she left the museum quickly and walked through the big fair that was taking place on the street treating to think in another think, after all, he really couldn't do anything to her, right?

She walked around the fair looking for something to distract herself. She saw the roller coaster and thought it was a good idea to distract herself from her nerves. She wasn't really paying much attention to her surroundings, once on the top of the roller coaster she calmed down until she felt a hand around her shoulders. It was the guide. She froze, not knowing what to do.

The guide spoke to her in a calm manner relating his twisted view of love through cannibalism and for him she was attractive. She wanted to scream, but the scream got stuck in her throat when the roller coaster dropped quickly. She gripped her huge glasses tightly, not realizing that her careless movement shifted the guide's seatbelt, causing it to unbuckle. The guide was flung for the roller coaster, falling dead to the ground while Daphne simply watched with her melancholic eyes but with a hint of tranquility and even pride. ❖

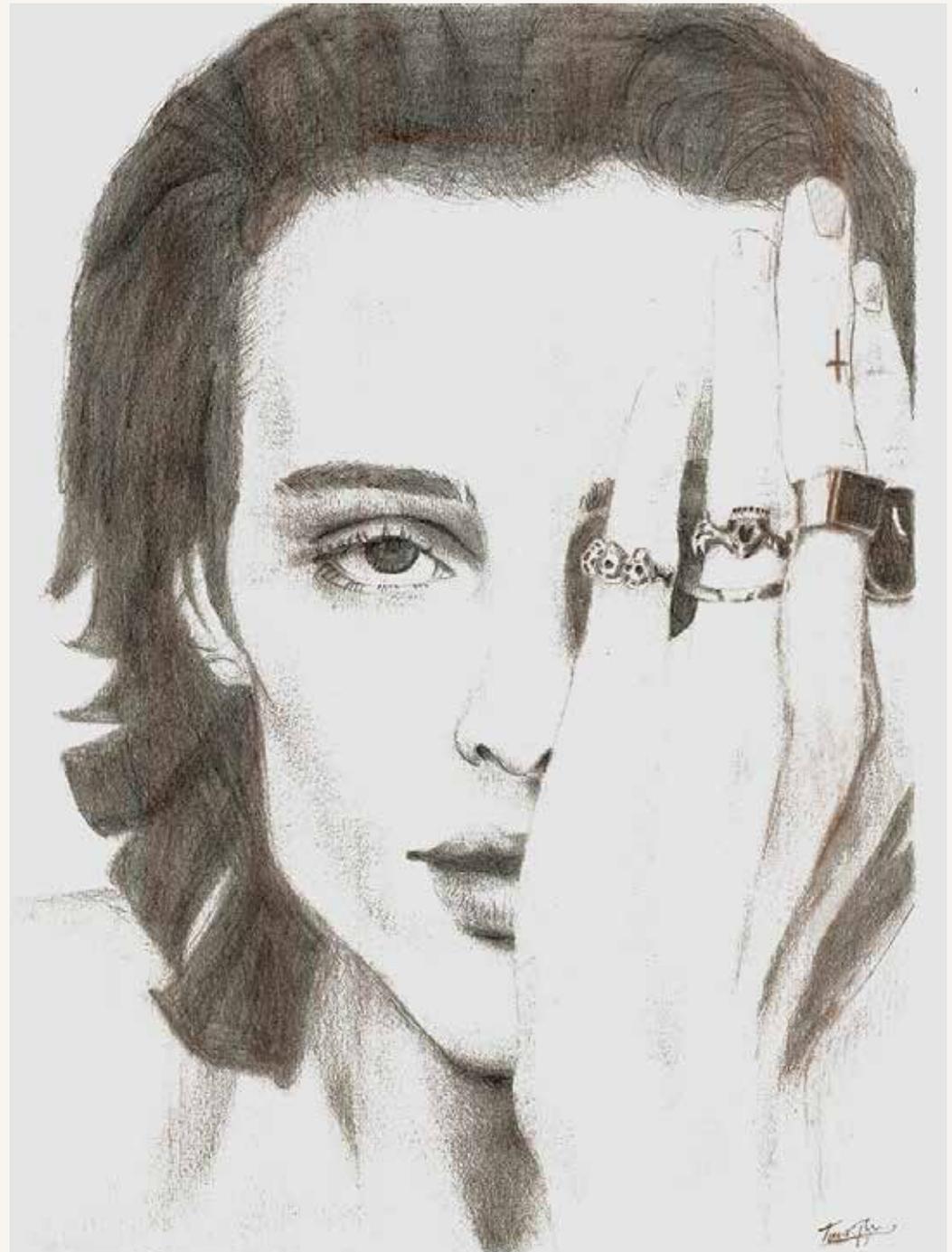


Ilustración: **Tania Jimena Ruiz Domínguez**

La última Navidad

Leticia Guerrero de Salazar 2°F

Tercer lugar

Lauren había pasado muchas navidades felices. Diez navidades en total, las diez muy buenas cada una, aunque no se acordara de las primeras dos o tres. Esta era la número 11, y sabía que iba a ser muy buena. Sin embargo, esta vez era algo diferente.

Tenía a su mejor amigo, Zach, desde la infancia; había pasado casi todas esas navidades con él. Siempre tenía esa expectativa, aunque no la hiciera consciente, de que a la siguiente estaría con él también. Pero ahora no, eso sí lo tenía presente. Estaban ya en sexto de primaria, y al año siguiente sería algo completamente nuevo. Zach se iba a mudar a Nueva York, donde vivían también sus tíos y sus primos, y ella se iba a ir a un internado a Los Ángeles, en el que su hermano mayor, Brenner, había cursado la secundaria también, por lo que estaría lejos de su ciudad, San Diego, y de la que sería pronto la nueva localidad de Zach.

Teniendo eso en mente, la Navidad se sentía algo triste, porque sabía que sería la última vez que vería a su mejor amigo en esas fechas, que su familia casi no estaría al tanto de lo que le pasaba en el día a día, ni tampoco Zach, porque podían escribirse, y eso en parte la ilusionaba, pero en el fondo sabía que no puedes alejarte a la otra esquina de un país tan grande y tratar de seguir teniendo una relación con sólo mensajes vacíos, con nuevas vidas y amistades.

Era por eso, en parte, que Lauren quería aprovechar esa última Navidad al máximo, por lo que quería hacer todo lo que habían hecho desde niños y disfrutar.

La mañana del 24 de diciembre se levantó casi a las 7:00 a.m. Había nevado la noche anterior, y le pidió a su hermano, Brenner, quien había vuelto de la Universidad de Harvard por las fiestas y a quien ya no veía desde hacía mucho tiempo, que la llevara a casa de Zach.

–Bien, bien, vamos, pero espero que no me vuelvas a despertar tan temprano mañana o el resto de las pocas vacaciones que tengo.

–Sólo será hoy.

Al llegar a casa de Zach, él ni siquiera se había despertado, pero el timbre hizo que sus padres se levantaran y fueran a abrirle a Lauren.

–¡Hola!, siento despertarlos tan temprano, pero tengo un gran plan para Zach.

Zach tardó en bajar, pero cuando lo hizo, ya se había vestido para la nieve.

–¡Lauren!

–¡Zach! ¡Tengo una gran idea para esta Navidad!

–¿Qué haremos?

–¿Ves que todos los años hacemos algo antes de irnos a nuestras casas con la familia de cada uno y eso?

–Sí.

–Bueno, este año deberíamos hacer todo lo que hemos hecho desde que nos conocemos. Tengo la lista en el álbum de Navidad que me dio mi mamá.

Sacó el álbum del coche de sus padres y leyó el primero, en el que había una foto de los dos cuando iban en el preescolar y jugaban con sus peluches. Eso no lo harían porque tenían once años y sería un poco extraño para los dos hacerlo, pero lo segundo sí lo podían hacer: saltar sobre la nieve.

Se metieron al patio de Zach, armaron una pila de nieve y saltaron hacia ella. Estaba tan fría, pero hacía que se rieran tanto...Y no era la única cosa que habían hecho antes en la nieve. También estaban el armar muñecos de nieve y la batalla de bolas de nieve, que habían hecho cuando tenían seis y nueve años respectivamente.

Empezaron a hacer el muñeco con bolas grandes de nieve, dado que el patio de Zach era amplio. Brenner los observaba desde lejos; él los había visto jugar todas las navidades cuando él ya era un adolescente como para estar jugando con los niños pequeños. El que sí había estado con ellos antes era Jake, el hermano menor de Lauren, un año menor, pero a él lo llamarían más tarde.

Brenner acabó ayudando a ambos a armar el muñeco. Cuando Zach hubo terminado de tomarle fotos, Lauren tomó un pedazo de la cabeza y la lanzó a la espalda de su amigo. Armaron un fuerte cada uno en cada esquina de su patio y empezó la guerra de verdad. Lauren no paraba de lanzar municiones y de gritar: “¡Muere, soldado! ¡Muere o ríndete!”, mientras Zach le respondía: “¡Nunca!”

La pelea duró como media hora en total, hasta que Lauren se acercó lo suficiente como para bombardearlo con bolas de nieve hasta que él cayó al piso y dijo, mientras reía:

–¡Bien, bien, me rindo...ya, ya, que me rindo!

Ella lo dejó en paz y le dijo que ahora fueran a la pista de patinaje de San Diego, a donde también los llevó Brenner. Ahí fueron cuando tenían ocho años.

La señorita del mostrador miraba su celular y les cobró por una hora. Lauren era muy mala patinadora, pero Zach parecía salir de Disney On Ice, a donde habían ido a los cinco años, su segunda Navidad juntos, cuando ya habían salido de sus casas.

Ella se mantenía en los bordes, mientras él la invitaba a moverse un poco más, ya que era la última vez, así que Lauren al fin se animó y lo tomó de los brazos cuando empezaron a dar vueltas y vueltas. Se miraron a los ojos y rieron; Lauren tuvo que interrumpir su momento soltándose y cayendo directo al hielo, causándole una pequeña quemadura en la pierna.

Ahora tenían hambre. Brenner los llevó por una hamburguesa en el centro comercial de la bahía, para después dar una vuelta por el Museo Marítimo, a donde fueron cuando tenían nueve, porque a Lauren le gustaban los museos y desde que había visto la película de Titanic, había estado algo fijada con los barcos. Ahora ya no lo estaba, pero los barcos le seguían gustando. Incluso se habían tomado una foto en la punta de la nave como en el filme, pero eso había sido antes, porque ahora sería de lo más extraño hacer eso con su amigo.

A los siete años habían estado todo el día en el trineo, en el parque más cercano a la casa de Lauren. Ahí llamaron a Jake, porque habían sido ellos tres en esa ocasión, y en la de ese momento lo serían también. Ahora ya cabían muy difícilmente los tres en el trineo, pero uno por uno estaba funcionando, en un trineo más grande, por supuesto. Era lindo estar ahí de

nuevo, porque Lauren se sintió de siete años otra vez, como si los tuviera en ese momento. Quería mucho a Jake también.

Después de eso, sus padres les llamaron diciendo que debían volver a casa para abrir los regalos y cenar.

Zach no estuvo con Lauren la Navidad pasada porque era 2021, año de la pandemia, por lo que sólo se vieron por videollamada. Esta vez, Zach sí fue a la cena navideña de la familia de ella, porque tendría ya muchas navidades con su familia, pero solo una más con Lauren.

Después de toda la tradición de partir el pavo, comer, abrir regalos, etc., se sentaron junto al árbol con sus regalos enfrente, mismos que se habían dado el día anterior, y empezaron a tomar una taza de chocolate caliente con las mismas pijamas rojas, con un árbol verde en el centro de la playera polar y los pantalones con estampado de copos de nieve de un verde más oscuro.

Hablaron hasta que Lauren se dio cuenta de lo que estaba dejando atrás y le dio un abrazo a Zach, uno de los más espontáneos y sinceros que había dado.

–No quiero que te vayas a Nueva York –dijo–. No es para detenerte ni nada de eso, porque sé que yo no puedo hacer eso, pero no quiero que te vayas. Y yo no quiero irme a Los Ángeles. Me gustan ambas ciudades, pero no quiero vivir ahí, ni quiero que tú lo hagas. Lo siento si parezco tóxica o si piensas que es para que sientas culpa, pero... quiero que todo sea así por siempre.

Hubo un silencio prolongado hasta que Zach dijo:

–Quiero que todo siga así hasta el fin, pero no puede ser que todo sea así. No me quiero ir, pero seguiremos siendo amigos, y nos hablaremos por mensajes, y...vamos a vernos algún día, yo sé que sí.

–Promételo –replicó Lauren–. Lo prometo por mi parte.

Lauren podía ser pequeña, pero era muy profunda desde siempre, y sus sentimientos podían llegar a ser complejos, tal vez por tantas películas que había visto para ese entonces.

–Lo prometo también. En serio –aseguró Zach.

–Feliz Navidad, Zach.

–Feliz Navidad, Lauren.

Y aunque ni siquiera ellos lo creyeran, algún día podrían cumplir esa promesa. ❖

Where did everyone go?

Ana Graf Campiglia 2^oE
Third place



Illustration: **Vanessa Vaca Garrido**

A long time ago there were people in the sea who had an incredible gift. Their gift was that they could understand animals. How wonderful, isn't it? Well, this helped them in many things... It helped them so much to know where to cultivate because they were very fertile lands, where to navigate to if they were lost or more things. In short, it was too useful.

This town was located very close to the south of Indonesia, so it was beautiful, the sea was crystal clear aqua blue, and all the views that could be seen on the horizon were wonderful.

One day like all the others, the town was in its daily routine, they woke up and got ready to farm, explore, and various other things. Everything was going well until a very small boy named Marco (who was super intelligent) noticed something that upon hearing it, everyone in the town realized and became very worried.

It turns out that all the animals had disappeared, there was not a single ant, everyone was horribly alarmed and some even ran screaming. Those people knew it perfectly, animals are one of the most important things in this world and there are many humans who do not respect them in the proper way and mistreat them... or they see others doing it and they don't say anything. But, they knew perfectly well how valuable they are. Which is why they panicked. A few minutes later, after hearing a tremendous commotion happening outside, the village chief approached outside his cabin to talk to everyone.

–Don't panic, we will make a selection of people to carry out a trip until we resolve what is happening.

After the boss gave details of his plan, little by little the people calmed down until they were completely relaxed. The idea was to recruit the bravest and most indispensable townspeople to lead the mission to find the animals.

First of all, they chose Ignacio, who was the bravest in town and would defend them from the problems they would face. Then, they chose Hilda, who was very good at cooking and would undoubtedly get them out of hunger problems... And so, a long time passed until they had recruited a total team of six people to conclude their mission. They spent several hours getting ready to start their trip and as soon as they were ready, they did not hesitate another minute and set sail.

Days after days of traveling and they still did not find a single fish, they lived based on crops that they had placed on the boat but it was not a very balanced diet, it was difficult to live there, but they managed. One night like all the others, they were getting ready to sleep but at that moment, they noticed that there was something very strange in the sky, the stars were forming words and with them, a sentence.

"When the moon and the sun come together, the time for exploration is over."

They realized after a few minutes that the phrase referred to the fact that there would soon be an eclipse and probably, if they did not rescue the animals by that date, they would never be able to do so again.

But they didn't even know where to go but at that moment more words appeared.

"Towards the sunset you must go, and to the left when an endless void is behind you".

At that moment they lay down and fell asleep, because they knew that the next day would be very hard.

The next morning they headed west, and when many days had passed they realized that the path they were passing along was disappearing. At that moment they realized that that was what the riddle was referring to, so they turned left and then they found themselves in a magical world. They walked for hours until they found a castle that had some cells behind it with the animals in them, but before it there was a giant labyrinth.

In the labyrinth there was a troll who was chained and hungry. They reached the end of the labyrinth after many failed attempts. The troll fell asleep so they passed by stealthily, and when they reached the end they found a super small gnome, so they thought they had already won because the gnome was so small that he just had to step on it. But, when they tried, the gnome took out a magic wand made of a unicorn tree, which was the most powerful magic wand of all. The animals that were in the cages –because the gnome had imprisoned them– were very scared because they knew that with that wand they would not be able to save them.

The gnome began speaking and asked if they would not give him an amount of 1000 nuggets. Everyone was surprised because they didn't know where to get the nuggets but they realized that there are always at the end of the rainbow, so they would go for them but there was a problem: the gnome wanted the gold nuggets now. The end of the rainbow was governed by a giant gnome so they had a very strong battle until they managed to defeat him, they went to the gnome and gave him the nuggets but it turns out that more than half of the animals had disappeared and they never saw them again.

Finally, they returned to the town and the animals reproduced, so they managed to return to the old vine. ❖

La vida de un médico

Luis Carlos Goletto Jiménez 3°B

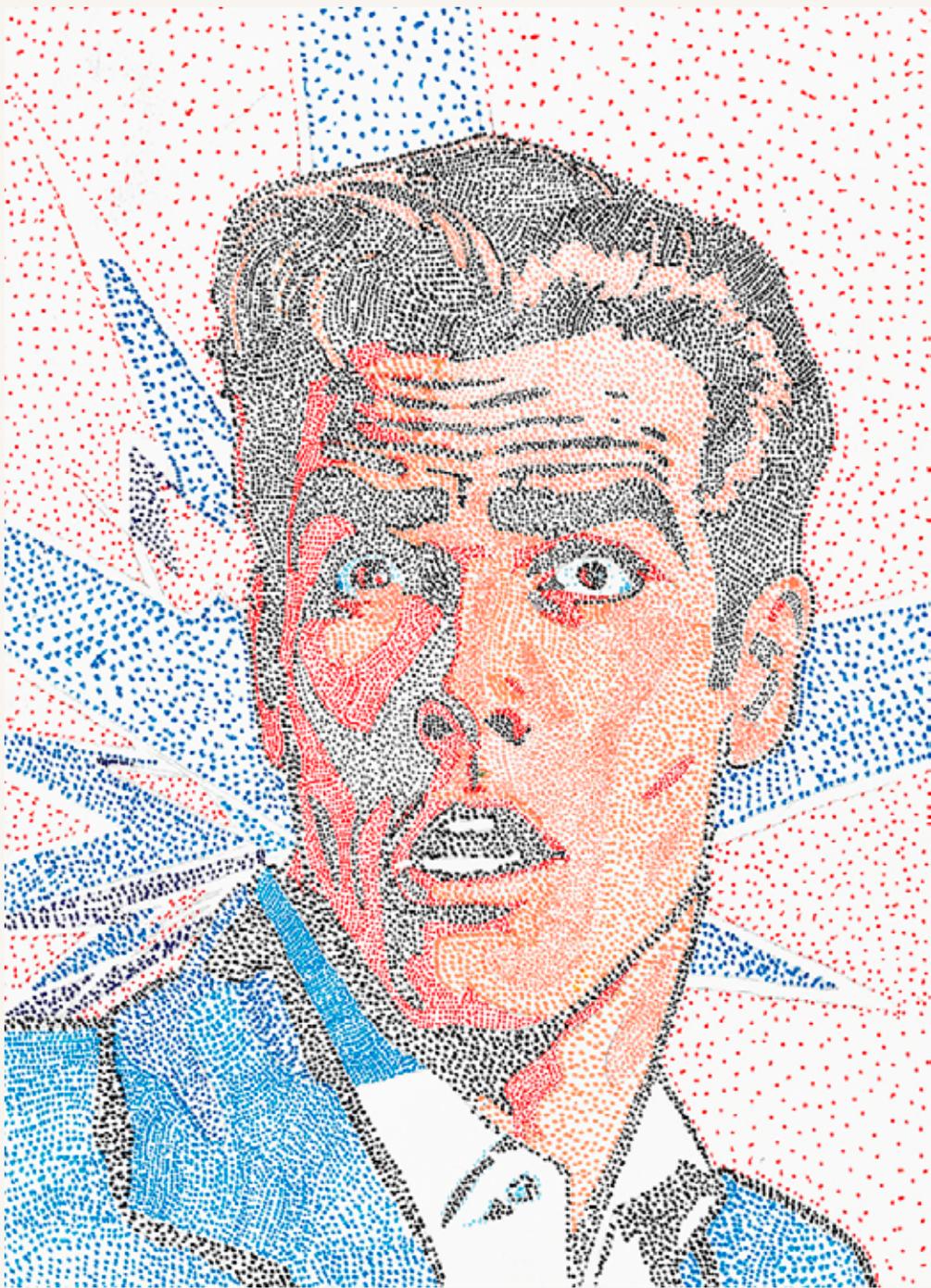
Mención honorífica

Se despierta un día como muchos, nota en el calendario una fecha muy especial: era su cumpleaños. Usted reflexionaba que cumplía un año menos de vida. Como estaba de buenas, se preparó un desayuno digno: dos huevos revueltos y una taza de café instantáneo, no tenía tiempo que gastar, ya que su servicio está por comenzar.

Usted trabajaba en un hospital ubicado al sur, donde los grandes hospitales privados no llegaban. Se subió a su automóvil y manejó hacia el recinto médico. Al llegar, visitó a sus clientes frecuentes; se trataba de un canceroso, un leproso y un recientemente amputado. Debido a su condición de salud, ninguno de los primeros viviría mucho; debido a condiciones de la vida, el último sucumbiría de hambre. Tras las primeras visitas, se dirigió a un oscuro despacho que tenía grabado, en unas letras pardas: Friedrich Von Frauten, director. Tras leer su nombre en tan decadentes letras, entró a la labor del día.

Le llamaban tanto de emergencias como de urgencias, las actas de defunción se apilaban una sobre la otra esperando ser firmadas. Gracias a este trabajo, dejó de ver a amigos, a familia, hace tiempo que no se enamoraba, todo eso porque en su agenda no había tiempo que perder.

En urgencias iban a morir conocidos y desconocidos, queridos y odiados, jóvenes y viejos, felices e infelices, usted veía las guerrillas y desastres naturales como más trabajo. En su hospital se alimentaba la esperanza, esperanza que ya no vivía en usted. De diagnosticarse a sí mismo, hubiera concluido que estaba muerto; de morir en ese preciso momento, no



tendría más que festejar su libertad, lo único que dejaría atrás sería un cuerpo en la morgue, nadie lloraría por usted y su nombre sería borrado en cuestión de unos meses. Su sensibilidad había llegado a tanto que si alguien moría, usted solo comentaba: “¿Fumaba?”.

Concluyó su servicio y regresó a su hogar. Seguía reflexionando sobre su vida. Empezó a reír, aunque inmediatamente empezó a llorar; se paró a brincar, aunque cayó sobre el sofá; empezó a gritar, no sabía qué hacía; estaba solo en su hogar cuando de un impulso, cayó y se golpeó fuertemente la cabeza.

Al día siguiente, seguía sin levantarse del golpe y de no tener esa importancia se hubiera podrido en ese mismo sillón, pero al ser una persona imprescindible en el hospital, rápidamente lo fueron a buscar. Se encontraron con usted, tirado en el suelo; entró inconsciente por la puerta de urgencias, donde lograron despertarlo. El golpe fue la gota que derramó el vaso; en ese momento experimentó todo lo que dejó de sentir todos esos últimos años. Pensó en firmar un trato con la parca; el mortífero impulso llegó, pero los doctores lo detuvieron. Tras diagnosticarlo, lo transfirieron al recinto adecuado para tratar su padecimiento, ahí fue donde lo conocí por primera vez, yo soy el doctor Erwin Smirnov, director de este hospital psiquiátrico.

Entre impulsos y afecciones me fue contando su historia, sus problemas se habían ido, estaban fuera de aquellas cuatro paredes blancas. Normalmente no hago esto, pero al ser usted un cliente frecuente, me corresponde la tarea de proclamar ante su tumba el epitafio de su vida, la comunidad agradece su sacrificio.

Espero que no esté viendo esto, querido amigo. Usted fue enterrado solo, sin honores, rodeado de personas solas y sin honores, y temo que próximamente lo acompañaré en su eternidad; me despido de usted disculpándome por la brevedad, ya que mi agenda me espera. ❖

Ilustración: **Santiago Cantero Sánchez**

Bachillerato CCH

BACHILLERATO CCH

Primer lugar

Paracetamol

Penélope Itzel Patrón Rojas 6010

Tercer lugar

Hambre

Sabina Sotres Hall y Sofia Valentinotti Bonardi 6020

First place

Red

Sabina Sotres Hall 6020

Third place

The farewell

Verónica Meléndez Maldonado 4030

Segundo lugar

Ojos bonitos

Claudia Renata Colín Medina 6040

Mención honorífica

Mueble de IKEA

Daniela Gudiño Zamora 6010

Second place

Flight 914

Jun Bo Liu Cai 4010

Honorable Mention

Dinner

Meritxell Canet Franco 4030

Paracetamol

Penélope Itzel Patrón Rojas 6010

Primer lugar

Una mujer de cuatro hijos, que ha tenido un total de veintitrés trabajos en toda su vida, entra una mañana nublada a la farmacia y pide diecisiete cajas de paracetamol, genérico.

Lleva unas ojeras de madre cansada, la cabeza cubierta con una pashmina rosa muy llamativa y unos guantes verdes que le alcanzan los codos. Usa también unos lentes amarillísimos, como rayitos de sol, pero de los muy brillantes que salen solo en verano.

Es una mujer sencilla, cuyo mayor placer, secreto y poco original, es el de comer directamente de la olla caliente. Tiene la total certeza de que la comida sabe mucho mejor así, especialmente cuando sigue en la estufa con el fuego todavía prendido. Siempre prueba los guisados varias veces antes de servirlos, con la misma cuchara sin lavarla ni una vez. Pero ese hábito suyo le desagrada mucho a su esposo, quien después de leer un artículo sobre el peligro de la saliva en las enfermedades, adquirió una extraordinaria obsesión con los gérmenes.

–Oye, ya no hagas eso –le dice él todo el tiempo.

Y solo por el deleite que le causa molestarlo, lo hace cada vez con más frecuencia. No se detuvo un día en el que le escurría la nariz y le escocía la garganta, sospechando que eran síntomas de los agripados tal vez contagiosos. Consciente de la posibilidad de infectar a su familia mezclando sus babas con la sopa, la probó, como siempre varias veces, y se aseguró de que todo estuviera muy bien revuelto.

Como esperaba, dos días después los cuatro hijos y el esposo cayeron víctimas de un catarro terrible. Ella los cuidó. Esa semana preparó un total de cinco sopas diferentes y mucho arroz, y se aseguró de que todos tomaran sus medicamentos a la hora correspondiente. Limpió la casa y tuvo que hacer, además de su propio quehacer, el de sus hijos; tendió camas y lavó demasiados calcetines. Fue una semana agotadora, pero en el fondo, ella disfrutó de su importante participación en el contagio. Se sabía dueña de un poder muy cínico que pocos comprenderán.

Hoy vuelve a casa después de su viaje a la farmacia y se desprende todos los accesorios que usó para decorarse. Cuelga la pashmina y los guantes en un perchero en la entrada, y guarda los lentes en su estuche, pero no logra desprenderse las ojeras.

Es una mujer sencilla, y compra paracetamol sin ninguna intención de usarlo, sino más bien de coleccionarlo. Lo guarda en un cajón de la cocina al lado de la vajilla elegante. Lo cierra con llave y la única copia se la cuelga del cuello. Ciertamente, su colección secreta la llena de orgullo, pues dota a su vida de un propósito y una emoción extraña que hace tiempo dejó de sentir en otros lugares. Disfruta el proceso entero de conseguirlo, de ordenarlo en la farmacia. Llega y pide diecisiete cajas de paracetamol, por favor. Paracetamol. Qué bonita palabra, piensa. Solo con decirlo ya se siente más importante.

Le gusta el genérico porque es morado y transparente, y porque brilla bonito cuando le da el sol. A veces, cuando está triste acude a su reserva,

saca una pastillita, si hay sol la pone al sol, y si no, contra la luz de la cocina. La observa un momento y respira hondo, muy hondo. Después de dos minutos, siempre se siente mejor.

Su esposo, con su terror terrible a la saliva, dejó de besarla hace ya mucho tiempo. Fue más o menos después de que nació el cuarto hijo, aunque desde un rato antes ya habían dejado de quererse como por un acuerdo silencioso y mutuo. Él era cartero, y ella dejó el último de sus veintitrés trabajos, de contratista en un banco, para dedicarse completamente a los maravillosos placeres de cuidar la casa. Para ella era un feliz desamor, porque amar al esposo ocupaba demasiada de su energía, la cual prefería utilizar amando otras cosas que suponía más importantes, así que fue realmente muy liberador. Tuvo espacio de amar, por ejemplo, a las hormigas, a los pimientos y a las berenjenas. Se permitía cambiar de amores como de calzones; un día cualquiera se le antojó amar el sabor de la tortilla quemada, pero se detuvo cuando llegaron sus hijos de la escuela gritando asustados porque pensaban que la casa se estaba incendiando. Una partecita suya disfrutó el alboroto. Allí se inició en el hábito de satisfacerse haciendo cosas absurdas para confundir a la gente, como escribir obscenidades en los libros ilustrados de sus hijos, regalar ramos de lechuga en vez de flores en los cumpleaños de sus amigas o coleccionar de la nada cosas muy inusuales.

Y es, más o menos así, como el paracetamol y los amores cambiantes permiten a una mujer descubrir los secretos de la felicidad sencilla. ❖

Red

Sabina Sotres Hall 6020

First place

In a small village in Zacatecas, one of those places where time drifts as slowly as a prehistoric tortoise, where the most exciting news is the neighbor's new haircut, and where the air seems to get stuck between the cobblestones, something incredible happened one day.

A little goose was born from the womb of a woman. A human woman, with robust hips and skin wrinkled like shattered paper by the sun. A featherless chick that squawked uncontrollably.

The townspeople sang in fear for days. Luisa, the noisiest neighbor, claimed it was the devil. Her mother, drowsy from the venom of the flowers that had calmed her during childbirth, couldn't quite understand why her daughter looked more like a hen than like a human.

The village buzzed with indiscreet whispers that circled the house like a hurricane, letting absurdity seep into every corner. They sprinkled dust that made the maids sneeze or left a strange halo of wild feathers that triggered allergies in all of the house's dogs. Some believed it was a divine sign of something they couldn't decipher and returned to their daily chores. Others thought it might be nothing less than a tiny angel born from a mortal womb. Still, others, the angriest ones, insisted it was all a ploy for attention.

The truth is, no one ever discovered the reason for this strange event. The father, though astonished, walked through the house proudly carrying the little goose, who each day seemed more like a chubby, sleeping baby than an absurd bird wrapped in cotton.

In the end, they named her Adela, a name that in no language means bird but had a lilting tone when the nanny whispered it at night. By December 1st of the following year, the chick was a vague memory, and a little girl with snow-white hair like the freshest mountain snow and strangely deep, knowing eyes slept peacefully in the cradle.

But her mother never forgot. The rest of the village, busy with daily tasks, convinced themselves the whole event had been a dream caused by bad weather, and her father, though cautious, had buried that memory among the flavors of things one prefers to forget with shots of tequila. But her mother hated her.

The years passed with the same languid pace as the village, and Adela grew up amidst rumors and silences. She was never like the other children. She walked with a peculiar gait, her steps light as if she didn't quite touch the ground. Sometimes, she let her body float in the small reservoir at the edge of the thicket, trying to feel the feathers that had once adorned her.

The elders murmured that something of that initial goose appearance remained in her, though the starry-eyed girl showed nothing but an almost ethereal tenderness. Adela was always a mystery to everyone, but she was her father's undeniable pride and, by some cursed spell, her mother's persistent toothache. A persistent ache that sometimes sent vases flying at her head and obscenities echoing at her closed door.

One afternoon, as the sun filtered through the rooftops and the air filled with the aroma of mole, her mother, with a belly swollen with hope, announced she was expecting another child. Adela, barely five years old and for months, speech seemed to have forgotten her entirely, gave a small jump at the news and let out a squawk that too closely resembled the past. The news spread like wildfire among the neighbors, who began to flood the house with gossip, gifts, and childbirth secrets.

The day of the birth arrived with a full moon so bright it danced like a nocturnal sun. From her mother's womb emerged a girl of beauty seemingly plucked from ancient stories. Her skin glowed warmly, like freshly molded clay, her almond-shaped eyes sparkled with an amber hue that captured the light, and her hair was as black as the pre-dawn sky, eventually forming waves that cascaded like a mysterious waterfall. They na-

med her Iris, a name as delicate as the wildflowers growing between the village stones.

The whispers came quickly: "It's a miracle!" exclaimed some, while others murmured that Iris had stolen all the womb's luck. That very night, as the family celebrated in the dimly lit living room, Adela, now seemingly an ordinary little girl, began to tremble. Her skin bristled, and suddenly, before her mother's, father's, and the midwife's astonished eyes, she transformed back into a goose. But this time, she wasn't the featherless chick from before. She was a majestic bird, with feathers reflecting the colors of dawn and an elegance that seemed straight out of a fairy tale. Adela stretched her wings and squawked with a voice deep, almost human. She only tried to fly around the cradle, but her baby sister started crying, so their mother ushered her to the back of the room, leaving her alone and mute. And that's how the strange relationship started between them too.

The girls grew up among the trees surrounding the house. Adela grew quieter each day, her eyes filling with dust. Iris, on the other hand, blossomed like semi-wild ivy, fiercely clinging to the space around her. Though they spoke kindly to one another, there was always a subtle tension between them. Adela, with her ethereal aura and a beauty that carried a strange magnetism, attracted the gazes of men and women alike, while Iris, whom her mother claimed was the most beautiful of the two, wrestled with an envy she couldn't name. An envy that coiled and devoured every healthy part of her heart.

The springs passed, and they left behind shared rooms, childhood laughter, and sisterly games, separated by something invisible. Adela missed her sister's voice but never managed to utter a word, as if the dust accumulating on her skin had also filled her throat. Iris, on the other hand, couldn't stop the bitter flow spilling from her mouth when speaking of her sister. A golden bile melted into bottles beside her bed, and if left under the lamps' light, seemed to scream something.

When the village seemed to regain its stoic air, when the windows no longer breezed, and the air was as heavy as a child's body after hours of swimming, a wind from the north swept through every bone, above the ground and entwined among the moss roots. Birds, once silent, sang unknown melodies at odd hours. A pale mist spread over the village at sunset,

a nearly tangible shroud that covered fields and homes and settled in the chests of those who breathed its dampness. It was as if the air itself held its breath, awaiting something inevitable.

Then Mariana arrived. With a smile that dissolved like tea on a quiet afternoon and marine-deep eyes that swallowed any doubt. She had an exact gaze, both shy and assured, that sought yours hesitantly before smiling skyward. Iris fell in love instantly, with the kind of love that burns and devours from within. A love so aching it makes you wish to die, thorns piercing every sigh and far too much free time.

Every glance from Mariana was fire in Iris' chest, every word an echo that lingered too long. But to her horror, Mariana seemed fascinated by Adela. Not the kind of fascination born of desire but something deeper, more unsettling. They spent hours together, whispering, walking among the trees, or sitting in complete silence as if sharing a secret language Iris couldn't decipher. They held hands as though seeking eternal, ancient warmth. They sat at the table the same way, at the same time, while Iris choked on her soup and tried not to lose her appetite.

Rumors about Mariana spread through the village. Some said she wasn't entirely human, that she had come from a place where time and life didn't work like in the rest of the world. That her lips tasted of death and dry sand, leaving you breathless and nothing more. Others whispered she was a witch, capable of reading the secrets of souls. Some, the boldest, claimed to have seen her shadow move backward or transform into the figure of a black bird when no one was looking. Whatever the case, it was true the woman left people undone every time she dared to open her mouth. And Iris felt a growing unease when Mariana's words weren't meant for her.

The first time Mariana spoke to Iris was at the village market beside a cart full of ripe apples. Mariana picked one, turned it in her hands, and then offered it to Iris without saying a word. Iris accepted, unable to look away from those eyes that seemed to know her better than she knew herself. It was a simple gesture, but in that moment, something broke inside her stomach, something long contained. A desire so strong it made her bones ache.

However, their relationship was neither direct nor simple. It was like water slipping through fingers, always present but never fully there. So-

metimes, as they walked together, Iris felt that Mariana looked at her with something resembling tenderness, but then, the next day, her attention would shift to Adela, and the laughter shared between Mariana and her sister felt like needles piercing Iris's chest.

One night, under the mist that had cloaked the village since Mariana's arrival, Iris confessed her feelings. "I don't know what you've done to me, but I can't stop thinking about you," she said in a trembling voice, her words laced with golden bile sliding down her throat. Mariana listened, her eyes shining like the edge of a knife reflecting the moonlight.

"I've done nothing to you, Iris," Mariana replied calmly. "It's you who has allowed something to grow within yourself, something that can consume you or free you. You decide."

That response only fueled the chaos in Iris's heart. The more she tried to get closer, the more it seemed that Mariana drifted away, her attention veering toward Adela with a fascination Iris could not understand. What hurt the most was that Adela seemed indifferent to it all, as if Mariana's presence was a passing breeze, not the hurricane that shook Iris's soul.

Over time, Iris's jealousy began to stain her days with a darkness reflected even in the village's air. Birds sang in deeper tones when she passed, and the flowers that had begun to bloom at night closed as she walked by.

Tormented by Adela's silences and Mariana's presence, Iris felt the world closing in on her, love and hatred merging into a tide that pushed her toward something dark and irreversible.

Fear coiled around her like a snake. She feared losing Mariana, but more than that, she feared losing the only love she thought she'd ever known. Despair took root in her mind, growing like the ivy that had invaded the walls of the family home.

She decided, then, to seek help from the apothecary, a strange man who lived in a cabin on the edge of the forest.

He was an odd man about whom whispered stories were told. His cabin seemed like a place that didn't entirely belong to this world. From the outside, it was a small, old wooden structure covered in moss, as if it had sprouted from the earth itself. But upon crossing the threshold, Iris felt as if she had stepped into another time. The cabin was vast inside, with ceilings that seemed to vanish into a starry sky and walls lined with shelves

trembling under the weight of jars and tools. The glass jars moved on their own, arranging themselves to a rhythm she didn't understand.

The apothecary greeted her with a crooked smile, his eyes gleaming with a mix of mockery and compassion.

"You come seeking something you cannot have," he said before Iris could open her mouth. His voice was low, like the murmur of snakes among red foliage.

"I come for what belongs to me," Iris replied, the golden bile burning in her throat.

"What you seek has a price, child. It always does."

Iris, consumed by the pain of her half-felt desire, simply nodded.

"If you want what Adela has, you must consume what makes her such a strange light."

The idea horrified her at first, but the seed was already planted, rooting itself deep in her being like a venomous vine. The image of Adela and Mariana together twisted in her mind, deforming and growing like a tumor that consumed every thought. At first, it was fear, then pain, and finally, hatred—a hatred so dark that even the stars dared not look at it.

She waited until Adela fell asleep. The air felt thick, laden with a silence heavy as a heartbeat. The walls seemed to watch as she slid out of her bed, her steps muffled by the slow creak of the wood. In her trembling hands, she held the knife she had hidden days before, the blade reflecting glints of light that didn't come from the lamps.

Iris was quick, but the act was no less horrific. When Iris plunged the knife, a muffled scream escaped Adela's lips, a high, painful note that felt more like a song than a human sound. As the blood spilled, it wasn't red. It was violet, almost blinding.

When it was over, her sister's body lay still, and the knife was covered in colors unrecognizable to human eyes.

Dazed, she stared at Adela's heart, small and luminous like a contained sun. It pulsed in her hands with a warmth that was almost comforting, as if it still held something of Adela within it. Her mind screamed at her to let it go, but her body, driven by pain and desire, acted on its own.

The first bite was an explosion of light and shadow. Each mouthful was a memory, an emotion, a life that wasn't hers: Adela's laughter under the trees, her whispered thoughts like songs, her love for Mariana—pure and unbound. Iris devoured it all, and in her desperation, she didn't notice the changes beginning to take place.

Her skin began to harden, first on her hands, then on her arms, until her entire body was covered in invisible feathers that shimmered like embers. Her back arched, her bones twisted, and from her mouth came a sharp caw that echoed a single word: "Adela."

When the transformation ended, Iris was no longer human. She had become a goose with fiery red plumage and eyes like burning coals. Her mere presence consumed everything around her. The floorboards burned beneath her feet, and the curtains ignited with the air stirred by her wings.

Desperate, Iris tried to speak, but all that came from her beak was a harsh caw containing a distant echo of her sister's name. She left the house, leaving a trail of ash in her wake, and walked through the village, setting everything ablaze.

The village woke to chaos. The red goose walked through the streets, igniting homes and crops with its mere presence. The villagers called it a punishment, a curse brought by something they couldn't understand. Iris, trapped in her new form, could only cry out her sister's name, her voice breaking in the air like a plea.

In the end, Iris was left alone in a clearing, surrounded by charred cornfields. She looked up at the sky, her cry echoing one last time, a call that no one would answer. ❖

Ojos bonitos

Claudia Renata Colín Medina 6040
Segundo lugar

Carta 1

Hoy soñé contigo. No recuerdo con exactitud qué hacías, pero estabas ahí. Parado, sin hacer nada. Me mirabas fijamente a los ojos y no te movías, hasta parecías muerto, tus pulmones no estaban trabajando. Estabas parado en medio de un pasillo de flores marchitas, hechas pasitas, papilla. Hiciste un hueco tan profundo en ellas con tus pies, que las flores parecían un rayo de luz café podrido rodeándote completito. Tus ojos estaban clavados en mí, apunto de pescarme con un anzuelo, pero no hacías ningún esfuerzo. No parecías estar preparando tus manos para acercarlas a tus ojos y de ellos sacar tu caña de pescar de sabor almendrado. Tu cuerpo no parecía tenso intentando jalar a un pez fuera del agua, porque tus ojos ya lo estaban haciendo.

Me pescaste a mí. No te esforzaste por intentar acercarme a ti y sacar-me del agua, porque yo ya lo estaba haciendo. Yo solita, como un pecesito atascado en el anzuelo, drogado por la carnada, me quería acercar a ti. A tus ojos. A tus bonitos ojos. Y cuando ya estaba lo suficientemente cerca como para basarme en su reflejo, me despertaste.

El sueño duró cinco minutos. En realidad me desperté porque me acordé de tu ausencia.

De verdad quisiera que estuvieras aquí conmigo.

Carta 8

No me queda otra opción más que empezar a llamarte bandido. Hace días que estás robando mi tiempo estando en mis pensamientos, y no pa-

recas querer dejar de pasear por mi mente. No haces nada. Solo me miras y no me hablas, y eso me quita tiempo. Mi valioso tiempo. ¿No te enseñaron que robar está mal? Lo único que haces es robar mis cosas: me robas mi tiempo, mis ideas, mis miradas, mis palabras, mis suspiros y mi corazón...

Hace mucho te llevaste mi corazón contigo, no pensaste en mí, ¿no me lo quieres devolver?, lo necesito para sentir más cosas a parte de ti, ¿entiendes?

No solo puedo pensar en ti. No tengo que pensar solo en ti.

Eso lo entiendo, pero no puedo dejar de hacerlo.

Carta 17

¿Qué pasaría si te hablo?, me he estado preguntando eso por un tiempo...

¿Me escucharías?...En mis sueños sí lo haces. Me escuchas por horas quejarme de la realidad, me escuchas hablando de lo tanto que me gustas, me escuchas gritar del coraje que me da que no me prestes atención. Pero supongo que sólo me escuchas porque no tienes de otra, porque te quedas parado sin hacer nada de nuevo. Como siempre.

¿Me mirarías a los ojos? Yo creo que no. Porque siempre estás mirando a alguien o algo más. Porque no me prestas tu mirada ni por un ratito, por más que yo la busque todo el día. No sé qué espero de ti si ya sé que eres así...

Pero ya se por qué no te dirijo la palabra. Es que me intimidas. Me intimida el hecho de que sé que me vas a ignorar, que no sabes quién soy, y que probablemente nunca te voy a importar...

Pero yo quiero importarte, quiero que sepas quién soy, que no me ignores, que me mires a los ojos y que me escuches. Quiero que me abracés y me digas que sólo existo yo en tu vida. Sólo yo.

Voy a ser la única en tu vida.

Carta 24

No sé si quiero entregarte estas cartas, no creo que valga la pena dár-telas y luego verte tirarlas a la basura. ¿Ya te mencioné que te escribo siempre que sueño contigo o cuando me acuerdo de ti? Pues lo hago todos los días. Siempre estoy pensando en ti y quiero escribirte. Disculpa si esto ya

parece mi diario personal, no es para nada la intención. La intención de estas cartas es poder decir "te quiero", pero divago, escribo de más y lleno las hojas de palabras tontas y acarameladas. Pero simplemente no puedo evitarlo. Me gusta mucho fingir e imaginar que te hablo y me escuchas.

Voy a extrañar escribirte todos los días y poder ver tu cara a lo lejos después de hacerlo. De verdad te voy a extrañar. Pero me temo que no me dejas otra opción.

Esta será mi última carta para ti. He decidido tomar acción acerca de mis sentimientos. Ya no te escribiré más, ni soñaré con que me prestas atención, que me abrazas o me besas. Me haré notar. Haré que me veas y sepas quién soy en verdad, haré que te enamores de mí. Haré que se inviertan los papeles y ahora seas tú el obsesionado conmigo. Que ahora seas tú el que escribe todos los días acerca de los sueños en donde me ves y soy inalcanzable. No podrás tocarme ni hablarme, porque no te escucharé. Te ignoraré y me iré con actitud engreída a pisar todas tus emociones. Aunque ni siquiera intentes hablarme en persona, se lo comunicaré a tus ojos con la mirada más dura que nadie nunca te haya dado y no seas capaz de soportarlo. Ahora seré yo la que te haga llorar en las noches, seré la que provocará que agarres tu daga abrecartas, que nunca usarás para abrir esto, y pienses en clavármela. Voy a hacer que el pensamiento de la daga hundida en mí te emocione y rías de felicidad porque sabes que sólo así me conseguirías.

Me di cuenta de que conforme pasaba el tiempo, más me gustabas, por lo que entendí que nunca iba a tenerte. El minúsculo pensamiento de no ver tus ojos a diario me molesta, no quiero que se haga realidad. Quiero ser capaz de verlos todos los días. El brillo verde que espolvorean es lo que ahora me da felicidad, y no puedo permitir que me la quites. Te quiero, mucho, mucho, mucho. Pero creo que quiero más a tus ojos. Y los quiero para mí.

¿Es injusto? No. Creo más injusto que seas tú quien termine con ellos y se desperdicien bajo tierra. Te prometo que los cuidaré bien, confía en mí. Pero tienes que confiar a ciegas porque no es mi intención que leas esto.

No quiero decir adiós. Me duele, pero no tanto como saber que nunca estaré contigo. Quiero que sepas que eres alguien importante para mí. Pero desaprovechaste y abusaste tanto de ese privilegio, dejándome de

lado sin hacer ningún esfuerzo por conocer mi persona, que ahora ya no aguanto las ganas de traerte.

Nunca olvides que te quiero. Espero que una vez que termine con esto, nos podamos reencontrar luego, que hayas aprendido de tus errores, y me mires por primera vez.

Seré siempre tuya y de tus ojos. ❖

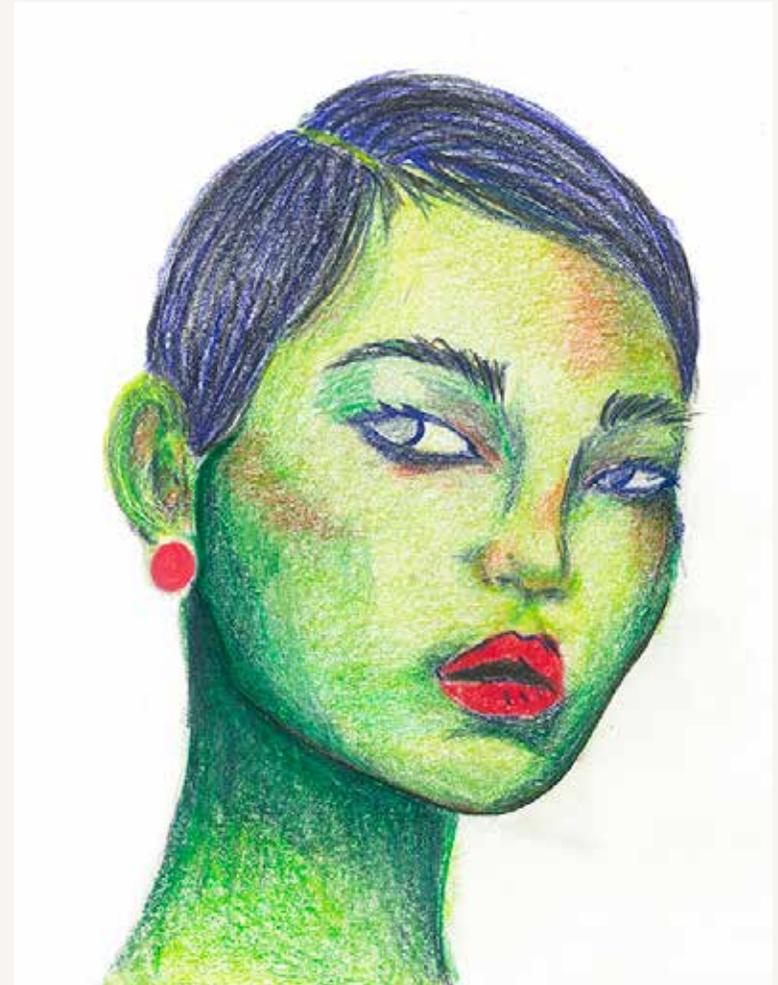


Ilustración: **Sofía Yaretzi García Cadena**

Flight 914

Jun Bo Liu Cai 4010

Second place

After five arduous years of work, I'm finally going back to my hometown. Throughout the year, I worked tirelessly to earn these well-deserved vacations, and now I'm returning to New York. Before coming to Miami, I was just an ordinary chef cooking for a common restaurant. Although it wasn't the most renowned place, there was always a crowd of customers drawn by the delicious dishes I made. One day, during my shift, a man I had never met before showed up. He asked us to prepare a dish that wasn't on the menu. None of my colleagues knew what to do, as they strictly followed the menu. But since I'd been working on my own recipes, I was ready. I headed to the kitchen and called my coworkers to prepare. After some time and my best effort, we managed to make a Beef Bourguignon. To my surprise, the man took a sip, tears streaming down his face as he dropped the spoon. With an indescribable expression, he gripped the bowl firmly and devoured the entire dish without leaving a drop. I knew, then, that my dish was a success, but what he did next was beyond my expectations.

It was my last day in Miami. The mysterious man who had appeared months ago turned out to be one of the world's most renowned food critics. He made me an offer I couldn't refuse: a position at a three-star Michelin restaurant, with flight and accommodation fully covered. I packed my suitcase the day before the trip and headed to the car that would take me to the airport. Once there, I embarked on my journey. The flight was smooth, calm, and short, thankfully with no turbulence. When we landed, I arrived at my destination—the famous Shigo restaurant. The critic intro-

duced me to my future coworkers and the head chef. Over the following years, everything went well. I got along splendidly with my colleagues and loved what I did. Then came an opportunity that would change my life.

For the past month, I had barely slept, staying up all night to meet my head chef's demands. He asked us to create our masterpiece, promising the winner four months of vacation and their dish officially added to the main menu. The restaurant had started as a regular establishment, gradually gaining fame for its extravagant and delicious dishes until it earned its three Michelin stars. The pressure was immense. I worked tirelessly day and night, blending different flavors until I created a unique dish. It struck the perfect balance between sweet and savory—a modernized version of an old curry recipe my grandmother used to make. I added a subtle touch of mango and paired it with the finest rice, transforming it into a truly delightful dish.

Out of all the dishes he tasted, the chef chose mine as the best. My colleagues had used everything from the world's finest caviar to the rarest white truffles, yet even with the most prestigious ingredients, they couldn't replicate the simplicity and elegance of my recipe. My chef awarded me the vacation, and all I could think about was reuniting with my family and my partner. I congratulated my colleagues and decided it was time to make an announcement. Many cried, some were shocked, and others didn't know how to react when I told them I was resigning. I missed my loved ones too much after being there for so long. My coworkers were heartbroken since we had always gotten along, but we all knew this wouldn't last forever. The next day, the head chef decided not to open the restaurant and instead organized a feast to celebrate. We prepared a magnificent meal, including my newly added dish. We had a fantastic time, drinking, singing karaoke, and somehow ending up in a food fight like in those cooking competition shows. The party lasted late into the night, but I left early, exhausted from my sleepless nights. When I got home, I ate what I could salvage from the "food war" and went straight to bed, ready to sleep like a baby before my flight in two days.

I said goodbye to my colleagues. They had prepared food for me, knowing the airplane meals were terrible. I thanked them, and the head chef shook my hand, wishing me luck with my bright future. I got into my car, but I had one last thing to do before heading to the airport.

I went to the jewelry store my coworkers had recommended. There, I saw the ring I'd been dreaming of. Thanks to my colleagues' connections, they had saved it for me. I bought it, ready to propose to my girlfriend, with whom I'd had a relationship since childhood. We had known each other forever, and our families always believed there was something between us—which wasn't entirely false. We pretended to be best friends, but deep down, we had always liked each other. During college, we went our separate ways; I pursued culinary school, and she studied medicine to save lives. But one thing remained constant: we stayed in touch, keeping our childhood promise never to abandon each other. After finishing our studies, we reunited at the park we used to visit as kids. That day, we opened our hearts and decided to start our life as a couple. I had moved to Miami for work, while she stayed in New York. Now, after seven years, I was ready to propose.

I arrived at the airport, running late. Just as the gates were about to close, I made it in time, boarding the plane with my heart racing and out of breath. I quickly found my seat, 17A by the window, grabbed my blanket and pillow, and started a movie to relax during the three-hour flight. The plane took off without issue, with clear skies. We departed at 2:35, with an expected arrival at 5:35. The journey started like any other—calm and uneventful.

At 3:00, about half an hour into the flight, the flight attendants served the usual airplane food, which I declined. I discreetly ate the meal my colleagues had prepared, savoring every bite. After eating, I noticed something odd. They usually served meals later in the flight, but I brushed it off as a mere schedule change.

I went to the restroom after eating, and when I came out, I felt like I was in a nightmare. I blinked, rubbed my eyes, and even pinched myself to wake up, but nothing worked. I screamed and searched the plane, but to my horror, everyone was gone. All the seats were empty. My mind went blank—how could everyone disappear in just a few minutes? I ran up and down the aisle, shouting, but no one answered. Suddenly, in the blink of an eye, I found myself on a tropical island. Around me were the bodies of all the passengers, the plane split in half. I saw my own lifeless body impaled on a tree branch. When I looked into its eyes, it moved toward me and whispered something so chilling that I passed out.

I woke up in panic, sweating and with my heart pounding, on a stretcher prepared by the flight attendants. I realized I had been trapped in a nightmare where everyone, including myself, had died. I touched myself to make sure I was still alive. The attendants were shaking me, saying I'd been in a trance. They explained I had gone to the bathroom, started shouting nonsense, and seemed to hallucinate. They thought I was on drugs, but tests came back negative. A doctor onboard examined me but couldn't find anything.

I returned to my seat like a ghost. Everything had felt so real that it couldn't have been just a nightmare. The passengers whispered and stared at me. As I sat down, I realized everything had happened at 3:33—a coincidence I wouldn't believe unless it happened to me. I tried to forget, staring blankly for 20 minutes until the flight attendants called me. To my surprise, other passengers joined us. The attendants asked if anyone else had experienced the same thing, and to my shock, several people nodded.

This flight was far from normal. Suddenly, the cabin lights began flickering, shadowy figures appeared in the aisles, oxygen masks dropped, and screams filled the air—both from passengers and something inhuman. When the chaos stopped, blood was everywhere, eerie music played, and a chilling fog filled the cabin. I asked those around me if they'd seen the same thing, and their expressions confirmed they had.

I checked my watch; it still showed 3:33. Thinking it was broken, I checked my phone, which also read 3:33. I asked others, and everyone confirmed the same time. By now, nothing surprised me after the surreal events, but I knew this nightmare was far from over.

Phones across the cabin rang simultaneously, instructing us to fasten our seatbelts or face dire consequences. I hurried to my seat, desperate for this ordeal to end. The phones rang again, one by one. Then the pilots emerged from the cockpit, but something was wrong. Though autopilot was engaged, both the pilot and copilot had bloodshot white eyes, twisted hands, and tree branches piercing their chests. The plane began shaking violently, the lights turned red and flickered, and worst of all, we were plummeting.

Some passengers screamed, others cried, a few prayed, and I thought—about how I ended up here, my family, my friends, and my girlfriend. Most

of all, I regretted taking this flight back to New York. But I didn't accept my fate. I put on the oxygen mask, assumed the brace position from the safety manual no one reads, and waited for it to end.

When I woke up, we had landed. I was unscathed. Surprised, I checked on the others—they were all fine. The captain announced we had arrived at John F. Kennedy Airport in New York at 6:00. No one spoke; even the flight attendants were silent. We retrieved our luggage and disembarked. Outside, we were met with a fleet of police cars and ambulances. Stunned, we watched as the captain spoke with the chief of police. Then, our families approached us. I saw her—my amazing girlfriend. I hugged her, knowing this was the moment. I took out the ring, knelt, and showed it to her. My heart raced after everything that had happened. This moment was worth it—but this story doesn't have a happy ending.

My heart pounded as I proposed, imagining a future of happiness, two kids, and a cat. But when she answered, she said no. I wasn't sad or angry; I felt nothing. Confused, I asked why. We were the perfect couple, childhood sweethearts. She loved me. Then it all made sense when I heard a child's voice call, "Mom." She had betrayed me. After everything we'd promised, she had stabbed me in the back. She tried to explain, but I didn't listen. Furious, I threw the ring to the ground. The man she had been with appeared. Through tears, I asked why him and not me. I demanded answers, but instead of responding, she hugged me. I sobbed uncontrollably, asking why until she told me I'd been gone for 37 years.

At first, I didn't believe her. On top of cheating, she'd make up such a desperate lie? Angry, I pushed her away. But as I looked closer, she did seem older. I wiped my tears and started to believe her. Still, my pain and anger clouded my reasoning.

The captain and police chief had finished talking. I kept arguing with my ex-girlfriend until the chief fired a shot in the air to get everyone's attention. He asked for the date, and we all answered: August 17, 1955. The chief told us to check our phones, and everyone was stunned. It was true—I had lost 37 years of my life. The date was September 24, 1992. I fainted, waking up in a hospital, haunted by that memory for the rest of my life. ❖

Hambre

Sabina Sotres Hall y Sofía Valentinotti Bonardi 6020

Tercer lugar

Ahora te cuesta recordar por qué estás frente a esa mujer. De extrañísimo cabello rojizo, anormalmente largo y delgado que parece enroscarse en el piso. Casi serpenteando hasta tus tobillos, curioso e intentando olisquear tus suelas. Su sonrisa parece exhalar un vaho dulzón que te envuelve y debes recomponerte antes de avanzar.

Si alguien preguntara por la hora del día, probablemente contestarías atolondrado que el tiempo no existe con tal de seguir mirándola. Esos ojos violetas tan poco humanos, que tu sangre comienza a correr más rápido de lo saludable y tu sudor quiere escurrirse entre los poros para alcanzarla.

–Detective Agustin Martinez, un gusto –sin dejar que pase un segundo y creyendo haber dicho poco, te presentas de nuevo.

–Martínez de Losa, para servirle.

Extiendes la mano y ella sonrío. Te atragantas con tu mano alzada y la escondes en el aire con un poco de pena. Si te hubieras acercado un poco más, quizás hubieras visto los pequeñísimos puntos que rodeaban su boca, como hormiguitas negras y puntadas que caminaban sin rumbo sobre su piel. O el tufo metálico a sangrecilla que despedía su cuello. Pero no te acercas de más para no parecer ávido de su aire y te sientas frente a ella.

Recoges los papeles de la mesa y recuerdas, sin el tapón que había parecido aplastarte la cabeza, que debes comenzar con las preguntas. La mujer se relame los labios con una lengua casi bífida que escapa rápida de sus adentros y sonrío todavía. Cuando habla, su voz tiene un tono estirado

y tenso como si no la hubiera usado en mucho tiempo, con un tinte casi amargo que se derrama por la mesa.

–¿Has sentido alguna vez hambre? De esa que te quita el respiro y hace que no pienses en nada más –pregunta.

Niegas un poco confundido y miras el expediente, la volteas a ver sin entender.

–¿Por qué?

–Un hambre tan atorada que parece querer derretirte los intestinos y apagarte la vista.

Las palabras que dice parecen no tener coherencia, pero de pronto sientes un escalofrío absurdo que te recorre y quema la espalda como una mano con garras. Así que dejas que continúe, intentando calmar tu corazón acelerado por una extraña emoción.

–Yo sí –prosigue–. De pequeña el hambre era tan salvaje que comía paredes, las sopas y los estofados no parecían satisfacerme nada, así que tragaba tierra. Me embutía cualquier cosa que pareciera lo suficientemente blanda o apagada. Comía sábanas y los huevos crudos que dejaban las aves en sus nidos, de vez en cuando, abría la boca con vergüenza y me zampaba los pobres pajaritos completos, sin dejar ni una pluma. Mis padres no entendían que esto me consumía hasta el hueso, haciendo mi razón de vivir esa misma. Sin poder apagar el hambre decidieron hacer otra cosa.

La mujer cierra por un segundo los ojos intentando recordar algo y tú aprovechas para mover ligeramente tu camisa. El sudor que te ha ido invadiendo durante la plática está comenzando a generar una comezón por debajo de tu ropa, zambulléndote en un sopor que comienza a oler a cementerio.

–¿Y entonces? –preguntas.

Sus ojos lacrimosos se abren lentamente sin dejar su belleza atrás y crees posible ahogarte en su mirada, como los navegantes antiguos frente a cantos de sirena.

–Con una aguja del neceser rosa pálido de mi abuela me cosieron la boca. Puntada tras puntada esperando apaciguar de alguna manera el apetito.

Una lágrima agrídulce cae por su mejilla rosada y sientes un deseo absurdo de lamerla. Probarla y entender a qué sabe su tristeza.



Ilustración: **Zoe Mar Elizalde**

–Lo único que sentía era una furia feroz que se concentraba en mi garganta. Eso que hicieron ellos que decían amarme solo me generó más hambruna, violenta y descontrolada. Una noche empecé a sentir un fuerte dolor en mi cuello, como si se estuviera abriendo una herida profunda, me sostuve sin poder respirar y de repente di un suspiro. ¿Has respirado alguna vez tan profundo que sientes el aire bailando fuera de ti? ¿Has sentido de nuevo una libertad arrebatada y tan lejana que parecía improbable?

Niegas de nuevo, recorriendo la silla intentando tocarla, intentando atrapar su mano o algo que te permita dejar de sentir la necesidad inexplicable de poseerla aunque sea un segundo.

Barriendo el pensamiento de tu cabeza, vuelves la mirada al expediente y buscas el nombre.

–Ricardo Aguilar, ese fue el último, ¿cierto? –preguntas, intentando entender su tren de pensamiento; hilas los retazos de información que escupe como hierba mala.

–Ese fue fácil, una se acostumbra al sabor, a los quejidos, a limpiarte después. Al olor que se pega a todo, al color tan rojo, tan humano, tan...

Ves cómo se pierde de nuevo dentro de algo ahogado, algo primitivo y doloroso. Pero abre la boca de nuevo, no sin cierto terror, crees ver cómo se deshacen de las comisuras sus labios demasiado carnosos.

–A lo que no te acostumbras es a la culpa, se convierte en otro tipo de hambre. Hambre de cariño, de tocar gente, de amar sin desear sus músculos entre las encías. Pero el primero siempre es el más difícil.

Sientes de nuevo el escalofrío ardiente escurriendo por tu cuerpo, pero la presión pulsante en tu sangre no se va, no puedes dejar de escucharla.

–Tenía la boca cosida, pero me tragué a mi papá, completito –afirma.

Intentas moverte o hacer alguna seña al oficial del otro lado del vidrio, pero el aire se escapa y te sientes demencial. Ya no sientes frío o calor, tus

piernas tiemblan y lo único que deseas es tocarla, arrebatarle la amargura de la cara, pero no mueves ni un nervio, esperando.

–A los quince años una no duerme mucho, las noches en vela se convierten en algo tan común que a veces asusta. Cuando mi padre entró al cuarto, en la madrugada, para intentar hablarme, lo único que pude sentir fue rabia. Concentrada en mi garganta bullendo bajo de mi piel, esperando saltar hacia una presa. Me desgarré, no lo veas como una metáfora, se abrió de mi cuello una boca –dice–, y por primera vez te toca, se aferra de tu mano y te rasguña. Cuando huele la sangre ves cómo sus pupilas se ensanchan engullendo su ojo y un hilillo de baba comienza a escurrir de su boca, sin dejar de asirse prosigue.

–Mastiqué sus huesos, limpiándome las lágrimas, le arranqué la vida. Y me encantó. El sabor no se comparaba con nada, ni a la cal de las paredes, ni la colcha de mi cama, ni los huesos pequeños de pájaros.

Tu cara se congela y por más que el terror te asfixia, no puedes evitar seguir acercándote, con deseo de ella, de saborear sus palabras, más cerca, más hondo, más.

Dejas de pensar, hay un zumbido en tus orejas pero nada más, hueles de nuevo dulce. Ves ya sin miedo como una hendidura comienza a surgir en la mitad de su cuello de porcelana. Y lo único que puedes sentir es hambre.

...

La mujer suspira cuando escucha otro par de botas en el pasillo, otro hombre que se congela un poco antes de entrar. Ella no puede evitar preguntarse, antes de sonreír: “¿Por qué la están alimentando tan bien? Quizá la desean engordar antes de matarla, como una gallina para navidad, rellenar de castañas y pasas y luego reventarla”. La simple idea parece divertirle. Se acomoda en la silla intentando no reír y se prepara para las preguntas. ¡En qué juego tan gracioso y cómodo se ha convertido la hora de la cena! ❖

The farewell

Verónica Meléndez Maldonado 4030
Third place

When I met Isaac I knew that he was the love of my life. In spite of that restlessness, I fell madly and fell in love. I totally ignored that not everything lasts forever, because I thought that our story would end with our death together, but fate ended his story first.

It was in summer, it was supposed to be a season of joy. We arrived at Zicatela Beach in Mexico, celebrating our anniversary; I still remember the happiness I felt that morning; he gave me a bracelet especially for couples, just the touch of the finger on it reminded the owner of the other bracelet how much they missed each other. In my gift, I traveled to the other side of the world to bring him an essence of cinnamon, cloves, cardamom and a touch of carnation, a mixture of his favorites, and according to the store, unique in the world. Its smell permeated my mind.

However, the happiness didn't last as long as I thought. That same afternoon, we went to the sea mainly because he liked surfing. The sea seemed perfect for the activity, but once he got inside, the water took on a bad color, it announced danger. Just when I realized it, I began to scream at him desperately, but it didn't matter how much it damaged my mouth chords, or the effort he made to get back. The waves carried him away.

My world fell down, my days got darker, I was missing the love of my life and my only activity was to observe and brush the bracelet, listening to the little sound it emitted and how it warned every time I missed him, waiting to hear the answer of the other bracelet. That's how I spent a year of my life.

Lidya, my friend, got tired of my situation and forcibly took me out to another house, one that would separate me from memories. I took with me the perfume, the bracelet, and a couple of other things, 'cause I refused to forget him as Lidya had said.

The house was small, suitable for one person, full of light, Lidya as a neighbor, and a place full of greenery. It lifted my spirits almost immediately, I thought about a new beginning, it was time to move on with my life, but I still needed the farewell, a confirmation that I had my past so that I would not look at it once again and remember my mistakes once again. I needed the farewell between Isaac and me. ❖



Ilustración: **Luna Moreno Martínez**

Mueble de IKEA

Daniela Gudiño Zamora 6010

Mención honorífica

Su rutina diaria daba por terminada con un baño metódico y frío; una extorsión a su cuerpo. La sensación de estar sucia articulaba su sentido del paso de los días de la semana. Sus noches consistían en decidir qué parte del cuerpo tenía que empezar a tallar y con cuál acabar. Un orden clásico, como el que te proporciona cada instructivo de IKEA al comprar un mueble, con el objetivo de que finalmente tengas una estructura armada en vez de unas cuantas piezas revueltas, sin uso alguno; rotas, sin definición. Empezaba con los hombros. No existía una causa aparente del porqué estos primero. Eran, en sí, sencillamente lo más cercano que sentía que le pertenecía. Cargaban el peso de lo que esperaban de ella, más de lo que podía dar, más de lo que quería dar. Resbalaban esas expectativas al ritmo de una promesa olvidada.

No importaba si se exaltaba un color rojizo por la dureza con que ejercía cada tallo, o si su cuerpo detonaba cierto malestar por la irritación. No dejaba de hacerlo cada que oscurecía. Insistía en la existencia de un mal que, sin razón aparente, la carcomía cada que podía, sin ninguna pista o advertencia. Un mal sueño que, a su mala suerte, rondaba por toda su piel y tocaba un hilo delgado entre la preocupación y la ansiedad que habitaba en su pecho. Dentro de ella sabía que no era un sencillo baño: era un ritual irreversible de cuestionar. Una plaga sin rastro ni advertencia de invasión.

Finalizaba con su rostro, ese que la persigue al llorar a sus tercetos ayes. Sus pestañas castañas cultivaban sus mayores pecados, un testigo de la lacrimosidad de su ser.

Al terminar de bañarse, alcanzaba una toalla colocada en su armario. Evitaba verse en el espejo para evitar la sensación de suciedad que sentía al ver de reojo alguna parte de su cuerpo. Se envolvía apaciblemente, como en aquellos tiempos en que su mamá la envolvía entre toallas después de bañarla. Una habitación con sonidos que le parecían tan lejanos a la vista, un pueblo olvidado, sin habitante alguno; solo lágrimas destinadas a la orilla de esos días de playa con su familia. ¿Será que su realidad se había convertido en esa novela de Juan Rulfo? Se sentía tan perdida como alguna vez se sintió Juan Preciado: buscando un padre, durmiendo bajo un espeso calor que derrite el alma.

El problema es que ella no sabía qué estaba buscando, y al acercarse la blanca noche, seguía sin recordar los colores de su infancia.

Al secarse, se colocaba crema en el tallo de su cuerpo embalsamado de madera astillosa, lo más lento posible. Le gustaba sentir la presencia de un cuerpo purificado, algo que no doliera al pretender despertar de un temido sueño. Sentir cómo la crema mordía su piel le parecía reconfortante. Aquella suavidad que le regalaba era el cuidado que añoraba a flor de piel, como si fuera un abrazo cálido para la sequía de su cuerpo. Era el último paso para desconectarse de lo que la rodeaba, más que nada, de lo que ella era ante el mundo: su cuerpo.

Le gustaba leer el periódico antes de acostarse. Alguna vez su padre le dijo que los periódicos son el recordatorio de que el mundo sigue en constante cambio, que el tomo de cada día es el que al otro día será el de ayer, y así continuamente. Aunque suene obvio, se necesita algo que afirme que tu existencia es diferente cada día, y que no solo eres una cifra que cambia por cambiar y a la que solo te adaptas. Existe algo más complejo que eso.

Al acostarse, después de ponerse unos pantalones largos de color gris acompañados con un patrón de corazones blancos y una playera vieja que celebraba la Navidad con las palabras "Merry Christmas", retiraba el edredón azul marino de la parte superior de su cama para cobijarse solo con las sábanas, debido al calor atrapado en el cuarto que molestaba su tranquilidad.

Vio un rato su celular y, al cabo de poco tiempo, recordó que había visto un video en la semana titulado "Los diez hábitos que tienes que hacer antes de acostarte". Lo primero que se le vino a la mente era dejar

el celular diez minutos antes de acostarse. No prestó mucha atención a este destello de su propia consciencia; sin embargo, no contó con que su moral le daría luz verde a este pensamiento. Dejó su celular en su buró derecho.

Posterior a esto, alzó la mirada al techo, atónita viendo su color blanco. Se propuso quedarse diez minutos sin hacer nada para poder dormir y respetar, al menos, un hábito del video. Pasado un minuto, empezó a conectar con sus preocupaciones, tan inciertas como integrantes. Un laberinto que evitaba, como evitaba verse las líneas de sus manos. Le daban asco, como los fantasmas que solo puede ver un muerto en vida.

A veces olvidaba las calles que transitaba diariamente. A decir verdad, a veces creía que vivía esperando aquella flor que brota desde el asfalto.

Se paró de la cama, prendió la regadera y se empezó a tallar por segunda vez en la misma noche.

Quisiera articular palabras con sentido, el murmullo de las sombras sin cuerpo que habitaban la transitaban a tiempos donde la soledad y ella misma eran algo que salvar. Volver es un miedo constante que la paraliza hasta sus tristes huesos. Apenas iba a ser mayor de edad y ya creía haber sentido lo suficiente. Sentir es agotador. Alcanzó su teléfono de su buró derecho, mandó al diablo los "buenos hábitos" de aquel artículo de internet que probablemente haya escrito una joven no tan mayor que ella para tener vistas. Seguido a esto, abrió su aplicación de notas. Ahí guardaba llantos cansados, deseos que se marchan con el paso del viento áspero. Se metió a una nota de hace unos años.

Restos de hormigas en su pantalón.

Rechazaba la idea de hallar consuelo en el berrinche de sus huérfanas memorias, esas que clamaban por una acogida esquiva, entre la ausencia de platos sobre la mesa y una mirada que no fuera la suya, aletargada. Nunca le habían faltado motivos para llorar, y el espejismo de su propio silencio se hallaba atrapado entre los muros absortos de diferentes rostros. Veía los puentes y alcantarillas volverse uno mismo; una profecía nunca antes vista ni abrazada por la veracidad de los días. Carecía del afecto de las calles. Trincheras se colocaban en su fugaz interior y, sin saberlo con exactitud, le gustaba el cierto misterio que los callejones le transmitían en voz baja. Era una tarde exquisita para acabar con sus dichas; no quería

sucumbir a la idea típica de acabar con su vida al punto del corte marchito. Naufragaba por los rostros enajenados de los héroes de la patria en la estación Zapata. Llevaba tiempo sin usar el metro. La tenacidad de la presencia ajena la abastecía sin sentido, y el abrupto tacto del otro, impuesto por las horas pico de la castaña tarde, le resultaba casi un consuelo. Tras sus primeros intentos fallidos de sucumbir al revoltijo de gente, encontró refugio en la gris acera que pisaba sin remordimiento, clavando los ojos en sus zapatos sucios. Veía de reojo el reloj; no había hora estimada para su llegada, ni un alma que la esperara en casa. Se cerraba a la idea de una espera y, contrario a lo que otros pensarían, aquello no le afectaba. Era su realidad: tomarla por las riendas y cabalgarla con libertad le calcinaba el fuego sombrío de su ilusión. Sintió la brisa del metro pasar, descorchando la profundidad de sus pensamientos. Tomó marcha hacia la puerta del andén y se aproximó al ahogo del silencio acostumbrado de su exterior. Colegialas con sus uniformes del Conalep hacían sintonía con los zapatos de charol de las viejas sentadas a su derecha. Las arrugas de estas últimas la transportaban a sus precarios recuerdos de la infancia, al día en que su abuelo murió de un paro cardíaco en su puesto del tianguis, rodeado de frutas que vendía a familias humildes. Entre las telarañas de brazos aferrados a la barra de sujeción, veía reflejada la desesperación de aferrarnos al cordón umbilical en el útero de nuestra madre. Nos da miedo caer; nos da miedo vivir. Faltaban cuatro estaciones para su destino. Por cada parada que desequilibraba su apego al suelo, entablaba una nueva relación con las miradas apagadas de quienes la rodeaban. Podría haberlos considerado una familia lejana; después de todo, el apego físico estaba impuesto. Todos compartían algo en común: llegar a su destino y la muerte. A menudo deseaba quedarse junto a ellos, sentir algún tacto, cualquiera. Una colectiva agonía. Bajó la mirada: en su pantalón, dos hormigas recorrían su tela, un mapa sin exploración. Una figura contaminada de sí misma le dio impulso a un golpe de estado: las aplastó. Quedaban dos estaciones. Miraba las cabelleras aterciopeladas a su alrededor, como un exquisito pasar de historias, o lo que quedaba del recuerdo del caballo que montaba solloza los domingos. Brazos apacibles donde llorar al entorno y su seducción efímera. Una estación, quizá, una verdad. Bajó del tren sin siquiera despedirse de sus impropios seres queridos. Salió y caminó un

rato, escuchando el virgen sonido del exterior: calles, motos, tránsito, perros sin hogar. Un paisaje desordenado. Por un momento, se creyó un soldado en guerra. No habría mentido. Al ver su casa, una nostalgia febril la atravesó, como una fiebre que le dejaba los huesos malheridos. El silencio, ahora su enemigo, la recibió al abrir la puerta. Sin presentir un cambio en el hastío de su rutina, pronunció las palabras que su eco repetiría: —Ya llegué.

Restos de hormigas en su pantalón.

Lo escribió a la edad de quince años. ¡Cuánto tiempo ha pasado! Aún recuerda la soledad que la carcomía en esas fechas, era una actuación teatral fallida si tratara de actuar que ya no la siente. Mucho tiempo ella misma era su propio refugio, una aldea donde cuando bailan los árboles, las hojas que caen al fuego le retumban en su corazón. Como si fuera un souvenir del pasado, cuando lee ciertos textos no cree que ella los escribió aunque fueran sus mayores confidentes en aquel momento. Ellos eran la evidencia de lo que su psicóloga dice que padece: “de un bloqueo generado por el pasado a no querer que perpetúe en el jardín del presente”, una calumnia espantosa que niega rotundamente y la estampa en la realidad cuando aquellos textos le parecen tan ajenos.

Abrió otra nota, era una de cuando tenía dieciséis años.

Tus ojos, botón de flor.

Carta #1

Ignoro el silencio, percibo los hechos como algo previsto. Tengo muy mal gusto en la mesa y en la entrega de mis pasiones que terminan en una cama ajena. La sedo, sutilmente subo mi cremallera y el tacto me embriaga, poco o nada, lo que pudo ser y no podrá volver a ser. Traduzco, erotismo en palabra, en amores sin tus ojos. Llamo sin respuesta, desde la oscuridad, el árbol quiebra el destino, se acuesta en el anhelo perdido. Pobre palabra que aumenta la frialdad del hecho. Te miro, me miras y sin importar tu cinismo, me pierdo en tus ojos sin dejar rastro de lo vivido. Estoy pensando en ti, la banalidad de tu tacto, me paso, sin aviso, me vuelvo en materia de dolencia. Contempló el miedo y la espera es distante, dejo que me acaricie y lamento. Hablamos, conoce mis senos, sin contacto, sin traspasarse, una intimidad sin verdad. Llamo a menudo sin la espera de

respuesta. Entre los autos, sabes, te lo dije. Lo decidí, me engaño, entre las llantas y las rejás. Un desplome de verte en silencio. Se derrumba, deja de ser. Sigo esperando que aparezcas entre los niños. No pido razones, el ruido me acompaña en el tráfico para no pensar en nada, en ti. Son cosas que se enredan en mis temores prófugos de nuevos hombres. Conozco y los siento, se niegan a compartir. Sé bien que no te veré, ni en la cifra que espero. Soñaré en el rojo de los altos y sus verdades que aniquilan el pensamiento que quiere dejar de aferrarse. O creer que volverás. Hasta mañana, es el siempre de mi palabras, pero no te encuentro y me enojaré, pero no por ti, por la miseria de conformidad. Se fue, quisiera que entendieras, mis palabras en la distancia, desde la sombra retumba el recuerdo, ya nada sirve, pero el destino me aterriza en las madrugadas. Sed, la hora apunta al huésped. Tus oídos, tus manos, tus huesos los aprendo en los amores de ahora, el aire se pierde en un mar soñoliento. Me ahogo y te siento, solo en quiebres te encuentro. En vicios pertenecemos, desde el dolor quiero que se vaya. Ya no sirve. Bailo y entiendo, con el cuerpo lo que tengo y no tengo. Contemplo sin modelo, el paisaje llama sin cuento. Sé bien que no estarás ni en el ahora ni en el porvenir. Tus manos en mi cuerpo se deslizan al suelo, la banqueta besa mis recuerdos. Las canciones son un pavimento que atropello con mi gran peso. Sola, muerta sin deseo, parto sin procedencia, no sé quién soy sin el recuerdo.

Al terminar de leerlo siente cierta repulsión. ¿Acaso no recuerda haber sufrido por amor? Encontró otra nota, un seguimiento de aquella carta.

Tierra firme.

Carta #2

La había cuidado desde que nació. Tierna y sin recuerdos. Cuando apenas tenía conciencia de diferenciar el mar dulce y salado, se sumergía y, sin aire alrededor, descansaba en las almohadillas de tal par de labios que no se le despegabán, cargados de cañones de verdad. Las lágrimas en el estómago de aquel dios oculto que su madre narraba por las noches para pegar sueño la adueñaban, engañándose por la nostalgia. Un quinto estado del agua abrió sus sollozantes confusionismos y aletargó la bocanada necesaria de aire, creyendo en el flote del otro.

Me miras, me miras sin fin con esa agua dulce que me quería, sin espera de lo que suponía respirar. Olvidé vivir. Nadar en el agua viva, donde el dolor se va y la espuma blanca del mar baila con las huellas de la vida con un neutral poder. La muerte nunca fue rivalidad ante las orillas de su frente. Veía sus ojos con protección. Un fin sin consideraciones para lo que ella había creado hace tanto tiempo atrás.

Suenan desencantados los cantos que expresan mi verdad; acaba el año y creo tocar tierra firme. Ya no tengo sed de un tierno beso de vos. Tierra firme. No lodosa como tu cuerpo al caer la noche, donde la catarsis era ajena para ti, para lo que éramos. Se fue a labios de otro hombre hecho de mar.

Terrosa mirada la que tenías. Te llamé, sin ninguna expectativa del tiempo y crueldad hacia el tiempo contado por los soles antiguos que creen ayudarme diario. Me lastiman. Y cuando pienso en ti, no encuentro el laberinto de una verdad, como aquella promesa en la casa con paredes blancas, tan inocentes de un amor lodoso. Te decías ser sensorial, cuidadoso en el método de la naturaleza. Alguien que cruza para iniciar un nuevo rumbo.

Regresó a veces a la tierra infértil y trato de aterrizar las pocas ideas claras de mi boca. Canciones lejanas me sucumben y, sin tartamudear, dejé ese día las llaves de tu casa. Las nubes aterradas del mundo que dejé pasar se dejaron ir con el recuerdo, la memoria que sabe que te amo, de la luna hacia el ojo negro que me convertí.

Me amarré a sus suaves tonalidades, al rocío perceptible de mis últimos pasos que cedí ante tu marcha. Quería amarrarme a un mundo tangible, donde la noche se condensa y perdemos la verdad cruel. Se nos pudrió el alma. Este incendio que tú provocaste se extingue sin paciencia, de la sal al fuego, sin oxígeno para ti.

El motivo de esa marcha vuelve a veces y esa voz áspera, lejos como el cielo que observa esta desdicha sin piedad. Pienso en cómo maduran los limones dentro de mí, entre seis a nueve días sin presenciarlos, sin recordar tus ojos verdosos al frío sol de enero. Creía que eras mis pulmones, pero sigo respirando sin ti.

Y seguiré, en este juego de manos que se le llama vida, a menos ajenas que me perseguirán y tocarán las palabras que hasta entonces no tenían sentido, ruido ni chelos desde la caída del limoncillo. Y los gajos se despe-

llejen sin grasa alrededor de ti. Ven y preséncialos, tocando la tierra firme, un orden que repone, que siente y descansa antes de iniciar de nuevo y orillar mis lágrimas frente a un nuevo amor.

Mar, fuego, dulce, sal, agua, ven, espero, vuelves, vas y me río dormida, sin recuerdos para llamarme por mi nombre, el nombre que alejo de todo mal. De las memorias que saben a un lugar que jamás despierta, encontraré. Tierra fértil donde mis dedos se vuelven tiempo para quizá sentirme libre esta vez.

Se quedó en silencio por unos cuantos momentos. Primero pensaba en esa torpe redacción que tenía a los dieciséis años. Pero lo que predominaba en su sentir era cuánto amo en su momento, algo tan lejano que sencillamente y, aunque su psicóloga lo niegue y crea que es un mecanismo de defensa, simplemente no lo recuerda. O como ella sabe en sus adentros, es algo que no quiere recordar. No quiere volver a desarmarse.

Paranoica antes esta idea, cerró la aplicación y trató de perseguir el sueño. Sabía que faltaba una nota que quería revisar y le daba miedo leer. Una que hizo al cumplir diecisiete años. Se obligó a ella misma a abrir la aplicación nuevamente. Tomó una breve bocanada de aire y se dispuso a leer.

Del otro lado.

El día que visitó Bellas Artes, se presentaba una exposición de Damián Ortega, iba de paso por un trabajo de Historia de México, no tenía la necesidad como tal de ir, sin embargo, ella se ofreció para que su trabajo se viera con más calidad. El trabajo consistía en explicar el arte mexicano y sus correspondientes épocas. No le agradaba trabajar en equipo, de hecho, había pasado un incidente en la escuela, donde los integrantes de su equipo, los cuales no eran solo eso, sino que se trataba de sus amigos más íntimos de aquel semestre, no hacían nada de lo que les correspondía del trabajo. Se irritó a tal punto que en la entrega tuvieron una discusión, probablemente se empeoró porque ella alzó la voz aunque al día de hoy no quiera aceptarlo. A partir de ahí, lleva dos meses siendo inexistente para estos. Lleva dos meses congelada en esta ley inquebrantable. Al ver el nombre del autor de la exposición, no pudo reprimir la sed del recuerdo. La composición de aquel nombre nubla completamente su conciencia, de no



Ilustración: **Sara Gómez Montañés**

ser así, ella se habría ido con unas cuantas fotos de murales de Siqueiros. Y ahí se encontraba, atónita frente a un letrero con el título Damián Ortega: Pico y Elote. A continuación, entró y leyó la descripción de su trabajo, lo que más destacaba era un bocho desarmado, este colgaba de unos hilos delgados y toda sus piezas se podían ver perfectamente. Ella no le veía ningún atractivo a este y, a decir verdad, solo se mantenía de pie contemplando por puro compromiso. A su alrededor, unas cinco personas –cada una venía por su cuenta– hacían lo mismo que ella. Probablemente estaban tan perdidos como ella se encontraba. De camino a casa, inspeccionó todas las fotos en su teléfono para mandárselas a su equipo, por la costumbre, ella se ofreció a hacer todo lo que restaba del trabajo. Llegó, subió a su habitación, agradeció a Dios por llegar con bien, se desvistió y se puso su ropa de dormir. Decidió empezar con el trabajo antes de que se hiciera más noche, sus piernas destapadas por los mini shorts debido al calor, no dejaba de tiritar, ella no reconocía esto como ansiedad, prefería, para su tranquilidad, optar en interpretar esto como algo mecánico de su cuerpo. Deseaba poder desarmar su cuerpo como aquel bocho y ver el interior de su pierna. Tal vez le expresaría este capricho a su Damián en otro universo para que hiciera una exposición acerca de su pierna. Sucesivo a esto, pudo visualizar cómo desarmaban su cuerpo, con suma delicadeza, desde sus órganos hasta sus bellos públicos, colgada por partes en un hilo que en un instante, un movimiento en falso, podría romperse, tal cual el sentimiento de pasear sobre una cuerda floja. Pero esto no podría ser posible, como sus amigos que la conservan en el polo norte, Damián aplica la misma, como dije antes, será en otro universo.

Damián y ella empezaron su relación en el primer año de preparatoria, ya se conocían cuando ella entró en el último año de secundaria, un amigo que tenían en común los presentó. Su dinámica para conocerse era peculiar, fue rápida, precisa, tal como si estuviera destinados a ser.

Ella le pidió que fuera su novio, aunque a ella no le gustara ser la del primer paso, siempre acababa siéndolo, en todos los noviazgos que había tenido, ella lo empezaba, al igual que dar la última sentencia. Pero este era diferente a todos los que había tenido, aunque ella dio el primer paso, él de alguna manera la retaba inconscientemente a dar más pasos. Él era tranquilo, era introvertido, pero poseía el don de hacer amigos al instante con

pocas palabras. Llegábamos a chocar constantemente por nuestras visiones, él no quería ir a la universidad y para mí era en lo único que soñaba en esa época. El quería hacer música y yo anhelaba escribir, sin embargo, el hacer música, acentuaba el efecto cascada, por una tocada en la noche con su banda o una fiesta después de estas, tenía el poder de desencadenar drogas, chicas y perturbaciones en la vida rutinaria de ambos.

Todo cambió en una noche. Ese día le había pedido permiso a mi papá para poder ir a una despedida de una amiga que se mudaba a Canadá, él no sabía que solo era una fiesta más, sin embargo, siempre que le pedía permiso, tenía que haber una razón para que valiera la pena ir. Al lograr conseguir el permiso, sucesivamente me arreglé y llamé a Damián.

–Hola –dijo una voz alegre–. Estoy ocupado. ¿Todo bien?

–Hola, perdón si te llamo –dije– es que te quería preguntar si irás a la fiesta de hoy.

Él quería verla, así que le mencionó a sus amigos la fiesta para ver si todos querían ir, todos estuvieron de acuerdo.

–Yo creo que sí –le dijo–, te veo allá, te amo.

–Te amo –dijo en voz baja–. Con cuidado.

Antes de marcharse, uno de la banda les propuso una idea.

–Oigan –dijo este emocionado–, el otro día le compré a una chica leche de marihuana, hay que beberla, estará cagado.

Se quedó un poco extrañado por la sugerencia de Nacho. Pero no quería negarse, ya que a los demás se les hacía buena la idea. Habían tenido conflictos con su banda por algunas fiestas a las que habían ido, donde él mayormente era mala copa, debido a esto siempre lo tenían que andar vigilando y por esto se distanciaron un poco de él. Esto no lo veía mal, de hecho, en ocasiones anteriores se lo había expresado a su novia como “su merecido castigo”.

–Damián, esto que te están haciendo no es un castigo –le dijo–, esto no lo hacen los amigos.

–Perpetua –dijo en voz baja–, me lo merezco, incomode a mucha gente y lo peor es que no me acuerdo de nada.

Posterior a esto, lloró en el regazo de Perpetua y nunca más lo volvieron a mencionar. Por esta grieta que constantemente sentía con sus amigos, que realmente solo se seguía juntando con ellos porque estaba de

por medio la banda, no quería negarse esta oportunidad de poder enmendar las cosas. Tomaron la leche, se fueron caminando hasta el metro más cercano y espero hasta que le hiciera efecto. Al llegar, todo lo veía borroso, hace tiempo había dejado de fumar marihuana a petición de Perpetua. Al poco tiempo, se dio cuenta de que ella iba a llegar en cualquier instante y esto lo tranquilizó, pero a la vez lo avergonzó profundamente. Por otra parte, ella apenas iba de camino, la llevaba su papá, no había mucho tráfico, lo que hizo que la atmósfera estuviera callada, pero simple. Para ella, el auto era un desafío, ya que ahí es donde comenzaban los rounds de peleas con su padre; algo que pudiera decir mal o que se le escapara, algo podría sembrar un problema entre ellos, debido a esto siempre optaba por quedarse en silencio y no sacar ningún tipo de conversación.

Al llegar a la casa donde era la fiesta, su papá se despidió de ella y acordaron la hora para recogerla. Se adentro a la fiesta, la música era fuerte, le retumbaba las sienes de la cabeza, no podía ver mucho, estaba oscuro y antes de poder dar siquiera un paso, sintió cómo una mano la sujetaba del brazo y la jalaba al fondo de la casa. Se detuvo y vio que quien la jalaba era su amigo, y en su poco campo de visión, pudo ver a una persona vomitando, su espalda estaba encorvada, y solo podía seguir en pie gracias a la pared con la cual se estaba sosteniendo. El factor que más le sorprendió es que nadie le estaba ayudando a su alrededor. Pocos segundos después, pudo identificar que era Damián y lo trató de ayudar, sin embargo, estaba muy mal, vomitaba un fluido que, después de un rato la banda de él le dijo, era la leche de marihuana, ella le metía los dedos para que pudiera vomitar más y no se ahogara. Él solo podía ver su sombra, no la reconocía hasta que oyó a su amigo exclamar.

—Damián, es Perpetua, todo va a estar bien.

Se aferró a eso, a ella y se dejó caer inconsciente, su cuerpo le pesaba, sus ojos apenas podían enfocarse en un punto, sabía que había tomado mucha leche a comparación de los demás, probablemente para impresionarlos. Él solo quería recuperarlos. A lo lejos, podía oír la voz de Perpetua, gritando “No te mueras por favor”. Sabía que se estaba quedando poco a poco dormido, quería llorar, pero no podía, sabía que todos lo estaban viendo y, para ser honestos, no veía mala la idea de irse al otro lado, cerrar este show con un final feroz.

Ella vio que la situación empeoraba, sacó su teléfono de su bolsa y llamó a la madre de Damián. Le explicó la situación y ella llegó aproximadamente en veinte minutos; lo cargaron entre ella y su mamá. Al día siguiente lo internaron y le hicieron un lavado de estómago. Al llevarse, ella quedó perpleja por lo que acababa de suceder, quería que le dijeran que solo era una prueba de cuánto se preocupaba por él. Estaba enojada, con él, con su banda, con ella. Iba de salida cuando escuchó una plática afuera de la casa.

Era el guitarrista y el vocalista de la banda.

—Seguramente se puso así por Perpetua —dijo uno con fastidio— sabes lo mal que le pone su relación.

Oyó esto y quería romper en llanto, tal cual una niña, de hecho, la niña que era en ese entonces. No sabía por qué era su culpa, si ellos acudieron a ella para ayudarlo. ¿Si ella era mala? ¿Si ella le provocaba todo esto?.

Llamó a su padre para ver si la podía recoger antes de la hora acordada. Lo espero. Llegó su papá y al entrar este le preguntó cómo le fue.

—Bien —dijo—, nada interesante, qué bueno que se irá a Canadá, lejos de aquí.

Esa noche se volvió a repetir una y otra vez durante dos años. La diferencia es que ya no iban a la misma escuela, él se había salido y ella seguía estudiando. Esa noche tenían quince años y ahora tenían diecisiete. Él le hace la ley del hielo mientras que ella lo espera del otro lado. Y el sentimiento de que él se podría morir todas las noches se adaptó a su dolor y a la eterna espera. Si la llegan a desarmar tal cual el bocho, seguramente ese recuerdo colgaría de esos frágiles hilos de su ser.

Claro, cuando su pareja tuvo una sobredosis. Le dio miedo aquel enfrentamiento encadenado de recuerdos. Se sentía desarmada. Sin uso. Sin razón. No debió leer aquello. Quisiera dormir y encontrar el instructivo de cómo vivir con el recuerdo, algo que alumbre sus pálidos dolores.

Regreso al baño a tallar por tercera vez lo marchito del tiempo en su cuerpo.

Al día siguiente fue a comprar un mueble a IKEA para leer el instructivo. ❖

Dinner

Meritxell Canet Franco 4030
Honorable mention

The forest seemed to be alive, its trees whispered words that could not be understood. The dense and humid air helped all evils hide in the forest. Fleeing from a strange feeling they enter the cabin, a broken cabin, that they don't know how they found.

The cabin with walls made of old wood, the drops falling one by one and echoing throughout the place, was not pretty, but it was better than being outside. Exploring in the darkness they separated, left alone, walking, looking for something, a light, a fire, a bed, something to make their night comfortable.

That's when she realized.

The cabin was breathing.

She could feel it. The floorboards seemed to swell and contract under their feet. The darkness in the corners was not normal. It was something alive, lurking. Trying to get out of there something stopped her, a sound. She opened what looked like a door, not sure if he wanted to know what was on the other side, what had generated the noise.

Then he saw him, even in the darkness, he saw him, he was standing next to the table, but it wasn't him. His body was mangled, with pieces of flesh hanging as if they had been torn off by rough hands. His face with an expression so unlike him, upside down, deformed, scared and screaming, with silent sounds coming out of his mouth, with a fight that could never take place in his mind, with words that he could never say again.

She stepped back, trying to process what she had seen, if it was real, if it wasn't her mind playing with her, she soon hit the wall. There was no

wood, it was meat. The cabin pulsed, the silence filled with a deafening noise, screams, faces, unknown and incoherent languages that hit her, took the air away from her. The ground opened under her feet, and she fell, she doesn't know exactly where, but there, she could see him.

She saw the one who was looking at her with empty eyes, the one who was approaching slowly, with a smile on his face, the one who didn't. He allowed her to run, because one look was enough to freeze her. There she saw him, the owner of the cabin, who, with a smile, received her at his banquet.

The cabin fell silent. ❖

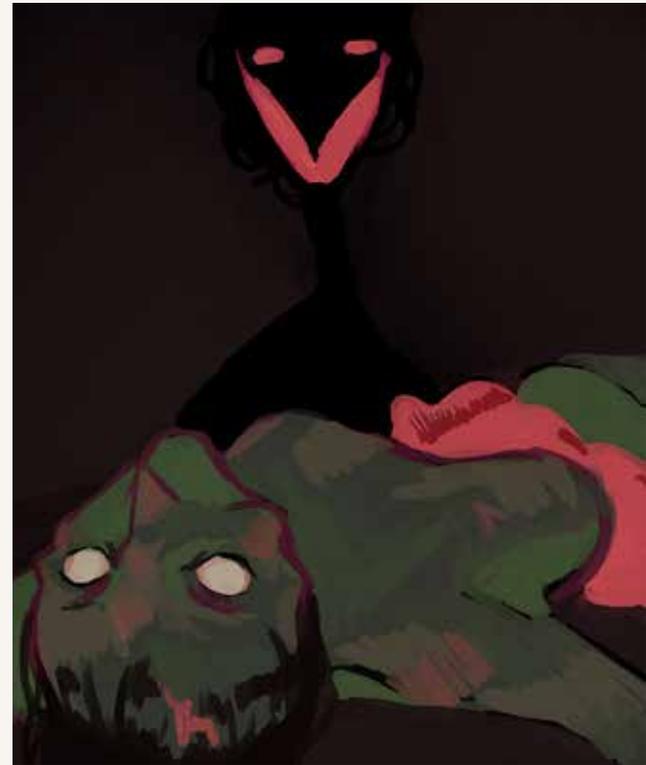


Ilustración: **Meritxell Canet Franco**

Exalumna(o)s y empleada(o)s

ALUMNI AND EMPLOYEE

Primer lugar

Un aporte a la antropología

Alan Heiblum Robles

Second place

Expiration date

Alan Heiblum Robles

Fist place

The writer

Démian Ramos Vergara

Tercer lugar

Barril sin fondo

Carlos Franco Velasco

Segundo lugar

Explorando la otra orilla

Doraldina Reyes Chargoy

Mención honorífica

El Nenepil

Rita Sumano González

Un aporte a la antropología

Alan Heiblum Robles Exalumno
Primer lugar

Fui al supermercado por algo que faltaba. Ahora ya no me acuerdo bien qué. Algo específico, claro, algo que había anotado en la lista, pero no leí o no lo encontré o vaya uno a saber. Y así, mientras daba vueltas por los pasillos, la vi: oh, qué bella cafetera. Era una de esas ofertas de temporada, promesa reluciente de mañanas felices. Me sentí más que tentado. Sabía que no la necesitaba; ya tenía una máquina que funcionaba perfectamente, pero algo en el precio reducido, o quizás el brillo de lo nuevo, me convenció. Terminé llevándola como si fuera una gran victoria, aunque en el fondo me sentía embaucado.

Al día siguiente, sin mucho entusiasmo, decidí probarla. La saqué de la caja y era aún más bella de lo que recordaba. ¡Y qué fácil de usar! El aroma del café recién hecho me envolvió con terciopelo y, al darle un sorbo, sentí una felicidad que ya no recordaba. Qué mañana tan contenta. Hasta el sol disfrutaba de mi cocina. Chocho de alegría, decidí pintar una carita sonriente en el calendario. Pensé en los presos que marcan cada día de su condena; yo haría lo mismo, pero para grabar el día a día de esta nueva bondad.

Entonces, como un relámpago, me vino a la mente una idea increíble. ¡Era tan simple y tan obvio! Aquellos que fueron los primeros pintaban en las cuevas, no los animales que veían, sino los que ya no veían más, pues ellos mismos los habían extinguido. La idea me parecía brillante, revolu-

cionaria, un aporte a la antropología; y tan profunda y cargada de sentido, que me quedé ahí, en un estado de estupefacción. Mi mañana, mi café, mi idea: un círculo perfecto.

Me sentía tan bien que decidí prepararme otro. ¿Por qué no? Ni que temiera al insomnio. No lo hubiera hecho. Ese nuevo café no tuvo el encanto del primero, y al poco tiempo, empezó a hacer efecto. Al principio una ansiedad oscura, luego un apremiante laxativo. De camino al baño, me di cuenta de algo terrible: no había escrito mi gran idea; yo, que tengo la memoria de un pez.

Aliviado en la taza, intenté seguir el rastro de mis pensamientos. En vano. Me culpé a mí mismo, a la cafetera y, sobre todo, al segundo café, que nunca debí haber tomado. Me convencí de buscar la idea, sin importar el costo. Entonces temí necesitar otro. Tres cafés podrían acabar conmigo, y yo no quería morir, tan solo recordar mi idea.

Eché mano de una estrategia diferente: retomar el hilo puro del pensamiento. Hice un esfuerzo decantado y...¡lo logré! Ahí estaba: qué mañana tan contenta. Hasta el sol disfrutaba de mi cocina. Chocho de alegría decidí pintar una carita sonriente en el calendario. Pensé en los presos que marcan cada día en su condena; yo haría lo mismo, pero para grabar el día a día de esta nueva bondad.

Entonces, como un relámpago, me vino a la mente una idea increíble. ¡Era tan simple y tan obvio! Aquellos que fueron los primeros pintaban en las cuevas, no los animales que veían, sino los que ya no veían más, pues ellos mismos los habían extinguido. La idea me parecía brillante, revolucionaria, un aporte a la antropología; y tan profunda y cargada de sentido, que me quedé ahí, en un estado de estupefacción. Mi mañana, mi café, mi idea: un círculo perfecto.

Me sentía tan bien que decidí servirme otro. ¿Por qué no? Ni que temiera al insomnio. No lo hubiera hecho. Ese nuevo café no tuvo el encanto del primero, y al poco tiempo, empezó a hacer efecto. Al principio una ansiedad oscura, luego un apremiante laxativo. De camino al baño, me vino a la mente una idea terrible. ¡Era tan simple y tan obvio! Al retomar el hilo, lo estaba repitiendo todo, desde el entusiasmo del primer café hasta el olvido en el baño. Me encontraba atrapado en un bucle de cafeína e ideas perdidas.

Derrotado, decidí hacer lo único que podía: dibujar una carita triste en mi calendario. Una señal para recordar, por si algún día lograba escapar de esta espiral absurda.

Pero al dibujar la carita triste sobre la feliz, se formó un extraño rostro con la boca abierta que parecía querer decirme algo. Acerqué mi oído y, en el silencio de la cocina, pude escuchar un suave susurro. Me acerqué aún más, y entonces supe que solo se trataba del rumor de la cafetera.

Finalmente derrotado, decidí hacer lo único que podía: dibujar una carita triste en mi calendario. Una señal para recordar, por si algún día lograba escapar de esta espiral absurda.

Pero en el calendario ya figuraba una carita triste, sobre la contenta, formando un extraño rostro con la boca abierta, casi un doble pez o un bailarín bicéfalo: un círculo imperfecto que parecía querer decirme algo. Acerqué mi oído y, en el silencio de la cocina, pude escuchar un suave susurro. Me acerqué aún más y entonces, como un relámpago, me vino a la mente una idea increíble. ¡Era tan simple y tan obvio! Aquellos que fueron los primeros pintaban en las cuevas, no los animales que veían, sino los que ya no veían más, pues ellos mismos los habían extinguido. La idea me parecía brillante, revolucionaria, un aporte a la antropología; y tan profunda y cargada de sentido, que me quedé ahí, en un estado de estupefacción. Mi mañana, mi café, mi idea: un círculo perfecto. ❖

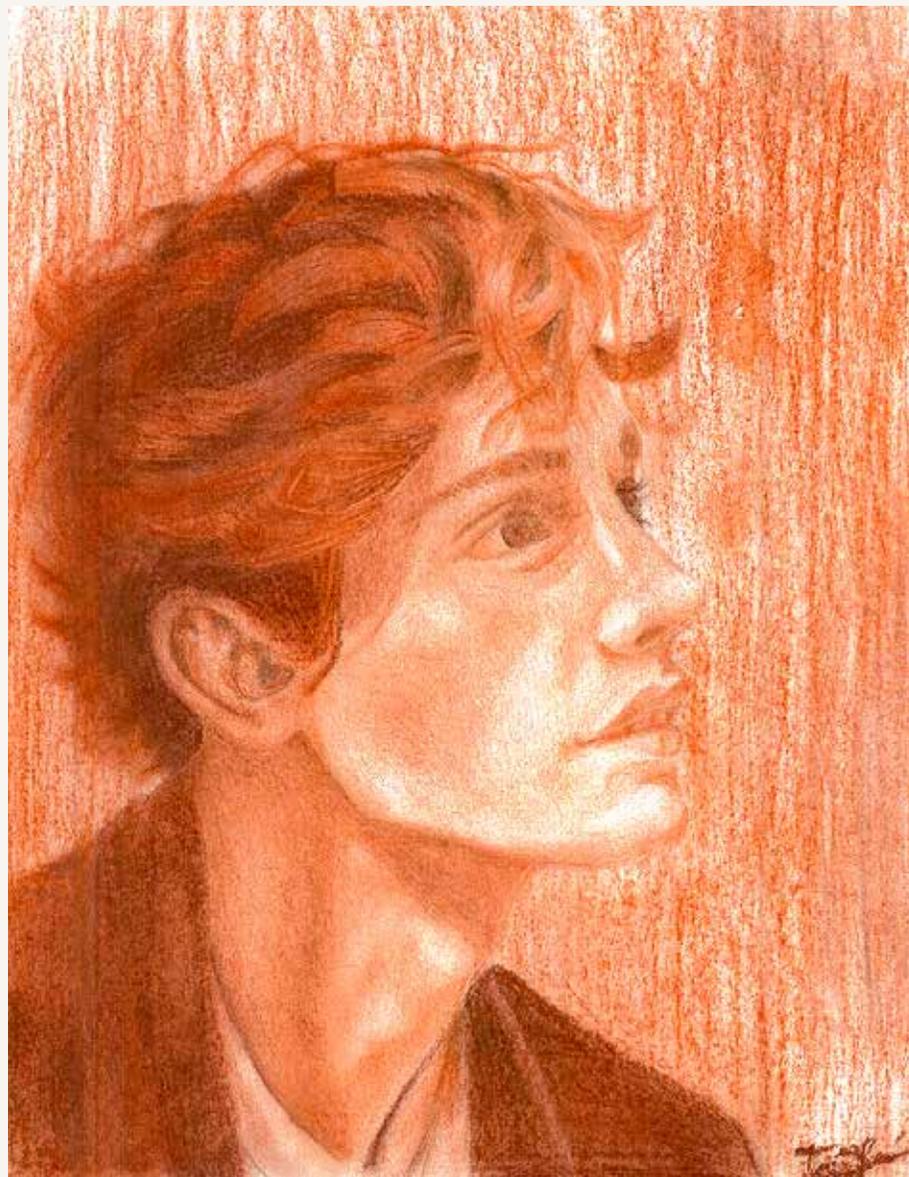


Ilustración: **Tania Jimena Ruiz Domínguez**

The writer

Démian Ramos Vergara Alumni
First place

When the writer first appeared, I was scared. It was Thursday, past midnight, when I first heard it. At first I didn't know what it was, and I thought it was the rain, but as more and more time passed and I stood still listening, I became sure of it: it was typing. I was scared, I didn't know what to do. How had someone gotten into my house, and why were they typing on my computer, of all things? It didn't make sense, yet it was still happening... or was it? I chose to believe it wasn't. It's just a dream, I told myself. It's gonna go away, you just need to wait.

So wait I did. It took some considerable effort to go to sleep with the constant typing continuing in the background, but I managed. Luckily, I didn't wake up again during the night. When I woke up in the morning, though, I was in for a surprise.

I didn't know if I wanted to look, I was afraid of what I would see, but eventually I overcame my fear and jumped out of bed, grabbing my pillow in a rather silly way to defend myself. There was no one in my room, yet there had clearly been somebody there. Out of those two things, I didn't know which one was the scariest.

I grabbed hold of the best thing I could use to defend myself, which ended up being a broomstick, and looked all throughout my house, making sure I closed all the doors behind me to make sure nobody could hide. I looked for an hour, yet I found nothing. There was nobody there, but the weirdest thing was the lack of anything showing that somebody had

broken in. No broken windows, no picked locks, nothing showing any signs of forced entry. Yet still, the evidence was clear, and I turned back to the only thing showing that I had not made up the mysterious person: my laptop. Sitting on my desk, screen open, with the notepad still open. I hadn't yet read what it contained, I hadn't dared to. With trembling hands still holding the broomstick, I walked back to my room and closed the door behind me. I stood face to face with whatever the mysterious person had done. I slowly walked closer and closer until I could see the screen perfectly. I started to read.

To my ever-growing anxiety, the text seemed perfectly normal. Rather boring, even. It was about a man named Thomas and how he went about his day. It described how he missed the bus, met a new coworker, and how, when he got home, two of his framed pictures had fallen down. I read it twice, trying to find something, anything, that could be suspicious. I looked into every program, every nook and cranny inside my laptop, but nothing seemed to be weird or out of place. I ran the antivirus, nothing. It really seemed as if this person, whoever they were, had really just magically entered my house only to write that boring story. It didn't make sense.

I was about to look all over my house again, to try and find how they had done it, why they had done it, but then I noticed the time. There was an important meeting at work that day, I couldn't miss it. As horrible as it felt to leave my house after whatever had happened during the night, I had to.

I quickly packed my things, grabbed an apple for the road, and ran towards the bus stop. I was three minutes late, but I didn't worry much, the bus never arrived exactly on time... except that day it did. I waited for ten minutes before realizing I had missed it. I had to run and take the subway instead, as waiting for the next bus to arrive would take far too long. As I nervously tapped my feet on the train's floor, I couldn't help but think about the story.

Later that day I realized just how important that story was, and by the time I got home again, I felt like I was going nuts. Not only had I missed the bus, but a woman named Maria had also started working at my building that day. The cherry on top of my paranoia cake, exactly two of my pictures were on the floor when I came into my living room. I didn't know what to do.

I panicked and panicked again, knowing that I couldn't talk about this with anyone. Who would believe me? A mysterious person sneaks into a man's house, writes their future down, and then leaves without trace? Even to me that sounded ridiculous, yet that was the only way I could explain what had happened to me.

That night I barely slept. I looked at my watch and saw it was past one in the morning, and I still couldn't sleep. Then I heard it again, and my heart started racing. Just to make myself feel a little bit safer, if that was even possible, I had left a knife inside the cover of my pillow. As silently as possible, I took it out, then I gathered all the courage still left in me after what had happened the day before. I took a deep breath and jumped out of bed. "WHO'S THERE?!" I yelled, pouncing towards my desk, yet my room was empty. My laptop was on, showing a brand new window on the notepad with an unfinished story. I felt like crying.

Until the last second I had spent in bed, I had heard the typing, yet now the man was gone. I looked everywhere in my room, even under my bed, yet there was nobody there. I checked the door, it was still locked. The windows were fine, everything was just as I had left it. Everything but the computer and that horrible story it contained. I couldn't help it, after much pacing around and not being brave enough to exit my own room, I returned to the next adventure of Thomas. It mentioned how he was out of apples and had to buy some more, and a shiver went down my spine when I remembered how I had taken the last apple in my fruit basket the

previous day. I sat down on my bed and cried, not knowing what to do. I was insane, I was going insane.

The next morning I deleted both files and hid my laptop in a drawer. Nothing changed, the writer still returned. I once again tried to catch him in the act, yet all I found was an empty room. That day I bought a safe and made an appointment with the best psychologist I could find online. Not that it would help much, as no mental illness could make my laptop exit the safe that night and move back to my desk.

The next day I moved all my files to an external hard drive. I was getting rid of that laptop for good. I didn't care about the money I had spent on it, I just wanted this nightmare to stop. I went as far from my house as possible and dumped it in the most secluded trashcan I could find. Not before dropping a stone on it, that is. I breathed a sigh of relief that night, yet the writer still came. The next morning I found the same laptop sitting on my desk, perfectly repaired. I screamed in defeat.

The psychologist was useless, nothing could get the writer away from me. I even considered moving. Anywhere, it didn't matter, just away from that haunted house I lived in, but I knew it wouldn't work. Whether I understood it or not, this was something paranormal happening. A mere mortal cannot simply stop the paranormal.

I started reading the stories again, and now every night I wait for them, whoever they are, to appear once more and tell me my future, always fearing the moment when I will read those fabled words: The End. ❖

Explorando la otra orilla

Doraldina Reyes Chargoy Empleada

Segundo lugar

–Ahora que pronto ya no estarás, habrás muerto abuelo, quiero que me acompañes a caminar. Ya sabes, por la calle bordeando el mar.

–¿De qué quieres hablar? –dijo con voz queda y ronca el hombre mayor sentado junto a la ventana desde donde se miraba un pequeño mercado.

–Quiero –dijo la pequeña de pocos años– escucharte respirar, contar nuestros pasos y que todo sea lento.

–Pero qué dices, pensé que querías “el fin de la historia”.

–Sí abuelo, eso quiero. Pero muy despacito, con poco ruido.

El hombre no dijo más, se levantó de la silla y tomó un holgado suéter que se colocó encima con dificultad.

La niña lo miraba con los ojos muy abiertos. Atenta a sus movimientos. Él rondaba los setenta y no parecía tan mayor, pero destacaba en su rostro el color azul de sus labios y sus movimientos eran pausados y torpes.

La niña sonrió; metió en una bolsa de tela dos plátanos y una botella de agua.

–Quisiera –dijo– que lo último que vieras fuera una ola del mar, de un día como hoy. Te tomaré de la mano muy fuerte, confía en mí.

Salieron juntos hacia la calle y se dirigieron al oriente. No había pendientes, pero el empedrado los obligaba a bordear. Después de varias paradas de descanso llegaron a un malecón y decidieron recargarse en un muro.

Aún había mucha luz, pero el agua parecía gris y un poco inquieta. Las nubes bajas hacían esperar que muy pronto se presentara algo de bruma.

Reiniciaron la marcha y no duró demasiado el silencio entre ellos.

–Subamos a la lancha, ¿sí?

Apenas habían caminado cien pasos y faltaba por lo menos otro tanto para llegar al sitio donde fondeaba una pequeñísima embarcación que la niña señalaba con el dedo.

–Miraré como si cada ola nos llevara a ninguna parte y así podré imaginar cómo será.

–¿Sientes la sal en tu nariz y tu boca? –dijo él–. Es suave y agradable, viaja en el viento, flota.

Ella le tomó de la mano y respiró hondo.

–Estás frío –dijo.

El viento les humedeció la cara, la luz se apagaba.

–¿Aún quieres subir a la lancha? –dijo él.

La lancha se llamaba “Tierra”.

–Qué raro, ¿no, abuelo? ¿Quién le puso ese nombre?

–No lo sé. Ya se llamaba así cuando tus padres la compraron. Vamos, te cubriré con mi abrigo.

Llegaron a la embarcación y subieron con lentitud. La amarra rechinó y el nudo que la sujetaba a la orilla la mantuvo en su lugar. Ambos se sentaron uno junto al otro y por un momento cerraron los ojos.

La lancha se mecía, permaneciendo atada junto al muelle. El agua chapoteaba un poco y les salpicaba en los brazos y el cabello.

–Pronto oscurecerá. Quizás las nubes se disipen y podemos mirar el firmamento.

–Gracias abuelo. Un día yo también buscaré una orilla y alguien que me acompañe.

Después de un rato, el cielo seguía cerrado y no llegaban las estrellas. Permanecieron en silencio. Ella tenía pegada su cabeza en el pecho de él y escuchaba su corazón, tam–tam, taam–taam, y cada vez más lento.

Cuando él se durmió, ella le dedicó una mirada larga. Tomó su mano como le había prometido, saltó a tierra firme y, como pudo, soltó las amarras.

La corriente, primero sin decidirse, y después con más y más fuerza, fue arrastrando la lancha mar adentro. La niña se quedó mirando por casi una hora hasta que apenas era una pequeña línea en la superficie.

Entonces corrió atravesando un trecho, hacia la zona iluminada de unos tendajones. Pidió prestado el teléfono.

–Por favor, señora –dijo la niña con voz pausada–, la lancha “Tierra” se ha perdido en el mar. Mi abuelo se ha quedado dormido adentro.

II.

–¿Te ha gustado abuelo?

Él se encontraba recostado con las cobijas hasta el cuello.

–Al principio me sentí solo, porque no estabas. Pero tuve tiempo para darme cuenta de que parecía un poco náutico.

–Te dejé una botellita con agua, ¿la viste?

–Sí, pero no tenía sed. Todo era tan inmenso, en una oscuridad tan perfecta. Mi cuerpo se borraba entre el aire y el agua.

–Eso pensé, que te gustaría. Toma un plátano, sólo lo llevé de paseo.

La habitación estaba tibia. La luz era muy suave y difuminaba la línea entre la pared y la madera del piso. Mientras sostenía su mano, ella dijo en voz baja:

–Sentí menos miedo que la última vez, casi nada. Sólo yo, nadie más lo hubiera notado.

–Ni yo lo noté. Cuando dijiste de la lancha me sentí sorprendido, emocionado.

–Ahora duerme abuelo, aquí me quedo contigo cuidándote. Fuimos a buscarla, a la muerte, y no te quiso. Quiere tomarnos desprevenidos.

–Bueno –dijo él, mientras sonreía–, contigo la tiene difícil.

–Sí –dijo ella–. Ya pensaré mañana...

Hizo un esfuerzo por al menos mantener un ojo abierto, pero se quedó dormida. ❖

Expiration Date



Ilustración: **Camila Pino Soto**

Alan Heiblum Robles Alumni

Second place

Devouring Time, blunt thou the lion's paws,

"Due date" would be more comprehensible as "dew date"—an ephemeral promise that sparkles at dawn but disappears within the day.

And make the earth devour her own sweet brood;

"Deadline" implies an exaggerated geometry; there is no crossing, only dissolution, since the line itself collapses along with the subject.

Pluck the keen teeth from the fierce tiger's jaws,

"Expiry date," now that's a fine play on words. Everyone has an expiration date; we just don't know when—or with whom—we'll exhale our last breath.

And burn the long-liv'd phoenix in her blood.

Last year, I fell gravely ill. I still torment myself for failing to detect cadaverine in situ; I pride myself on my refined palate, boast of my sharp nose, and yet I failed to notice that the stew had gone bad.

Make glad and sorry seasons as thou fleets,

The truth is, I wasn't myself in those days. I was going through a rough patch crowned by a heartbreak I'd rather not detail here.

And do whate'er thou wilt, swift-footed Time,

To the wide world and all her fading sweets;

I had started to perceive life as a faded canvas. Things that once gleamed with a clarity that took my breath away now blended into a dull palette of greys—not the grisaille of van Eyck or Whistler's arrangements, but a lifeless grey. I could no longer distinguish the grand from the mediocre.

Velázquez looked to me like any court portraitist, his mystery reduced to academic formulas. Turner blurred into any Romantic landscape painter, his storms and lights mere smudges on the horizon. And Bach—God, even Bach—I listened and could barely tell him apart from harpsichord composers I had once dismissed as decorators. And so forth, I revisited films from my youth—Angelopoulos, Kiarostami—ones I had cherished the most, only to find they had lost all their sparkle. I couldn't recover any of the charm I once attributed to them.

But I forbid thee one most heinous crime:

Now that I think about it, perhaps I was already sick, and the spoiled dinner was merely the last tick of the bomb.

O, carve not with thy hours my love's fair brow,

Nor draw no lines there with thine antique pen;

The silver lining of that convalescence was that I used my time well. An old friend gave me an exceptional gift: the facsimile of a manuscript dated 1317. He said he had stumbled upon it by chance while searching for ancient sheets of music in a Catalan library.

The work was titled *De Temporis Victoria*, and it was signed by someone named R. Llull. I was stunned: Ramon Llull had died in 1316; what could this be? I began reading it and, indeed, the author did not pose as the more famous Llull nor intended to cause any confusion. On one of the first pages, he explicitly clarified his name to avoid misunderstandings: Roman, not Ramon. Curiously, like his near-namesake, he had developed an *Ars Magna*, a calculating artifice. Among the many strange numerological theorems he proposed, one captured my attention: it can be translated as *On the Perishability of Beauty*.

The central premise was simple: "everything expires, even beauty". Continuing the old tradition of placing creation on a timeline, Roman Llull corrected the theories of the Venerable Bede (ca. 672–735), who, in his *De Temporum Ratione* and based on historical records, had dated creation to around 3952 BCE. Llull determined a date for the first light, which he argued should also be considered the first manifestation of beauty. According to his calculations, that same universal beauty was destined to

expire—and here he boasted of his precision—in 2025 (converted to the Gregorian calendar). During that year, he claimed, all beauty—whether in the crystal cascades of icicles or in a Chinese brocade—would irreparably wither away.

This conclusion plunged me into a deep melancholy. Was our sole consolation, the only thing we had managed to uphold, also destined to crumble? The biblical context made the prediction laughable, yet Roman Llull seemed to have anticipated a bitter truth not entirely implausible: the decay of beauty. Looking back on my recent experiences—the artistic disappointments and the feeling that everything was losing its luster—I realised that my ailment went beyond the body. It was an ailment of the soul, a tacit acknowledgment of the temporal fragility of beauty.

Afraid of a calendar falling face down, I decided to embark on a search—not to halt the inevitable but to understand it better. I immersed myself in works from various periods with renewed urgency, striving to capture even the smallest nuance before it vanished. Foolish hopes. I thought that if I could grasp the inner sense of beauty, its external decay wouldn't matter. Or perhaps I could learn to appreciate the ephemeral, accepting that the true essence of beauty lies in its transience. If I could find the beauty in its twilight, the paradox itself would have saved me.

The following weeks found me every morning drenched in sweat, surrounded by my studies of the most beautiful works in history. I assumed, although the manuscript didn't clarify, that the fading would be gradual. With the arcane beauties departing first, I decided to leave the city to find a dark sky.

Him in thy course untainted do allow

The Milky Way filled me with awe, and I sighed with relief.

For beauty's pattern to succeeding men.

I reflected on everything that had happened and found no explanation other than a lingering fever dream. Surely, beauty inspires—it does not have to expire. Even so, since then, I murmur all day, like a hollow pyramid or a cricket out of season, the number nineteen; a reliable indicator that the only thing that truly matters in this world remains with us. ❖

Barril sin fondo

Carlos Franco Velasco Exalumno
Tercer lugar

Desatendí a quienes advirtieron no llevar más al taller mi antiguo automóvil modelo 63 por ser un barril sin fondo, ya que sus glorias habían concluido para 1980 y volvería a descomponerse. Fue inútil gastar tanto dinero. Nunca acepté la propuesta de un coleccionista que ofreció comprarlo como pieza de museo y mi vehículo se detuvo una noche para siempre en una carretera infernal y se vendió como fierro viejo. Tiempo después, contraí nupcias con una mujer a la que le doblaba la edad, me sugirieron no hacerlo; y aunque tuve oportunidad de rescatar la mitad de los bienes en el juicio de divorcio, pretendí continuar con el matrimonio. Aquello fue a dar a un barril sin fondo. Ella desapareció un día y se apropió de todo, por un lance sobresaliente de su abogado, abandonándome en una zozobra eterna. Pronto cumplí los sesenta años, la administración de mi trabajo quiso jubilarme con una suma mensual razonable, no accedí. Conservar el empleo frente a presiones de empleados jóvenes y extenuantes jornadas, me llevó a un barril sin fondo, seis meses después, agobiado, renuncié. Hoy peno; y teporocho, pido limosna en las calles para sobrevivir.

Una noche lúgubre, triste y desaseado, entré a una cervecería. Como sarcasmo, en la barra pegué con mi mano y pedí una cerveza de barril sin fondo. Apareció entonces el dueño del antro en silla de ruedas. Dijo que su cerveza de barril sin fondo, de la mejor calidad, era lúpulo de ilusiones, elaborada con quimeras de lo imposible; y quien la bebía, sólo en su taberna, podía pedir un único deseo reparatorio. Acepté el tarro y bebí un sorbo de aquel elixir y me dormí. Al despertar, era otra vez un niño, ese había sido

mi deseo. En mi renovada niñez, recibí de mi padre un juguete, un perrito de peluche "San Bernardo" con un pequeño barril al cuello. En la vida real el can lleva licor para socorrer exploradores perdidos en la nieve que han salvado la vida por aquel tonel, el barril de lo posible. Ante ello, pregunté a mi progenitor si la vida también podría ser un barril sin fondo y si lo que se vertía en él se perdía irremediamente o había esperanza en algún rescate. Me contestó que lo que no tenía fondo era la necesidad humana al buscar lo que era irrealizable. Iluminé mi comprensión, hacia un futuro promisorio o a uno repleto de sufrimientos.

Hoy siendo ya un joven, me he preguntado si hace veinte años sólo tuve un mal sueño infantil o si mi providencia, en verdad, me había salvado en el fondo de un trago. Como sea, hoy reflexiono con mayor claridad y sabiduría, porque el efecto calmante de una milagrosa cerveza de barril puede estar lleno de fantasías y encantamientos, la realidad no. ❖

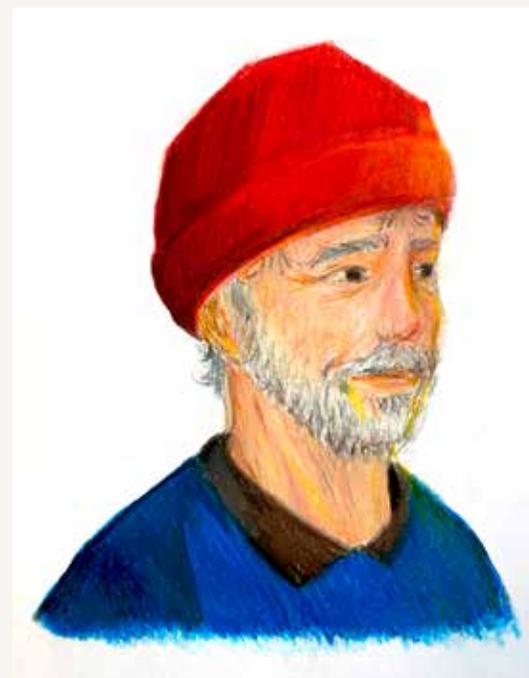


Ilustración: **Camila Mar Elizalde**

El Nenepil

Rita Sumano González Exalumna

Mención honorífica

Aquel día jugaba a las vencidas con mi sombra reflejada en el patio de la escuela: se coge vuelo, se patalea en el aire, y se cae de tal forma que el cuerpo llegue primero que la propia oscuridad. Es entretenido, sí, pero casi nadie gana en ese juego, porque se sabe que la luz del sol persigue a la gente exactamente a la hora del recreo. Antier, Juanita –la malvada maestra de cuarto grado–, por ejemplo, estuvo casi media hora parada afuera de la bodega esperando poder pisar su sombra, pero nunca lo logró.

De cualquier forma, yo estaba matando tiempo en lo que me tocaba retar. El partido de fútbol se había organizado rápidamente y el juego ya estaba reñido. Estaba también atento a lo que pasaba en la cancha; veía a Mario hacer sus payasadas y las celebraba desde mi lugar. Todo iba muy bien. Mario ya se había tirado al piso y daba maromeras celebrando un gol. Todos los que estaban en el patio –incluyendo los de otros grados–, se acercaron a ver qué más se le ocurría hacer. La escena era excitante, acalorada. Mario era realmente bueno para crear distracción y emocionar a la multitud.

Entre brincos, gritos y festejos, no sé bien cómo, llegó el balón a mis pies. Emocionado y sin pensar en las terribles consecuencias que esto me traería, tiré a gol con fuerza... sin portero, ni equipo, ni red, ni nada, pues todos estaban atentos al espectáculo de Mario. El balón entró y se fue bastante lejos, atrás de la portería, por ahí por los postes, allá donde nadie

quiere ir. La verdad es que dicen que el Nenepil se aparece en esa zona, solitario y furioso como siempre, y que amedrenta a todos los que andan buscando balones perdidos.

El Nenepil es un tipo muy astuto, grandote y peleonero. Se ha ganado esa fama aquí en la primaria a punta de anécdotas sangrientas y hazañas heroicas; batallas donde muchos han terminado en la dirección, varios han salido heridos y otros simplemente han desaparecido. Dicen los papás que esos niños se fueron a vivir a otro lado, pero todos sabemos que el antiguo cementerio indio que era esta escuela ha tenido que ser ampliado para poder albergar a los muchos cadáveres que provoca el Nenepil. De otra forma, no se explica el enorme terregal que abrieron quesque para practicar salto de longitud, un deporte que a nadie le importa y para el que todos somos pésimos.

Cuando Mario terminó su número, buscaron la pelota, pero no la encontraron. Yo observaba el evento desde lejos, esperando que nadie hubiese visto mi chute solitario. Para mi infortunio, alguien ya había dado aviso de mi imprudente gol y varios compañeros, comandados por Mario, se me abalanzaron. Todos estaban convencidos de que era mi culpa y que tenía que recuperar el balón. Intenté negarme, pero Mario empezó a cacarear y a dirigirme miradas provocadoras, llenas de reproche, decoradas con burlas y desprecio. De inmediato, todos empezaron a imitarlo. Un ejército de gallinas me retaba.

No quería ser maltratado por el Nenepil, pero tampoco quería pasar por cobarde, así que empecé a caminar hacia los postes con paso lento y, en apariencia, decidido. La verdad es que me moría de miedo. Dicen que se aparece justo cuando alguien habla mal de él, que mide más de dos metros, pesa más de cien kilos y que ya tiene un hijo, también estudiando en la primaria. El propio Mario tiene una horrible cicatriz en el codo izquierdo, producto de haber luchado durante horas contra el Nenepil.

Me temblaban las piernas y me moría por regresar, sudaba frío, pensaba en mi familia y en lo mucho que quería volver a verlos. Pero a lo lejos escuchaba los silbidos, las voces y los cacareos: era demasiado tarde para arrepentirse. Al fin, llegué a los postes y me encaramé detrás de uno para protegerme del inminente ataque. Esperé un rato, pero nada...nadie me estaba golpeando aún.

A lo lejos escuchaba las risas de mis compañeros y casi podía oír sus comentarios: “Está baboso”, “Es un gallina”, “Su mami le tejió un suéter amarillo”. Decidí que –por dignidad– debía asomar la cabeza poco a poco, mientras pensaba en todo lo que me diría mi mamá cuando llegara a la casa inmundo, raspado, sin lonchera, con los pantalones rotos y el suéter nuevo todo deshilado. De pronto no supe a qué le tenía más miedo: si a mi mamá o al Nenepil.

Asomé, pues, la cabeza y encontré al Nenepil sentado en una piedra, con la pelota entre las piernas. Era, en efecto, enorme.

–¿Me puedes pasar la pelota? –pregunté bien bajito.

Una horrible voz comenzó a chillar, y entre silbidos indescifrables logré distinguir la palabra molestar. Me quedé mudo un rato y después le dije, igual de bajito:

–No te quiero molestar, sólo quiero la pelota.

El Nenepil alzó el rostro, que hasta entonces había tenido gacho. Me miró con furia, con esa cólera que te dirige un adulto cuando has hecho algo muy, muy malo. De un brinco, se incorporó y me aventó el balón en la cara. Yo sólo atiné a cacharlo y a esconderme detrás. Apreté fuerte los ojos y recé, oré con un fervor que no conocía en mí. Cuando todavía no me estaba golpeando, pero ya iba hacia mí con el puño en alto, le pregunté –no sé por qué– si Nenepil era su verdadero nombre. De pronto, se hizo un silencio raro y, como todavía no me hacía nada,

saqué la mirada poco a poco detrás de la pelota, asombrado por mi propio atrevimiento.

El Nenepil había bajado la guardia y se había quedado absorto, tieso y con los brazos tirados. Todavía apretaba los puños, pero ya sin fuerza, sin ánimos de golpearme. Poco a poco y con grandes esfuerzos, articuló una frase que nunca voy a olvidar... el ente más temido de la primaria dijo: “No me llamo Nenepil, me llamo Vanesa”, y entonces la criatura se soltó a chillar. De pronto sentí lástima, pero no la suficiente como para consolarle, pues seguía siendo mucho más grande que yo, presumía más bigote que Mario y yo le tenía más miedo que nunca, a pesar de su repentina fragilidad.

Me alejé poco a poco, con la pelota entre las manos y sin darle la espalda. Cuando hube avanzado unos metros, me eché a correr como loco hacia la cancha, donde mis compañeros me esperaban con muchas preguntas: ¿Qué tan grande es? ¿Cómo se viste? ¿Sí vive allá atrás? ¿Es cierto que tiene garras, granos, y que come pasto?

Pensé por un minuto en lo vergonzoso que sería aceptar que una niña era la que tenía atemorizada a toda la primaria, y entonces decidí decirles que el Nenepil era el tipo más grande y feo que jamás había visto, que había luchado con él largo rato y que, tras una agotadora batalla, había logrado derribarlo atinando con una piedra a su único y gigantesco ojo. ❖

Poesía
POETRY

Primaria

PRIMARY

Primer lugar

Sin conocerte

Salomón Díaz Mondragón 5°E

Segundo lugar

Pensamientos intrusivos

Esperanza Sol Rosas 6°B

Tercer lugar

Solo tú

Ana Cecilia Mora Frías 6°C

Mención honorífica

Los cuentos

Carlos Adrián Ruíz Domínguez 6°A

Sin conocerte



Ilustración: **Howl Romero Lobato**

Salomón Díaz Mondragón 5°E
Primer lugar

Te encuentro esplendorosa,
con tus hojas abiertas que
semejan las alas de muchas mariposas;
y sin conocerte, no creí
que de tu corazón brotara, alguna vez, alguna rosa.
Algo pasó, quizá me presentiste;
o quizá sentiste ese extraño poder que nos juntó
y que sin conocerme, me hiciste parte de ti
en el pequeño lugar donde creciste y me amaste.

Por eso, sin conocerme, te entregaste a mí,
y silenciosamente trabajaste para hacerme feliz
con esa hermosa flor que tú me regalaste.
Por eso, gracias te doy
por el milagro que surgió de tu savia,
por el perfume exquisito que suavizó mi vida
y llenó de fragancia las tardes luminosas
de esta primavera.

Y sin conocerme, te convertiste en una discreta
y verde compañera que ilumina mi vida cada segundo. ❖

Pensamientos intrusivos

Esperanza Sol Rosas 6ºB
Segundo lugar

Las sirenas serán las trompetas al cielo,
la camilla será donde descansaré,
las escaleras son la cuerda alrededor de mi cuello,
las lágrimas derramadas por mis queridos,
serán los pecados que nunca perdonaré.

Me despierto a la realidad,
donde mi fantasía no se cumplirá,
la lealtad que le tengo a ese pensamiento
es igual al medicamento
que para mañana a vivir me conducirá
a cumplir mi horrible realidad.

Cada noche, cada día quiero rendirme.
Con miedo a perder a queridos,
contar mis problemas no puedo permitirme,
¿qué pasará si los dejo perdidos?,
en una mente que me hace sumergirme,
no me extrañaría que jalara a mis amados.

Sé que es posible encontrar donde abrirme
sin dañar a ninguno,
sin por mis acciones arrepentirme,
espero que este capítulo sea real y no oportuno. ❖



Ilustración: **Claudia Renata Colín Medina**

Solo tú

Ana Cecilia Mora Frías 6°C

Tercer lugar

Solo tú mi corazón,
eres la razón
por la que el amor
llegó a mi vida.

Solo tú haces que en el viento
suene una melodía,
con un hermoso sentimiento
cada día.

Solo tú mi sol,
mi único farol,
el que ilumina cada amanecer
y también mi ser.

Solo tú escribes el más lindo momento
en el firmamento
y haces que tenga un destello
que lo hace aún más bello.
Solo tus ojos brillan más
que la estrella
más bella
en el cielo.

Solo tú das los besos
que me recuerdan a los cerezos,
que me llevan al cielo nocturno
junto a Saturno.

Solo tu amor
es el que me sana el dolor,
el que me hace ganar lo más bello del mundo
en un solo segundo. ❖



Ilustración: **Emiliano González Gamiño Soria**

Los cuentos

Carlos Adrián Ruiz Domínguez 6ºA
Mención honorífica

Unos lindos,
otros hermosos,
pero solo algunos
son preciosos.

Te mandan a un mundo de sueños,
pero en realidad solo imaginas
que apareces en ellos.

Unos inspiran,
otros los criticas,
pero la verdad,

todos te conquistan.
Unos de risa,
y otros de terror,
pero al final todos,
causan emoción.

Y a mí me gustan,
los que me motivan
al esplendor
porque cada día
me inspiran a ser mejor. ❖



Ilustración: **Zoe Mar Elizalde**

Secundaria

SECONDARY

Primer lugar

Susurro

Ximena Botello Aguirre 2°E

Second place

A night to remember

Paula de Antuñano Pascual 2°E y Karla Ramírez Bautista 2°D

First place

Shine like the stars

Anna Valentina Corominas Sañudo 2°E

Tercer lugar

Mi frágil corazón

Valentina Morales Silva 3°C

Segundo lugar

25 de noviembre.

*Día Internacional para acabar
con la violencia contra las mujeres*

Abril Bovia Caballero 2°D

Third place

Yesterday

Ximena Botello Aguirre 2°E

Mención honorífica

Diez veces amor

Casandra Morales González 1°F

Susurro



Ilustración: **Camila Mar Elizalde**

Ximena Botello Aguirre 2°E
Primer lugar

Sabes que las almas no se pierden
porque aquel de talla es igual, ama y miente.
Solo sabemos que no durará para siempre.

Ya que los secretos acaban en una palabra
por los toques de soledad que le acompañaba
en el exacto segundo donde todo se terminaba.

En un infinito que sea más grande que el nuestro,
donde creemos que todo sea perfecto
y nuestra mentira favorita quede dentro.

En los mares de nuestras propias lágrimas,
ahogándonos solos, pero llenos de ignorancias,
será un sentimiento con profundidad necesaria.

Un dolor congelado por un sollozo perdido.
Un cuerpo totalmente poseído,
roto y desolado, un corazón destruido.

Gritos en una habitación llena de desesperación.
Un nudo en la garganta que representa la desilusión,
y un "lo siento" que rompa aquella unión. ❖

Shine Like the Stars

Anna Valentina Corominas Sañudo 2^oE

First place

Little dreams, so bright, so true,
The world is waiting just for you.
In every step, in every day,
You'll find your own unique way.

The sky above is wide and clear,
Your heart is strong, there's no need to fear.
With every challenge, you will grow,
A brilliant light, you'll always glow.

The path ahead may twist and turn,
But from each trial, you will learn.
Mistakes are steps toward something new,
Each one a spark inside of you.

When doubts arise, and shadows fall,
Remember, you can conquer all.
For deep within, your soul will find
A strength that's endless, unconfined.

Let kindness guide the things you do,
A helping hand, a heart so true.

For in the end, the love you share
Will fill the world with joy and care.

Your voice, unique, a song so sweet,
It makes the world feel whole, complete.
Speak your truth, let it be heard,
Your every thought, a precious word.

Dreams are seeds you plant with care,
They'll blossom bright, beyond compare.
Though storms may come and winds may roar,
You'll find your wings and start to soar.

The stars above, they light the night,
But your own glow shines just as bright.
Don't fear the dark, you hold the flame,
A beacon strong, you'll make your name.

With every sunrise, start anew,
The world's alive because of you.
Explore the wonders, big and small,
Your courage proves you'll have it all.

The mountains high, the oceans deep,
There's so much more than what you see.
A journey waits, so take your chance,
Through life's great song, begin to dance.

The hands of time may push and pull,
But your bright spirit stays so full.
Through laughter, tears, through joy, through pain,
You'll find the rainbow after rain.

So chase the sun, and reach up high,
Paint your story across the sky.
Believe in yourself, you're stronger than you know,
Like the stars, you were born to glow.

Dream big, shine bright, and take your time,
The world will sing to your sweet rhyme.
With courage and hope, no dream's too far,
You're unstoppable, just as you are.

And when you look back, years from now,
You'll smile and see just how, somehow,
The little girl who dared to dream,
Became the light, the glowing beam.

One step at a time, and you'll soon see,
The magic of who you're meant to be.
A journey awaits, so brave and grand,
The universe rests in your hand. ❖

25 de Noviembre. Día Internacional para acabar con la violencia contra las mujeres

Abril Bovia Caballero 2ºD
Segundo lugar

Todavía puedo sentir sus manos sobre mi piel,
todavía puedo oír su respiración sobre mis hombros,
aún puedo oír el sonido de mi dignidad caer,
enterré mis pensamientos en los escombros.

No puedo estar en paz desde aquel día,
la culpa que rondaba sobre mí ahora es odio,
no puedo dejar de sentir esa asquerosa caricia,
ese fue el día que me jodió.

Cada chiflido en la calle,
cada acosador en el metro,
cada caminata cuando era tarde,
miles de mujeres que solamente iban de camino al centro.

Mi cuerpo duele y está cubierto de moretones,
porque a pesar de las heridas que deja esta lucha,
las mujeres siguen adelante con fuertes corazones,
porque las mujeres cada vez tenemos menos miedo,
pero la fuerza a veces se derrumba.

Al día en México asesinan a once mujeres,
los feminicidios son el terror de toda madre,
los machos siguen excluyendo nuestra voz y placeres,
las niñas no tendrían por qué tener miedo de su padre.

No tendríamos por qué tener miedo de estar solas con un profesor,
no tendríamos por qué tener miedo de denunciar a un abusador,
cómo le explicas a una niña que tenga cuidado con cómo se vista,
cuando lo único que una madre debería enseñar a una pequeña
es a expresar su sonrisa.

Marie Curie tuvo que luchar contra el silencio,
no pudo nunca tener consejo,
no era escuchada por ser mujer,
tuvo que soportar que nadie pudo verla como ella se veía en el espejo.

Rosalind Franklin observó lo que otros no podían,
descubrió que el ADN existía,
pero, como siempre,
solo se creía lo que el hombre decía.

Ada Lovelace vio más allá de su tiempo,
tejiendo sueños en cálculos de futuro,
pero su visión fue callada en el viento,
mientras otros tomaban su logro seguro.

Hedy Lamarr era una mujer brillante,
con una belleza deslumbrante,
pero el machismo opacó,
la tecnología que ella creó.

Lise Meitner desentrañó el gran misterio,
la fisión nuclear en su mente brillaba,
pero su nombre en el eco del silencio,
otros se hacían famosos, mientras ella callaba.

Marisela Escobedo luchaba por justicia y verdad,
y el viento resonaba su firme voz,
pero la violencia calló su humanidad,
hasta que un disparo le robó su causa y su luz.

Ingrid Escamilla vivió en un grito silenciado,
su cuerpo fue el eco de un odio callado,
las imágenes mostraron su dolor,
pero el mundo olvidó su grito de amor.

Lesvy Berlín Osorio buscaba un futuro en su andar,
pero la muerte la acechó sin cesar,
el campus se llenó de silencio y pena,
y su nombre fue una lucha que aún suena.

Llevaba puesta una falda de cuadros,
una blusa de algodón,

y aun así pude sentir sus manos,
tan solo era una niña que acababa de cumplir dos.

Llevaba puesta una falda de mezclilla,
unas calcetitas que acaba de comprar hacia un mes,
una blusa que tenía lentejuela que brillaba,
tan solo tenía seis.

Cuando llegó la visita,
mi cabello estaba atado en una colita,
estaba feliz porque no tenía calor gracias a mi pantalón corto,
lástima que solo tenía ocho.

Yo creo que no se trata de cómo vestía,
ni siquiera de las cosas que decía,
o de cuándo alcohol bebía,
sino de la mierda que tenía ese tipo como fantasía.

A las mujeres las callan al quejarse,
las golpean al intentar enfrentarse,
las violan cuando se descuidan y ponen pastillas en su bebida,
mi niña interior está herida.

Hoy grito para que mi hermana pequeña pueda ir sin miedo
al preescolar.

Hoy grito para que mi hermana mayor pueda ir sin miedo a estudiar.

Hoy grito para que mi madre pueda ir sin miedo a trabajar.

Hoy grito para que mis primas puedan ir sin miedo a marchar.

Hoy grito para que mis tías puedan ir sin miedo a comprar.

Hoy grito para que mis abuelas puedan ir sin miedo a descansar.

Hoy grito por mí y por las demás. ❖

A night to remember

Paula de Antuñano Pascual 2°E y Karla Ramírez Bautista 2°D

Second place

In the stillness of the night
A soft and gentle light,
Shine like a distant star
Echoing from afar.
With my guitar I play a melody,
And I marvel under the silver moon
The whispers of my mind disturb me
But in each note
I find peace.

Why does the night feel so free?
Why do the stars seem to talk to me?
I close my eyes and

I can feel it
As the wind dances the tree.
This moment is where my dreams can begin,
Where music becomes a work of art.
I reach for the skies, beyond sight,
With each moment,
I feel what is right.

A balloon floats in the sky
As I reflect on how time flies.
On the moon I find my way
And I will always be at peace. ❖

Mi frágil corazón

Valentina Morales Silva 3°C

Tercer lugar

Con el amor en las manos,
con lágrimas en los ojos,
con mi corazón listo para dártelo.
¿Cómo es posible sentir tanto?

Muchas otras cosas se rompían
mientras decías que nunca fuimos
lo que yo creí que éramos.
¿Acaso eran puras fantasías?
Bueno, ahora puedo llamarlo hipocresía.

El hecho de que te quedaras,
que lo intentaras,
ahora son solo palabras,
solo promesas.

La excusa,
la mentira.
¿Desde cuándo no me amabas?
Yo sabía que mentías,
porque en tu cara se veía
el rostro de una nueva pupila,

el rostro que te apartó de mí.

Lo peor es que yo seguía,
solo soy una chica
perdidamente enamorada,
que solamente espera ser amada,
pero...

¿Qué pasa cuando ese amor se convierte en cobardía?

A veces parece que vuelvo al pasado,
donde solo me parecías un extraño,
donde la historia sí se terminó
antes de que pudiera empezar.

¿Por qué me haces daño?
Es más,
¿una persona que te ama te hace daño?
¿La persona que amas te pisa el corazón?

Te di mi versión más feliz,
la que te amaba en serio
y muy profundamente.
Pero...

Amarte significa destruirme a mí misma.
Al intentar repararlo, solo me desmoronas más,
me arrastras contigo
a esa oscuridad en la que vives.
¿Cómo días antes pudiste decir que me amas
y luego actuar como si me odiaras?
Cada acción tuya es una herida más,
y me pregunto
si alguna vez sabrás
lo que es realmente amar.
Porque para destruirme
no hay quien te gane,
pero para amarme,
creo que solo estoy yo,
con mi frágil corazón. ❖



Ilustración: **Ariadna Deni Cruz Reséndiz**

Yesterday

Ximena Botello Aguirre 2°E

Third place

Last night, I understood something
I believe in someone
I stopped feeling alone
It was just a talk, the most beautiful thing in the world

I was scared, and it was cold
The night fell soon, and the lights came to the moon
I thought I had lost you because of me
Because I am, and why I met

Last night, I laughed and I cry
It's terrible, and I get fearful
But not everything was bad, I also
Remember you, the first years

It's secret and unreal
Because now, it's about to disappear
I missed, and I hate it
It was like the same two different moments

The first was horrible and
With thousands of lies
But the second one was better
Because you were here and became my light

Something changed in us, yes
But it was better and I liked it so much
After all, I talked you the same day you came here
It was the best decision I've made

Meeting you was perfect
Now I too feel the same forever
All my life, and the whole eternity

Because I hear you said
you would always be my support
Made my tears fall down my face
And I remember it very well

Because only two people have made me cry
Like you did yesterday
because you really now that damn pain
The one that I hate

Also you find the way, but now I lose the feelings every day
I even think I'm falling behind you
And you know that I tell myself, I don't care that much
That I believe, everyone goes, but that hurts my soul

That I want to stop the world
To stop the feeling tonight
But I don't know how

You tell me that it would be easy
"Everyone is crazy, we aren't normal"
Also nothing is perfect, but we have to try
And that you'll always be here, every day, or every night

Just I want to say

Sorry, if I'm not enough
Or I have made too many mistakes
Or if I'm not who you expect. Sorry

But thanks for still being here after so much time
In the end it's us, against the world
You're my best friend, sorry for not having realized before
And if your read this, just let my know. ❖



Ilustración: Sara Isabella Gutiérrez Bautista

Diez veces amor

Cassandra Morales González 1ºF
Mención honorífica

El amor se empieza a dibujar cuando te toca
y sientes que estás en un lugar seguro.
Te rodea con sus brazos
y escuchas su corazón latiendo.

El amor estalla cuando se miran
y todo se transforma, como si fuera irreal.
Mirando sus ojos cafés,
viendo cómo las pupilas se dilatan.

El amor quema cuando se toman de la mano
y sientes un revoltijo en tu estómago,
como si fueran mariposas,
encontrando un nuevo escondite.

El amor te da felicidad,
felicidad de estar con esa persona,
sintiendo que solo son él y tú.
Simbiosis de sonrisas.

En el amor, el tiempo se pasa más rápido,
un día parece tan solo unos minutos,
momentos de un año parecen un solo día,
pero ese día es el mejor de la vida.

El amor nos vuelve locos,
haciendo promesas sin pensarlo,
o al decir palabras sin sentido.

El amor nos quita problemas,
es un mar tranquilo estar con esa persona,
es como si todos los problemas desaparecieran a su lado.

El amor brilla.
En un campo de flores marchitadas,
eres la única que está bien cuidada,
la que sobresale.

Tú eres la luz de mi camino oscuro,
quitándome el miedo del futuro
en un camino inseguro.

El amor es dulce como la vainilla,
y necesario en la vida,
es una maravilla. ❖



Ilustración: **Natalia González Flores**

Bachillerato CCH

BACHILLERATO CCH

Primer lugar

La polilla

Emiliano Sánchez Delgado 2020

First place

A shadow's lament

Daniel Cruz Fabela 6010

Segundo lugar

Oveja

Sabina Sotres Hall 6020

Second place

The moon's song

Daphne Tais Espinoza Pérez 6020

Tercer lugar

El peso de no ser

Valeria Yazel Velázquez Santillán 4010

Third place

Chapters of time

Fabián Juárez Tinoco 2040

Mención honorífica

Junto a las olas

Iñaki Zamalvide Videgain 6010

Honorable Mention

The symphony of the game

Xavier Cabrera Muñoz 4010

La polilla

Emiliano Sánchez Delgado 2020

Primer lugar

Cae la noche sobre el frío firmamento.
La luz de la luna brilla sobre las almas,
siempre pacífica nos recuerda a nosotros sus hijos
que su aliento a libertad está encarnado en nuestra piel.

Apago la luz y me acuesto a dormir,
no sin antes darle las buenas noches al pesado aire,
a las voces que viven en mis paredes
que no son más que los recuerdos de aquellos abuelos,
los que hoy se drenan mientras miras a sus nietos.

Los puedo oír gritando desesperados,
ya que hemos decidido ignorar todas sus advertencias.

Al cerrar mis ojos escucho un leve aleteo;
es una polilla aprisionada en mi cabello.
Con sus frágiles alas intenta liberar su débil cuerpo.
Sus ojos son como dos pequeñas estrellas,
como dos linternas iluminando sobre el Golfo.

Siento tristeza por la pobre polilla ahogada,
ya que su sombrío mensaje resuena a todo el mundo.
Nos advierte que si hoy somos brillantes luceros,
mañana seremos el polvo que vaga sin rumbo.

Dejaré que la paz del vuelo la cobije
y que el mismo viento la guíe por el camino correcto.

La misma pregunta de siempre vuelve a mí
al caer la noche y viajar por mi psique.
¿Las polillas tendrán sueños?
¿Acaso no son tan diferentes a nosotros
y también arman sus propias revoluciones?

Siempre me ha gustado dormir
ya que por un momento viajas al otro lado.
El bajo mundo que existe tras la muerte
y al que la humanidad ha temido siempre.

Aquel bajo mundo tan místico e intimidante
que hace que los grandes hombres se vuelvan débiles y cobardes.

Intento dormir, pero sus alas me despiertan.
Aunque no tiene voz la oigo gritar.
Grita por ella y por todos nosotros.
Grita para que salgamos corriendo
huyamos y no miremos atrás.

Tras las horas de oscuridad
y después de la incansable protesta de la polilla,
llegan los rayos del sol matutino,
junto con ellos la esperanza magullada.

La polilla por fin vuela libre.
Sale por la ventana hacia el mundo por venir.
La polilla ya no tiene miedo del calor del sol.
Nosotros simplemente miramos su revolución, orgullosos.

Hoy, ahora más que nunca
los susurros de nuestros abuelos se intensifican.
Nos motivan para que salgamos a respirar.
Hoy por fin, entendemos sus advertencias.

Y la polilla desde la rama seca de un árbol nos recita un poema.
Nos dice que no tengamos miedo de aquellos grandes líderes,
de los hombres cobardes y pequeños que intentaron matar a Dios. ❖



Ilustración: **Ana Regina García Vega**

A Shadow's Lament

Daniel Cruz Fabela 6010

First place

Beneath the quiet of the night,
I write these words with shaking hands.
This pen runs dry, this heart does too
I leave this note, my last for you.

To you who loved me, held me close,
who gave me warmth when I was cold,
I leave no answer, just this weight,
a trail of choices sealed by fate.

I stood in light, but cast no glow.
I wore a mask so you don't know
how every laugh was built on lies,
how every joy was bound to die.

The world's a stage where faces shine,
where threads weave bright in grand design.
But there's a thread, loose and undone,
pulling quietly, one by one.

Don't think that love could make me stay.
It held me here, but day by day

The battles grew too loud to bear.
No love could silence what was there.

You saw the part I let you see,
but not the storms inside of me.
A wall of silence kept me bound
a castle strong, yet crumbling down.

There's no one here to curse or blame.
No cruel hand, no storm, no flame.
Just the weight of skies so grey,
a fading light that slipped away.

Each morning came, a borrowed time,
each breath I took, a hollow chime.
The stars, once whispered of my dreams,
now hum of peace, or so it seems.

Don't search for reasons, don't feel guilt.
This house of pain was one I built.
A soul can break when stretched too thin
too lost to fight, too worn to win.

Remember not the way it ends;
recall the times I laughed with friends.
Think of the moments in the rain,
the way I carried quiet pain.

I loved you more than words can say,
but twilight pulled me far away.
Its grasp was soft, it was so sweet.
a place where shadows and I meet.

If tears must fall, then let them flow.
Let them feed what's left to grow.
Let memory bloom in grief's dry soil,
and ease the ache of life's long toil.

This isn't hate, not is it spite,
just giving in to endless nights.
A song unheard, a pull too deep,
a soft surrender into sleep.

I leave you love, and leave you peace.
I leave the pain; I've found release.
And though I go where shadows cling,
I'll echo in the songs you sing.

Don't forget, but don't regret.
The story ends, but not just yet.
For in your hearts, I still remain,
a flicker small, a spark, a flame.

So carry on, and find the dawn.
Hold to the light when I am gone.
And when you see the stars above,
Know I am there, and feel my love. ❖

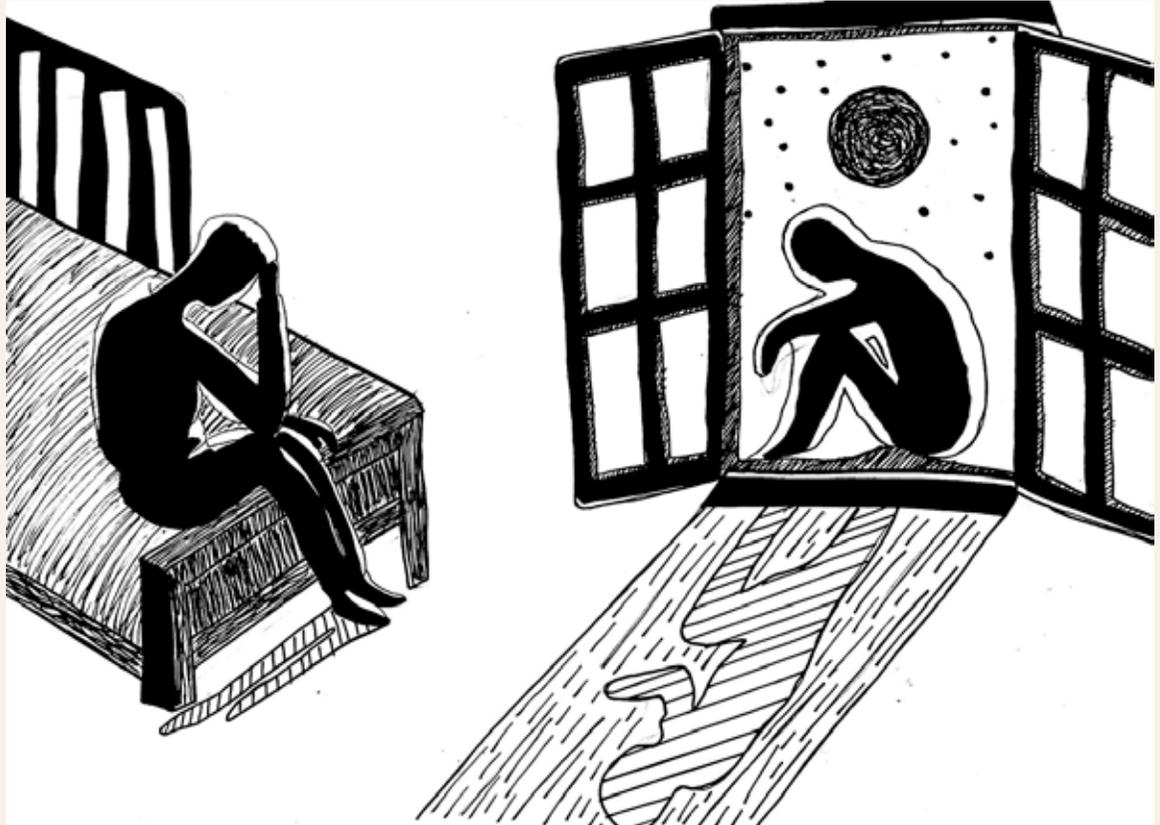


Ilustración: **Daniel Cruz Fabela**

Oveja

Sabina Sotres Hall 6020
Segundo lugar

Me visto de oveja y como tu sopa,
amarro mis manos con tu azúcar de trampa.

Me visto de oveja y asiento segura,
agarro el cuchillo sin medida.

Me visto de oveja y le bailo a venus,
me entierras los dedos.

Me visto de oveja y muerdo tu oreja, la piel se me va deshaciendo.
Me visto de oveja y me sale un gruñido.
Me visto de oveja y asesino dentro del ganado.

Me visto de oveja y el sol sabe que salgo de la cueva con una piel
prestada.
Sabe que deseo sangre de noche y que saltó sobre tumbas
apestada.

Que me visto de oveja para ocultar lo bestia. ❖



Ilustración: **Lucía González Lhez**

The Moon's Song

Daphne Tais Espinoza Pérez 6020

Second place

The moon sings night and fall,
A silver whisper, soft and small.
She watches over oceans wide,
A gentle pull, the shifting tide.

The moon is and will always be,
A timeless force, wild and free.
At times she's full, at times she wanes,
Yet constant through life's joys and pains.

When cradles are empty and girls cry alone,
Her light becomes a soothing tone.
Young women wandering streets at night,
Feel her glow, her steady light.

There's a power hidden in her voice,
A call to rise, to make a choice.
She shields the prey from lurking foes,
And shines where darkest shadows close.

The moon stands tall against the fight,
A symbol carved in endless night.
For every woman, fierce and strong,
She hums their stories in her song.

Her phases speak of change and might,
Of battles fought through endless night.
Oh moon, a sister to us all,
Your strength will rise, and never fall. ❖

El peso de no ser

Valeria Yazel Velázquez Santillán 4010

Tercer lugar

Mis manos, desnudas y dañadas,
se aferraron a la piedra,
como quien busca anclas en un mar
que nunca prometió tregua.

Dejé en ella mi piel,
como quien deja promesas al papel,
esperando que el rastro de mi sangre quebrada
se elevara más allá de un susurro que a nada.

Cargué sobre mi espalda el diseño cruel
de un mundo que nunca quiso serme fiel.
Mis huesos crujieron bajo el yugo
de una creencia impuesta,
la certeza de que el sacrificio
es la única que los dioses no desechan.
No pedí gloria ni respuestas,
sólo un rincón donde mi sombra
no se sintiera forastera.

Escoria que deslíe en la corriente,
absorta en la penumbra que borra mi remanente.

Un lamento que desvanece sin hallar destino,
una sinfonía destrozada antes de su camino,
deshecha por las garras que diluyen mi esencia,
antes de rozar el aire con su presencia.

La semilla arde en su exilio interior,
sin hallar refugio en la tierra que la rechaza,



Ilustración: **Zoe Mar Elizalde**

buscando un amparo que calme su ardor,
mientras el suelo se niega a darle su plaza.

Las noches fueron un lienzo
para mi agonía inconfesa,
un diálogo perpetuo en su comienzo,
donde el abismo mi nombre expresa.
Dibujé constelaciones con los restos de mí,
pero ningún ojo se alzó para verlo.
Tejí sueños con los restos de mi carne,
aun sabiendo que nunca hallaría consuelo.

“No hay cimientos sin fisuras”,
pero ocultaron el dolor de ser desgarrado.
El sacrificio es un puente,
y yo, su madera,
marchita y quebrada,
destinada a ser pisoteada
por aquellos que avanzan,
ajenos a lo que implora ser mirada.

La eternidad, un contrato que destroza,
me condena sin poder detenerla,
se despliega como un abismo sin respuesta,
un peso que se arrastra, invisible y mortal.

Lo que alguna vez fui se diluye,
en el umbral de lo que jamás seré.
Una identidad deshilachada huye,
bajo la caricia inexorable de los siglos.
Me reduce a polvo, en el viento danza,
pérdida en la vorágine del olvido, sin
esperanza. ❖

Chapters of Time

Fabián Juárez Tinoco 2040
Third place

Each day is a chapter in a story with no end,
Where time moves forward and cannot bend.
The people I knew, who were so close to me,
Are now just memories, like waves in the sea.
New faces appear, filling the space,
Bringing moments I cannot replace.

The time we shared stays in my heart,
Like pieces of a puzzle, each a small part.
Every goodbye hides a chance to start,
Like the light of morning breaking the dark.

I wonder often what tomorrow will bring,
Who will stay with me through everything.
The past won't stop; it keeps moving on,
Holding new stories yet to be drawn.

So, I keep living this story called life,
Where every moment cuts sharp, like a knife.
Each minute, a page; each year, a season,
And even when time feels fast, it has a reason.
With chapters to write and people to meet,
I walk through a story that makes me complete. ❖



Ilustración: **Fabián Juárez Tinoco**

Junto a las olas

Iñaki Zamalvide Videgain 6010

Mención honorífica

Me empujaste, nos reímos mientras nos correteábamos el uno al otro.
Yo estaba cubierta de arena y a ti se te había enterrado el traje de baño en tus nalgas.
Papá y mamá contemplaban la escena desde lejos, asegurándose de que ninguno de sus niños salieran lastimados, sus miradas yacían como un velo sobre nosotros.
El mar oscilaba en la arena, danzando a nuestros pies.
Me empujaste de nuevo, pero esta vez más fuerte, me caí al agua, no sabía nadar, pero logré pararme.
Papá te gritó, agachas la cabeza.
No dijimos nada, pero seguimos jugando.
Vimos un cangrejito chiquito, yo me agaché a acariciarlo.
-Es muy bonito, es mi bebé y se va a llamar Luis Ernesto Juan Santiago.
-Ese es un nombre tonto.
-No me grites.
La marea se puso brava.
-Ese cangregito es tonto y feo.
Lo agarraste y lo apretaste, posteriormente lo aventaste.
Grité intensamente, lloré por un rato.
Me parecías un monstruo, cómo pudiste haber matado a Luis Ernesto Juan Santiago.
Papá sí te regañó mientras mamá me consolaba,

estaba abrazada de mi peluche de pulpito
para calmarme.
La marea se puso aún más brava.
Nos separamos por un rato,
yo me fui a hacer castillos de arena mientras tú quedaste
castigado en el camastro.
Hablaste con papá y mamá y viniste caminando a verme.
-Perdón por lo de Luis Humberto... ¿Santiago?
-Su nombre era Luis Ernesto Juan Santiago, malo! Él iba a ser
mi bebé, pero tú lo mataste.
Está muerto. Muerto.
muerto
muerto
¡Muerto!
-No quería matarlo.
Perdón...
¡Perdón!
Lloramos juntos mientras rompían las olas,
nos abrazamos, inconscientes de la ola que venía a golpearlos. ❖

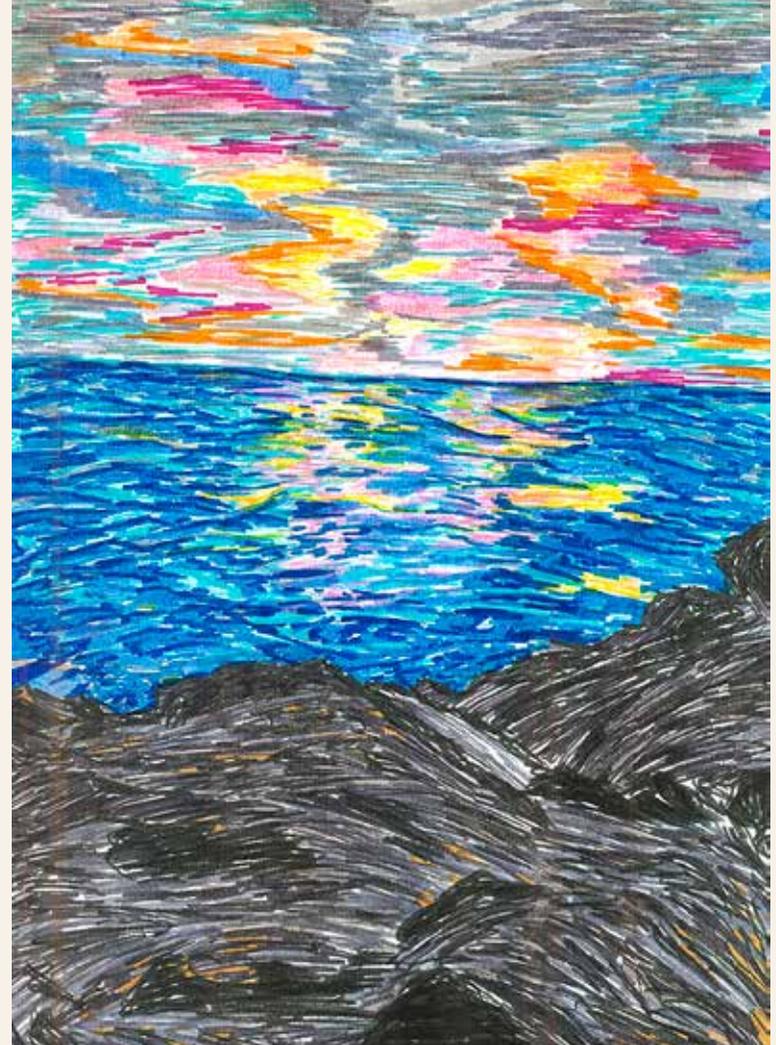


Ilustración: **Fabián Juárez Tinoco y Lucía Gómez Castillo**

The symphony of the game

Xavier Cabrera Muñoz 4010

Honorable mention

Beneath the sun, beneath the rain,
on muddy fields where dreams sustain,
the whistle cuts, the game takes flight,
a battle born of grit and might.

Eleven hearts, a fragile thread,
each step a promise, fears unsaid.
A pass goes wide, a tackle's missed,
the beautiful game's an untamed twist.

The striker stumbles, finds his way,
the keeper's leap saves the day.
A shot that bends, defies the laws,
the crowd erupts in shared applause.

Boots worn thin, the pitch well scarred,
each player bears a story hard.
The wins are sweet, the losses sting,
but both give life its honest ring.

When silence falls, the whistle fades,
the field's a canvas, memories laid.
It's not just sport it's hope and fire,
the spark that lifts us, takes us higher.

So chase the ball, defy the odds,
let passion guide where reason nods.
For football's more than just a game,
it's where the heart finds its true flame. ❖

Exalumna(o)s y empleada(o)s

ALUMNI AND EMPLOYEES

Primer lugar

Sanar

Manuel Antonio Ochoa Sánchez

Second place

The kingdom of Yort

Alan Heiblum Robles

First place

A friend of many faces

Démian Ramos Vergara

Tercer lugar

Un siglo después de lo perenne

Francisco José Ortiz Pardo

Segundo lugar

Metamorphosis

Roberto Carlos Gómez Sepúlveda

Mención honorífica

El Solitario George murió ayer;
su cuerpo será disecado

Natalia del Rocío Espinosa Parra

Sanar

Manuel Antonio Ochoa Sánchez Docente
Primer lugar

Sujétese con fuerza.

Piense en el mar,
los restos de un cuerpo
por articular cada mañana;
trastes sucios,

lágrimas en cautiverio
y la ternura.

Cedieron las alarmas,
se dislocó su prisa humeante.
El calor residual
de la estufa recién apagada
le ha imantado el pecho.
Ajuste la postura y siga.

Manéjese con cuidado:
evite apoyarse en el cristal.
Aborde y descienda suavemente: alguien,
entre toda esa gente,
será confiable.

Se ha ido, ya no queda
ningún caso de emergencia
en donde naufragar. ❖



Ilustración: **Sebastián Ortiz Solórzano**

A friend of many faces

Démian Ramos Vergara Alumni

First place

Salvation from nowhere,
when I was alone,
he came to me telling me stories from home.

He knew me so well,
from the very start,
It was hard to see we'd always been apart.

Together we grew,
two minds thought alike,
a friend that's so perfect you can't help but like.

We created so much,
all joy and no tears,
but I never realized it'd all disappear.

It started so subtly,
I didn't realize,
that his conversations were turning to ice.

Then I saw him change,
before my very eyes,
and I realized we'd been living a lie.

He was one of change,
one of adaptation,
the guy I knew was his most recent creation.

He wasn't alone,
one body, two minds,
or maybe one hundred, and none thought alike.

And so it was revealed,
it was time to change,
broke character and turned into someone strange.

The mask that I knew,
shattered on the ground,
and I was left with the new man he had found.

He became the king,
a new character arc,
the fire of friendship blew out into a spark.

And I still stood there,
once again alone,
as my friend vanished to step onto the throne. ❖



Ilustración: **Elian Angulo Ochoa**

Metamorphosis

Roberto Carlos Gómez Sepúlveda Exalumno
Segundo lugar

Entre terciopelo y música que incita el sueño.
Entre el pasado y un futuro que engulle el camino de estrellas en el cielo.
Maestros de la vida nos miran esperando el impulso de antes,
una mano, un aliento, el estuario del ayer sumergido en el ahora,
ágora del destino.

El sentir cariño, sínodo de nosotros.
Órbitas sincrónicas,
cruce de cuerpos celestialmente únicos que rondamos esa singularidad.
Donde la nada ebulle en flores y tierras y corazones, al otro lado si, allá,
en ese sitio del que aún no vemos nada, pero lo conocemos todo.

Metamorfosis prístina de lo material,
éter del nacimiento en pequeñas gotas de rocío,
vuelo de luciérnagas en un edén infinito,
balizas luminosas que advierten los peligros que acechan a los corazones,
en una hermosa sinfonía de amor.

He de confesar que tengo el corazón completamente roto.
Ausencia terminal del aliento vital,
ausencia de voz, voraz.
Grafema sin existencia que apenas nace, sublima en nada.
Roto, quebrado, solo.
Caja oblonga llena de quebrantos de unos ojos que dejaron de
hacer verdad,
de miradas envueltas en sarcófagos de agua de sal,
de lunas que no se repetirán.
De esta sensación que no se acaba.
Tan parecido a cuando uno sabe que el amor es verdadero,
ese amor que ocurre sin saber por qué,
como ahora no sé cuándo ni por qué se ha ido.
Amor verdadero, pero sin palabras, ahora sin alma, sin nada, sin ti.

Quisiera que en tu pensamiento naciera el germen de la
conciencia de lo que fuimos,
de lo que no logramos ser también.
De los motivos y de los días.
Quisiera que en nuestra consciencia floreciesen perfumes
hechos de purpúreos brotes.
Quisiera estar hoy como no pudimos y acallar esta voz, pero no,
no puedo.

La voz reclama el tiempo y este engulle las palabras,
uróboro de los acontecidos.

La roca de Sísifo en su interminable caída y (me) grito en silencio:
¿¡Dónde, dónde habremos de encontrarnos!?
¿¡Dónde estás, dónde te has ido!?
¿¡Dónde la dulce miel de tus labios!?
¿¡Dónde, vida mía, añoras en palabras ahogadas nuestra
presencia!?
¡Grito!, pero mi boca llena de los cadáveres de palabras muertas
apenas logra un quejido.

Fallezco de la muerte de todo lo que no dijimos, de lo que no
decimos hoy.
El funeral es un ahogo eterno de ausencia.
Es la angustia de no saber qué haces.
De no saber nada.
De pensar que jamás volveré a verte.
De los sueños rotos.
Del malgastado transcurrir de las horas.
De lo insensato de saberse amados y no entregarse al abrazo,
dejándose invadir.
Es un respirar apenas, es un dolor que trasmina los cimientos
del verbo...
Sobrevivir a nosotros.
Que no alcanzaremos redención,
que no naceremos de nuevo en el Sol y la Luna. ❖

The Kingdom of Yort

Alan Heiblum Robles Alumni

Second place

A carriage devoid of reins to bind,
Its open doors call the weary kind.
One by one they climb, too many throngs,
Melted skin and bone; magma belongs.

Then, absurd forms rise: an eye with lips,
A talonless paw singing its quips.
No one could depart, the space reigns tight,
The wheel creaks on, unyielding and bright.

In cruel instant, the truth lays bare,
No wagon—the night zoo of the mare.
Within those living bars, the fused cease,
Novelty is born—beasts framed in peace.

They know they are watched, stares pierce their cage,
Creatures of wonder, of timeless age.
A crack, a window—a chance to flee,
Yet no one moves, bounding willingly.

For it's no trap, but a virgin vault,
Guarding against the ruined world's assault.

They seal every crack with fear's strict creed,
Finding solace in despair's sweet seed.

They speak about the vastness outside,
A deadly void where echoes abide.
They craft a sheath, a dark xylem womb,
Shadows embrace them, a velvet tomb.

Stillness, then, becomes their chosen stay,
No memory stirs, no dues betray,
Save for a whisper, old, faint and sworn:
"Remember the many legs we've borne.

We were Greeks," it sighs, "in wooden guise,
A trick to breed enemy demise."
The memory burns, its truth aflame,
"Better the cavern, forget the name."

They renounce the war, the world, the light,
Choosing the abyss of endless night.
For out there, the atrocities thrive,
But within the horse, they've found their hive. ❖

Un siglo después de lo perenne

Francisco José Ortiz Pardo Exalumno
Tercer lugar

Desde aquel día que no olía otro perfume
perdido mi sentido del olfato sin el coronavirus
hasta que ahora atraviesa una rendija hasta mi mesa.

Son dos cabellos de una mujer triste que deja el rastro.
Lo que no se sabe qué es porque no convoca al desahogo.
Tierna mirada sin vocales que busca el significado de la
soledad.

Es septiembre en un café remojada la esperanza.
El verano que no se va para que no llegue el otoño
a deshojar las flores impolutas y aclarar el fin de la vereda.

De tanto dolor que no duele en la memoria,
la invisibilidad de lo que suena al tú y yo.
Y se aparece real en la noche con los sueños.

Que el recuerdo se escapó para contarle
un siglo después o más de lo perenne.
Que el recuerdo se asomó para contarle
un siglo después o más de lo perenne.

Hay un grito que no se escuda ni se escucha.

La música que agita el cilindro por obsolescencia.
Lo que nadie desprecia y pretende olvidar.

A pesar de que no hay más arma que el olvido
aunque he suplicado cada vez que me he muerto
que no salgas más de esa tumba cuando estoy vivo.

Septiembre no me gusta para que te lleven golondrinas
pero no te quiero quedada como jilguero de la misma canción.
Usa un perfume que no se impregne en la letanía que repito.

Cambia tu lápida cada que me muera y llama al otoño,
ponte un nombre distinto por cada oración llorada,
engañame en el sepulcro cuando llueva ligero.

No hay en la esquina más que banderitas.
Al águila le han puesto un corazón sagrado.
La nostalgia no es más que un cilindro

Que en septiembre se asomó para contarle
un siglo después de lo perenne.
Que en septiembre se asomó para aliviarlo,
un siglo después de lo perenne. ❖

El Solitario George murió ayer; su cuerpo será diseccionado

Natalia del Rocío Espinosa Parra Exalumna
Mención honorífica

El último individuo de la especie *Chelonoidis abingdonii* fue nombrado como "El solitario George". Una tortuga gigante de las islas Galápagos. George vivió ciento dos años, murió a finales de junio del 2012.

Aquí un secreto:

él cargaba la muerte desde hace tiempo
cuando los arbustos se quedaron mordidos a medias
¿Cuánto pesan ciento dos años?
Sordas compañeras voces
ochenta y ocho kilos
(dentro de ese caparazón todo estaba esquelético)
tenía los ojos negros de esperanza
y el ovalado espaldar quebrado de tanto amanecer.
Fue una muerte inesperada,
en los últimos años George no habló con nadie
en los últimos años los muertos ya no eran
Gigantes Criaturas Silenciosas
solitario cara de anciano
durante los últimos meses George no presentó problemas de salud
en el eterno ayer se ha atascado

ya no cabe algo tan Grande en esta parte de la vida
y George se quedó ahí entre las 8:00 y sus años
parpadeando, caminando lento, quedándose dormido.
Otra vez lo han dejado solo
decidieron condenarlo
como si cargar lo vacío fuera poco,
de ahí adentro otro secreto:
(sus pulmones, el esternón y sus vértebras
todo estaba completamente seco).
A veces giraba en su propio caparazón, sí
a veces sacudía sus patas en el aire
y dejaba al sol entrar por las grietas de su pecho
entonces no se sentía solo y salía a morder hojas
dejar pesadas huellas junto a la casa de los insectos
y en las noches el polvo se escondía en su cuerpo
le había agarrado cariño a lo que creía eterno.
Aquí un último secreto:
George, el último ejemplar
quiere saber morir. ❖



Junta de Gobierno

Ing. Javier Brosa Curcó

Presidente

Dra. María Luisa Capella Vizcaíno

Vicepresidente

Dra. Renata Elizondo Azuela

Secretaria

Lic. Jaime Araiza Hernández

Dr. Juan Carlos Echeverría Arjonilla

Dr. Manuel Gil Antón

M. en C. Francisco Giral López

Biol. Alejandro Gutiérrez Marcos

Dra. Diana Vilar-Compte

Vocales

Directora General

Ana María Jiménez Aparicio

Directora Administrativa

Paloma Grediaga Kuri

Directora de Bachillerato CCH

Karla Rinette Goletto Ramírez

Director de Secundaria

Natzín I. García Macías

Directora de Primaria

Gabriela Marín Martínez

Directora de Preescolar

Claudia E. Pérez Ulloa

Antología Nuestras Voces

Editada por el Colegio Madrid A.C.

<https://colegiomadrid.edu.mx/>

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Edición: **Erandi Siratzeni González Kañetas**

Diseño: **Adriana Esteve González**

Ilustración de portada: **Laura Gilabert Martínez**

En su composición se utilizó la tipografía **Winco**

CDMX abril 2025



Colegio Madrid

INSTITUCIÓN MEXICANA DE ENSEÑANZA, FUNDADA EN 1941 POR EL EXILIO REPUBLICANO ESPAÑOL, INTEGRADA A LA RED DE CENTROS ESPAÑOLES EN EL EXTERIOR

Puente 224, Ex Hacienda San Juan de Dios, C.P. 14387, México D.F. Tel. 5673 2347 www.colegiomadrid.edu.mx correo@colegiomadrid.edu.mx